

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSÉ ESPRONCEDA.

DEDICÓLE Á SU AMIGO

DON ANTONIO ROS DE OLANO.



GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4.

MADRID.—1880.

REPUBLICAN PARTY

THE DIABLO MOUNTAIN

DOLOMITE MOUNTAIN

DOLOMITE MOUNTAIN

DOLOMITE MOUNTAIN

DOLOMITE MOUNTAIN

DOLOMITE MOUNTAIN

PRÓLOGO.

LA humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida: infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexión y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya para el poeta y sus coetáneos se levanta un muro de ignorancia, que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reuna todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz; cantó las sombras, el amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral que, obrada la época de transición, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia, llenos de sencilla sublimidad, y luego despues una civilización mas adelantada formulóla Egloga, el Idilio y el Himno, que no son en nuestro sentir otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre, natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heroica, y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía épica quedó escrita; el pensamiento de aquellas generaciones formulado; Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el genio de Smirna fue inmediatamente admirado como un semi-dios, y su libro cual un espejo mágico donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existía, con todas sus faces y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuación se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fue sojuzgada á su vez.

La civilización, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fue ya heterogénea hasta cierto punto, y de transición hácia el Cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente mas que colocarse á espaldas de Homero.

Roma, en primer lugar, sabia mas que Virgilio, y la *Eneida*, hecha esclava voluntariamente de la *Odissea*, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el genio, en su independencia prescribe una regla donde quiera que estampa la huella.

Es la *Eneida*, sin embargo, un poema, artísticamente hablando, mas meditado, un libro mas correcto; y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido mas espiritual, un sentimiento mil veces mas justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época mas adelantada en cultura.

Radió por fin el Cristianismo, revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertían entre la neblina de la ignorancia, de aquella fe ardiente y de aquel desarrollo del alma debia resultar una época el arte de los siglos anteriores, y fue la *Edad Media* del mundo.

Un poeta espiritualista podia ser sólo la expresión fiel y el producto de una nueva era, y ésta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, sólo con el presentimiento de su genio, que dentro del corazón lo empujaba por la extraña senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sabios y los nobles, y á los sabios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento y elevación é impulso de progreso á las ideas.

Dante es, pues, la pirámide de la Edad Media, y su *Divina Comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para mas allá dispararlas... Así Homero y Dante, el uno á igual altura en frente al otro, se divisan como dos términos, entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo la Inglaterra á Shakespeare; pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro; y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve cómo el poeta tuvo que reposar á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakespeare, sin embargo, con mas genio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático que se habia atrevido Dante á indicar sólo muy ligeramente: Shakespeare, presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaría á producir el poema dramático, que la mayor ilustración y la filosofía aceptarían como la fórmula mas adelantada en los siglos venideros.

Así es, que Goethe ha cultivado este género despues en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfección en el *Manfredo*.

El poema mas aventajado de este siglo que ofrecer nos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin alguna duda el *Genio del Cristianismo*; y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Genio del Cristianismo* está escrito con mas poesía teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de Mr. de Chateaubriand no está madurada en el corazón, sino en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado; dictado sí por conveniencia y ayudado por la erudición y por el cálculo... Creemos, no obstante, que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo menos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. Mr. de Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesía. Hay además bellezas de primer orden que imitar, esplicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condelemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesion.

La sociedad se encuentra ya en su edad de madurez, nuestra época es la de *reflexión y exámen*, como las de Homero y Dante fueronlo de *entusiasmo y fuerza*; pero que el corazón manda el mundo, es una máxima irrefutable: con él han dominado los héroes, y con él, los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad, propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por mas fuerza lógica que encierre, no dará mas que la disertación escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos de

entusiasmo, que trás de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazón impresionable, unido al vigor intelectual, la union de sentimientos é ideas elevadas, la meditacion y la inspiracion juntas con la magia de estilo y cierta revelacion que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir y que sondea lo presente, ingenio fértil que agrupa los contrastes, que crea la accion y la desenlaza, concluido el objeto que se propone, en una palabra, la concepcion y el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son cualidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El jóven don José de Espronceda se levanta con la osadia del genio, para escalar á donde un día se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho, ha sido romper todos los preceptos establecidos, escepto el de la unidad lógica.

En el prólogo del *Diablo Mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesia, los del sentimiento y los de la metrificacion con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas que el señor Espronceda, con la magia que posee, amontona sobre el lector, con objeto tal vez de disiparlas mas adelante.

El poeta se coloca tambien en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditacion, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música augusta, aquel estrépito solemne, son todas las pasiones del mundo, son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido, en fin, del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiracion, y ésta despliega ante la fantasia mil monstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido vá gradualmente perdiéndose en lontananza, hasta que cesa donde acaba la introduccion del poema.

El primer canto es la exposicion del gran drama que se propone desenvolver el señor Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil esperiencia, cierra desesperado un libro en que leia, y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.

Entonces se le presenta la muerte, le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervacion de su espíritu, cuando la inmortalidad súbita se ostenta ante sus ojos, canta otro himno, en oposicion al de la muerte; y así como la primera se le brindó, ella tambien se ofrece al moribundo.

La eleccion es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad, y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á inmortalizar el espíritu; es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imágen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma: está vestida de melancólica belleza; es dulce y apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazón cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte,

para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuevas palabras al lujo de pensamiento, de expresion y de saber que despliega Espronceda en esta descripcion sublime, la mas afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festivos; placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenada á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, mas adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inundadas, arroyos serenos y rios despenados.

Espronceda, en la poesia con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificacion. Antes la *armonia imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta espresa con los tonos en todo un poema, no sólo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa... Esta es la *armonia del sentimiento*, llevada á la perfeccion por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al leon, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo Mundo* inferimos las palabras y los conceptos que de estas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del poema en cuestion.

Repetimos que, en nuestro juicio, es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya con el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino por la hipoteca y la enagenacion del alma: el protagonista del *Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Goëthe, *Fausto* no es mas que un mancebo á medias, porque su corazón es siempre el del doctor; y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, antes por lo contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fue este el pensamiento de Goëthe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

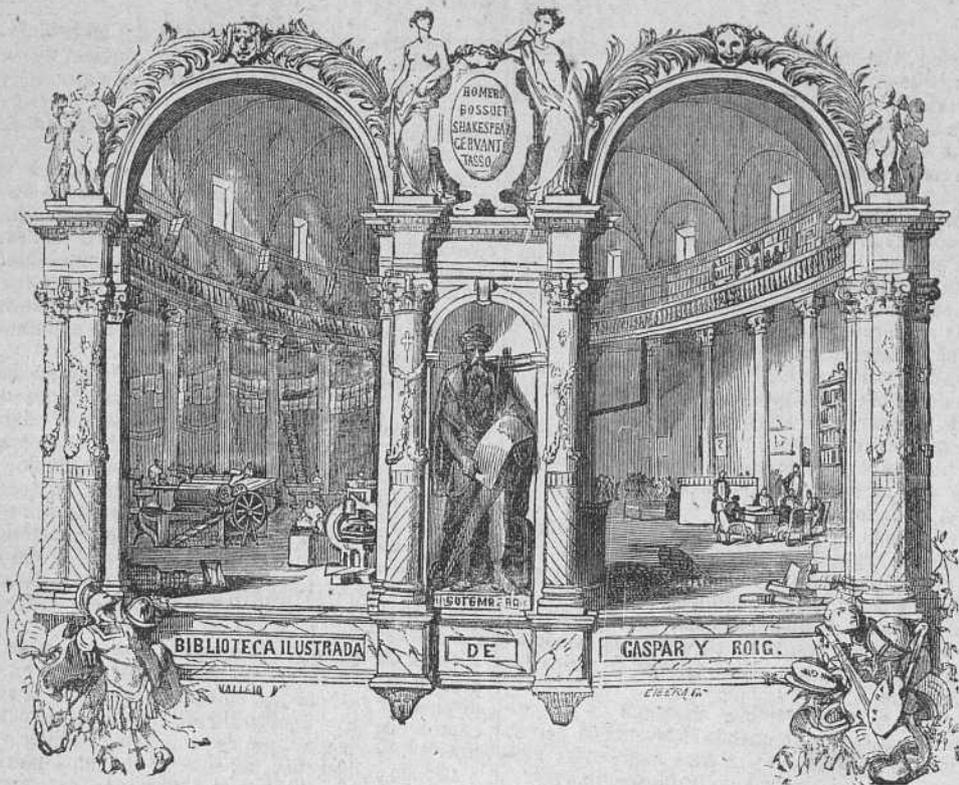
Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral, para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenacion sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inespierencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La esperiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de accion en el drama, sino el disertador y el genio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjamos de que el poema de el *Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el jóven autor, con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido dar á los dos primeros cantos de el *Diablo Mundo*, viva penetrado de que si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.



EL DIABLO MUNDO.

POEMA

DE DON JOSÉ ESPRONCEDA.

CORO DE DEMONIOS.

Voguemos, voguemos.
 La barca empujad,
 Que rompa las nubes,
 Que rompa las nieblas,
 Los aires, las llamas,
 Las densas tinieblas.
 Las olas del mar.

Voguemos, crucemos
 Del mundo el confin;
 Que hoy su triste cárcel quiebran
 Libres los diablos en fin,
 Y con música y estruendo
 Los condenados celebran,
 Juntos cantando y bebiendo,
 Un diabólico festin.

EL POETA.

¿Qué rumor
 Lejos suena,
 Que al silencio
 En la serena
 Negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,
 Tendido en el escape volador,
 O el áspero rugir de hambrienta fiera,
 O el silbido tal vez del Aquilon;
 O el eco ronco del lejano trueno

Que en las hondas cavernas retumbó,
 O el mar que amaga con su hinchado seno,
 Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
 Cubre el cielo,
 Y de espíritus
 Se puebla
 Vagarosos,
 Que aquí el viento
 Y allí cruzan
 Vaporosos
 Y sin cuento.

Y aquí tornan,
 Y allí giran,
 Ya se juntan,
 Se retiran,
 Ya se ocultan,
 Ya aparecen,
 Vagan, vuelan,
 Pasan, huyen,
 Vuelven, crecen,
 Disminuyen,
 Se evaporan,
 Se coloran,
 Y entre sombra
 Y reflejos,
 Cerca y lejos
 Ya se pierden;
 Ya me evitan
 Con temor;
 Ya se agitan
 Con furor,

En aérea danza fantástica
A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas,
De formas diversas, de vario color,
En cabras y sierpes montados y en cuervos,
Y en palos de escobas, con sordo rumor,

Baladros lanzan y aullidos,
Silbos, relinchos, chirridos,
Y en desacordado estrépito
El fantástico escuadron
Mueve horrenda algaravía,
Con espantosa armonía
Y horrisona confusion.

Del toro ardiente al mugido
Responde en ronco graznar
La malhadada corneja,
Y el agorero cantar
De alguna hechicera vieja;
El gato bufa y mahulla,
El lobo erizado ahulla,
Ladra furioso el mastín:
Y ruidos, voces y acentos
Mil se mezclan y confunden,
Y pavor y miedo infunden,
Los bramidos de los vientos,
Que al mundo amagan su fin
En guerra los elementos.

Relámpago rápido
Del cielo las bóvedas
Con luz rasga cárdena,
Y encima descúbrese
Ginete fantástico,
Quizá el genio indómito
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
En bosques, montañas; cavernas, torrentes.
Quizá son del miedo los genios potentes
Que el cántigo entonan de espanto y terror.

Lanzando bramidos horribos,
Y tronchando añosos árboles,
Irresistible su ímpetu,
Teñida en colores lívidos,
Gigante forma flamífera
Cabalga en el huracán.
Quizá el genio de la guerra,
Cuya frente tornasola
Con roja vaga aureola
El relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra;
Allí rebrama la mar,
Altísima catarata
Zumba y despénase allá:

Allí torrentes de lava
Lanza mugiente volcan;
Aquí temerosa tromba
Se agita en la tempestad;

Y agua, fuego, peñas, árboles
Avida sorbe al pasar;
Allí colgada la luna,
Con torva cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil,
En la inmensa oscuridad,
Mas entristece que alumbra,
Cual lámpara sepulcral.

Allí bramidos de guerra
Se escuchan, y el golpear
Del acero, y de las trompas
El estrépito marcial;

Aquí relinchar caballos
Y estruendo de pelear;
Allí retumban cañones,
Lamentos suenan allá,

Y alaridos, voces, ayes,
Y súplicas y llorar;
Aquí desgarradas músicas,
Y cantares acullá.

Ruido de gentes que danzan
Con bullicioso compás;
Acá risas y murmullos,
Riñas y gritos allá.

Allí el estruendo se escucha
De amotinada ciudad,
Carcajadas, orgías, brindis,
Y maldecir y jurar;

Aquí el susurro entre flores
Del ceñirillo galán;
Allí el eco interrumpido
De algun suspiro fugaz;

Ora un beso, una palabra,
De alguna trova final;
Todo en confusa discordia
Se oye á un tiempo resonar;

Breve compendio es del mundo,
La tartárea bacanal,
Y trastornan y confunden
Tanto estrépito á la par,

Y aturden, turban, marean
Tanta vision, tanto afán.

UN CORO.

Allá va la nave:
¿Quién sabe dó va?
¡Ay, triste el que fia
Del viento y la mar!

UNA VOZ.

¿Qué importa? el destino
Su rumbo marcó.
¿Quién nunca sus leyes
Mudar alcanzó?
Allá va la nave;
Vogad sin temor,
Ya el aura la arrulle,
Ya silbe Aquilon.

SEGUNDO CORO.

Venid, levantemos
Segunda Babel,
El velo arranquemos
Que esconde el saber.

UNA VOZ.

Verdad, te buscamos:
Osamos subir
Al último cielo

Volando tras tí,
Con noble avaricia
Y en ansia sin fin
De ver cuanto ha sido
Y está por venir.

TERCER CORO.

Mentira, tú eres
Luciente cristal,
Color de oro y nácar
Que encanta el mirar.

UNA VOZ.

Feliz á quien meces,
Mentira, en tus sueños;
Tú sola halagüeños
Placeres nos das.
Ay! nunca busquemos
La triste verdad!
La mas escondida
Tal vez, ¿qué traerá?
¡Traerá un desengaño,
Con él un pesar!

VARIAS VOCES.

PRIMERA VOZ.

Yo combato por la gloria,
Su corona es de laurel;
Cántame versos, poeta,
Póstrate mundo á mis piés.

SEGUNDA VOZ.

Yo levantaré un palacio
Que oro y perlas ornarán;
Príncipes serán mis siervos;
El pueblo, Dios me creará.

TERCERA VOZ.

Venid, hermosas, á mí,
Dadme deleite y amor,
Voluptuosa pereza,
Besos de dulce sabor;
Y entre perfumes y aromas,
Bullentes vinos, y al són
Del arpa, blanda me arrulle
Y armoniosa vuestra voz.

CUARTA VOZ.

Venid, empujadme,
La cima toqué;
Subidme, que luego
La mano os daré.

QUINTA VOZ.

¡Ay! yo caí de la elevada cumbre
En honda sima que á mis piés se abrió;
Grande es mi pena, larga mi agonía...
¡Una mano! ayudadme! compasión.

SESTA VOZ.

Errante y amarrado á mi destino
Vago solo y en densa oscuridad;
Siempre viajando estoy, y mi camino
Ni descanso ni término tendrá!

SÉTIMA VOZ.

Sin pena vivamos
En calma feliz;
Gozar es mi estrella,
Cantar y reir.

OCTAVA VOZ.

¿Quién calmará mi dolor?
¿Quién enjugará mi llanto?
¿No habrá alivio á mi quebranto?
¿Nadie escucha mi clamor?

EL POETA.

¿Dónde estoy? tal vez bajé
A la mansion del espanto;
Tal vez yo mismo creé
Tanta vision, sueño tanto,
Que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá
Que en tormenta y confusion
A anunciar al mundo va
Su ruina y desolacion,
Mensajeros de Jehová;

¿Quiénes sois, genios sombríos,
Que junto á mí os agolpais?
¿Sois vanos delirios míos,
Ó sois verdad? Qué buscáis?
Qué quereis? A dónde vais?

Mas de la célica cumbre
Llameante catarata
En ondas de viva lumbre
Súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego
Vuela en el aire y se alcanza
Con estruendo y furor ciego,
Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida
Se precipita y se pierde
La catarata encendida
Que en arco rápido cae.
Océano inmenso volcado
Rojos los aires incendia;
En tumbos arrebatado
Récia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura
Levantada en pie se mece,
De colosal estatura
Y de imponente ademan.
Sierpes en su cabellera
Que sobre su frente silban;
Su boca espantosa y fiera
Como el cráter de un volcan.

De duendes y trasgos
Muchedumbre vana
Se agita y se afana
En pós su señor.
Y allí entre las llamas
Resbalan, se lanzan,
Y juegan y danzan
Saltando en redor.

Bullicioso séquito
Que vienen y van,
Visiones fosfóricas,
Ilusion quizá,

Trémulas imágenes
Su marcada faz,
Su voz sordo estrépito
Que se oye sonar,
Cual zumbido unísono
De mosca tenaz.

Allí entre las llamas
Hirviendo en monton,
No cesa su ronco
Monótono són,
Murmurando á un tiempo mismo
Todos juntos y á una voz,
Y apareciéndose súbito
Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante
Y la turba calló; y oyóse sólo
En silencio el estrépito atronante
Del flamígero mar; luego un acento
Claro, distinto, rápido y sonoro
Por la vaga region cruzó del viento
Con rara melancólica armonía,
Que brotaba do quiera,
Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa
Viene de allá y del alto firmamento,
Crece bajo la tierra temblorosa,
Vaga en las alas del callado viento.
Voz de amargo placer, voz dolorosa,



Incomprensible mágico portentoso;
Voz que recuerda al alma conmovida
El bien pasado y la ilusión perdida.

«Ayl!» exclamó, con lamentable queja;
Y en torno resonó triste gemido,
Como el recuerdo que en el alma deja
La voz de la mujer que hemos querido.
«Ayl!» ¡cuán terrible condicion me aqueja
Para llorar y maldecir nacido,
Víctima yo de mi fatal deseo,
Que cumplirse jamás mis ansias veo.»

«Quién es Dios? Dónde está? Sobre la cumbre
De eterna luz que altísima se ostenta,
Tal vez en trono de celeste lumbre
Su incomprensible magestad se asienta:
De mundos mil la inmensa pesadumbre
Con su mano tal vez rige y sustenta,
Sempiterno, infinito, omnipotente,
Invisible do quier, do quier presente.»

«Y allá en la gran Jerusalem divina
Tal vez escucha en holocausto santo
Del querub que á sus piés la frente inclina.

Voces que exhalan armonioso canto.
La máquina sonora y cristalina
Del mundo rueda en derredor, en tanto,
Y entre aromas, y gloria, y resplandores,
Recibe humilde adoracion y amores.»

«¡Santo, Santo! los ángeles le cantan;
¡Hosanna, Hosanna! en las alturas suena;
Rayos de luz perfilan y abrillantan
Nube de incienso y transparencia llena;
Y en ella con murmullo se levantan,
Paz demandando á la mansion serena,
Las preces de los hombres en su duelo,
Y paz les vuelve y bendicion el cielo.»

«¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza
Y hierve el rayo en su irritada mano,
Y la angustia, el dolor, la muerte lanza
Al inocente que le implora en vano?
¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza
Frivolo, injusto y sin piedad tirano,
Del corazon del hombre, y le encadena,
Y á eterna muerte al pecador condena?»

«Embebido en su inmenso poderío,
¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,
Que arrojó el universo en el vacío,
Leyes le dió y abandonó su hechura?
¿Fué vanidad del hombre y desvarío
Soñarse imágen de su imágen pura?
¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego
Ni vió su llanto, ni escuchó su ruego?»

«¿Tal vez secreto espíritu del mundo,
El universo anima y alimenta,
Y derramando su hálito fecundo
Alborota la mar y el cielo argenta,
Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo
Tímido esconde ó vanidoso ostenta,
Presta con su virtud desconocida
Alma, razon, entendimiento y vida?»

«¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada
Del hombre, siempre en ánsias insaciable,
Siempre volando y siempre aprisionada
De vil materia en cárcel deleznable?
¿A esclavitud eterna condenada,
A fiera lucha, á guerra interminable,
Tal vez estás, divinidad sublime,
Que otra divinidad de inercia oprime?»

«¿Y es en su vida el Universo entero
Ilimitado campo de pelea;
Cada elemento un triste prisionero
Que su cadena quebrantar desea:
Y ardes en todo, espíritu altanero,
Lumbre, matriz, devoradora tea,
Como el que oculto, misterioso aliento
Mueve la mar con loco movimiento?»

«¿Cuándo tu guerra término tendrá,
Y romperás tu lóbrega prision?
¿Su faz el universo cambiará?
¿Crearé otros seres de inmortal blason,
Ó la muerte silencio te impondrá?
¿Volarás fugitivo á otra region,
Ó disipando la materia impura
El mundo inundarás de tu hermosura?»

«¿Quién sabe! acaso yo soy
El espíritu del hombre
Cuando remonta su vuelo
A un mundo que desconoce,
Cuando osa apartar los rayos
Que á Dios misterioso esconden,

Y analizarle atrevido
Frente á frente se propone.
Y entre tanto que impasibles
Giran cien mundos y soles
Bajo la ley que gobierna
Sus movimientos acordes,
Traspasa su estrecho límite
La imaginacion del hombre,
Ginete sobre las alas
De mi espíritu veloces,
Y otra vez va á mover guerra,
A alzar rebeldes pendones,
Y hasta el origen creador
Causa por causa recorrer;
Y otra vez se hunde conmigo
En los abismos, en donde
En tiniebla y lobreguez
Maldice á su Dios entonces.
Ay! su corazon se seca,
Y huyen de él sus ilusiones;
Delirio son engaños
Sus placeres, sus amores,
Es su ciencia vanidad,
Y mentira son sus goces;
Sólo es verdad su impotencia,
Su amargura y sus dolores!»

«Tú me engendraste, mortal,
Y hasta me distes un nombre;
Pusiste en mí tus tormentos,
En mi alma tus rencores,
En mi mente tu ansiedad,
En mi pecho tus furoros,
En mi labio tus blasfemias,
E impotentes maldiciones;
Me erigiste en tu verdugo,
Me tributaste temores,
Y entre Dios y yo partiste
El imperio de los orbes.
Y yo soy parte de tí,
Soy ese espíritu insomne
Que te escita y se levanta
De su nada á otras regiones,
Con pensamiento de ángel,
Con mezquindades de hombre.

«Tú te agitas como el mar
Que alza sus olas enormes,
Humanidad, en oleadas
Por quebrantar tus prisiones.
¿Y en vano será que empujes,
Que ondas con ondas golpes,
Y de tu cárcel la linte
Con vehemente furia azofes?
¿Será en vano que tu mente
A otras esferas remontes,
Sin que los negros arcanos
De vida y de muerte ahondes?
¿Viajas tal vez hácia atrás?
¿Adelante tal vez corres?
¿Quizá una ley te subyuga?
¿Quizá vas sin saber dónde?
Las creencias que abandonas,
Los templos, las religiones
Que pasaron, y que luego
Por mentira reconoces,
¿Son quizá menos mentira
Que las que ahora te forjes?
¿No serán tal vez verdades
Los que tú juzgas errores?»

«Mas tú, como yo, impulsada
Por una mano de bronce,
Allá vas, y en vano, en vano
Descanso pides á voces;

Los siglos se precipitan,
Se hunden cien generaciones,
Piérdense imperios y pueblos,
Y el olvido los esconde;
Y tú allá vas, allá vas
Abandonada y sin norte,
Despeñada y de tropel
Y en aparente desórden;
Y ora inundas la llanura,
Allanas luego los montes,
No hay hondo abismo ni cielo
Que á descubrir no te arrojes,
Pobre, ciega, loca, errante,
Aquí sagaz, allí torpe,
Tú misma para tí misma
Toda arcano y confusiones.

Y ya por senda trazada
Viajes sometida y dócil,
Y sigas crédula en paz
Las huellas de tus mayores;
Ya nuevas galas te vistas
Y de las antiguas mofes,
Y rebelde de tus hierros
Muerdas ya los eslabones;
Yo siempre marchó contigo;
Y ese gusano que roe
Tu corazón, esa sombra
Que nubla tus ilusiones,
Soy yo, el lucero caído,
El ángel de los dolores,
El rey del mal, y mi infierno
Es el corazón del hombre.
¡Feliz mientras la esperanza
Ay! tus delirios adorne!
¡Infeliz cuando tu mente
Los recuerdos emponzoñen,
Y á la mar sin rumbo fijo
Desesperado te arrojes!
Ni un astro te alumbrará,
Será en vano que á Dios nombres,
Ora le reces sin fe,
Ora su enojo provoques.
Sólo el huracán y el trueno
Responderán á tus voces,
Sin hallar puerto ni playa
Por mas que anhelante bogues.
Y al fin la materia muere;
Pero el espíritu, ¿á dónde
Volará? ¡Quién sabe! ¡Acaso
Jamás sus cadenas rompe!!!»

Dijo, y la ígnea luminosa frente
Dejó caer desesperado y triste,
Y corrió de sus ojos larga fuente
De emponzoñadas lágrimas: profundo
Silencio en torno dominó un momento:
Luego en aéreo modulado acento
Cien coros resonaron,
Y allá en el aire en confusión cantaron

PRIMER CORO.

Genios, venid, venid,
Vuestro mal con el hombre á repartir.

SEGUNDO CORO.

Ya la esperanza á los hombres
Para siempre abandonó;
Los recuerdos son tan solo
Pasto de su corazón.

TERCER CORO.

Nosotros, genios del alma,
Aunque en nosotros no cree,
Somos su Dios, condenado
Nuestro influjo á obedecer.

PRIMER CORO.

Genios, venid, venid
Vuestro mal con el hombre á repartir.

UNA VOZ.

Yo turbaré sus amores,
Disiparé su ilusión
Atizaré sus rencores,
Y haré eternos sus dolores,
Mal llagado el corazón.

SEGUNDA VOZ.

Yo confundiré á sus ojos
La mentira y la verdad,
Y la ciencia y los sucesos
Su mente confundirán.

TERCERA VOZ.

Marchitaré la hermosura,
Rugaré la juventud;
El alma que nació pura
Renegará la virtud,
Maldecirá de su hechura.

CUARTA VOZ.

Yo haré dudar del cariño
Que muestra al tímido niño
El corazón maternal;
Y haré vislumbre al través
Del amor el interés
Como su vil manantial.

QUINTA VOZ.

Una barra de oro
Su Dios será,
La avaricia del hombre
La adorará:
Viles pasiones
Gobernará tan sólo
Sus corazones.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

SESTA VOZ.

Mi lanza impávida
Derribará
Ese Dios mísero
De vil metal.

Sobre sus aras
Me asentaré,
Y esclavo al hombre
Dominaré.

Genios, venid, venid
Y esos esclavos á mi carro uncid.

SÉTIMA VOZ.

Yo romperé las cadenas,
Daré paz y libertad,
Y abriré un nuevo sendero
A la errante humanidad.

CORO:

¡Quién sabe! ¡Quién sabe!
Quizá sueños son,
Mentidos delirios,
Dorada ilusión.

Genios, venid, venid
Nuestro mal con el hombre á repartir.

Como nubes que en negra tormenta
Precipita violento huracan,
Y en confuso monton apiñadas,
De tropel y siguiéndose van;

Y visiones y horrendas fantasmas,
Monstruos raros de formas sin fin,
Y palacios, ciudades y templos,
Nuestros ojos figuran allí;

Y entre masas espesas de polvo
Desaparece la tierra tal vez,
Cual gigante cadáver que cubre
Vil mortaja de lienzo soez;

Como zumba sonante á lo lejos
El doliente rugido del mar,
Cuando rompe en las rocas sus olas
Fatigadas de tanto luchar;

Y la brisa en la noche serena
En sus ráfagas trae la cancion,
Que al compás de los remos entora
Mar adentro quizá un pescador;

Asi, en turbio veloz remolino,
El diabólico ejército huyó;
Vagarosas pasaron sus sombras,
Y el crujir de sus alas sonó.

Y en el yermo fantástico espacio
Largo tiempo se oyó su cantar,
Y á lo lejos el flébil quejido
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente,
En incierto delirio quedó,
Y abrumada sentí que mi frente
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía
Sus clamores y cántico oí,
Y el tumulto y su inquieta porfía
Encerrado en mi mismo sentí.

Asi al són agudo de bélica trompa,
Y al compás del golpe que marca el tambor,
Brioso en alarde y magnífica pompa,
En órden desfila guerrero escuadron.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones
Pasan, y los ojos en confuso ven
Brillar aun las armas, ondear los pendones,
Fantásticas plumas del viento al vaiven.

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente,
Y se oye á lo lejos un vago rumor,
Y queda en su encanto suspensa la mente,
Y oír y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor
La luz pura tiñe el cielo,
Y al naciente resplandor
Naturaleza su velo
Pinta con vario color.

Ya se esparce por el mundo
Un armonioso contento,
Un confuso movimiento,
Que en pensamiento profundo
Suspende el entendimiento.

¿Es verdad lo que ver creo?
¿Fué un sueño lo que vi
En mi loco devaneo?
¿Fué verdad lo que fingí?
¿Es mentira lo que veo?

CANTO PRIMERO

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se vé.
Suenan las doce en el reloj vecino
Y el libro cierra que anhelante lee
Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe atento.

Carga despues sobre la diestra mano
La ya rugosa y abrumada frente,
Y un pensamiento fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente;

Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
Vuelve á leer, y en tanto que obediente
Se somete su vista á su porfía,
Lánzase á otra region su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»
Con sonrisa sarcástica exclamó;
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desden cerró.
Lóbrega tempestad su frente oscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luego
Una sangrienta lágrima de fuego.

«Ay! para siempre,—dijo—la ufanía
Pasó ya de la hermosa juventud,
La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron ay! las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataúd,
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte á pasos de gigante avanza.»

»Qué es el hombre? Un misterio. Qué es la vida?
Un misterio también!... Corren los años
Su rápida carrera, y escondida
La vejez llega envuelta en sus engaños:

Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio á nuestros daños,
Un sueño es lo presente de un momento,
Muerte es el porvenir, lo que fue, un cuento...

«Los siglos á los siglos se atropellan,
Los hombres á los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias á la muerte ceden:
La luz que sus espíritus destellan
Muere en la niebla que vencer no pueden,
Y es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura!»



«Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre joven é inmortal,
Y de la vida el sol le sonriera
Eterno de la vida el man-tial!
Oh! cómo entonces venturoso fuera;
Roto un cristal alzarse otro cristal
De ilusiones sin fin, contemplaría
Claro y eterno sol de un bello dial!...»

«Necio, dirán ¿tu espíritu altanero
Dónde te arrastra, que insensato quiere
En un mundo infeliz, perecedero,
Vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento!...»

Todos mas de una vez hemos pensado
Como el honrado viejo en este punto;
Y mucho nuestros frailes han hablado,
Y Séneca y Platon sobre el asunto,
Yo, por no ser prolijo ni cansado,
(Que ya impaciente á mi lector barrunto)
Diré que al cabo, de pensar rendido,
Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana
Irse á dormir á lo mejor del cuento,
Y cortado dejar para mañana
El hilo que anudaba el pensamiento.
Dicen que el sueño del olvido mana
Blanco licor que calma el sentimiento;
Mas ay! que á veces fijo en una idea,
Bárbaro en nuestro llanto se recreal

Quedóse en su profundo sueño, y luego
Una vision...—Vision!...—Frunciendo el labio,
Oigo que clama, de despecho ciego,
Un crítico feroz:—Perdona, oh sabio!
Sabio sublime, espérate te ruego,
Y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio!...
(Si no es Fabio tu nombre, en este instante
A dártelo me obliga el consonante);

Juro que escribo para darte gusto
A tí solo, y al mundo entero enojo,
Un libro en que á Aristóteles me ajusto,
Como se ajusta la pupila al ojo:
Mis reflexiones sobre el hombre justo
Que sirve á su razon, nunca á su antojo,
Publicaré despues, para que el mundo
Mejor se vuelva; oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta
Un paso mas en su inmortal carrera,
Cuando algun escritor, como yo, canta
Lo primero que salta en su mollera;
Pero no es eso lo que á mí me espanta,
Ni lo que acaso espantará á cualquiera;
Terco escribo en mi loco desvarío
Sin ton ni són, y para gusto mio.

La zozobra del alma enamorada,
La dulce vaguedad del sentimiento,
La esperanza de nubes rodeada,
De la memoria el dolorido acento,
Los sueños de la mente arrebatada,
La fábrica del mundo y su portento,
Sin regla ni compás canta mi lira:
¡Sólo mi ardiente corazon me inspira!

Y á la estraña vision volviendo ahora
Que al triste viejo apareció en su sueño,
(Que algunas veces cuando el alma llora
La muerte en consolarnos pone empeño
Y bienes y delirios atesora
Que hacen mas duro, al despertar, el ceño
De la suerte fatal, que en esta vida
Nos persigue con alma empedernida);

Es fama que soñó... y hé aqui una prueba
De que nunca el espíritu reposa,
Y esto otra vez á digresar me lleva
De la historia del viejo milagrosa;
Y á nadie asombre que afirmar me atreva
Que siendo el alma la materia odiosa,
Aquí para vivir en santa calma,
O sobra la materia ó sobra el alma.

Quiere aquella el descanso, y en el lodo
Nos hunde perezosa y encenaga:
Esta presume adivinarlo todo,
Y en la region del infinito vaga:
Flojo, torpe, á traspies, como un beodo
Que con sueños su mente el vino estraga,
La materia al espíritu obedece,
Hasta que yerta al fin cede y fallece.

Lllaman pensar asi, filosofia,
Y al que piensa, filósofo, y ya siento
Haberme dedicado á la poesia
Con tan raro y profundo entendimiento:
¡Yo con erudicion, cuánto sabria!...
Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,
Aunque ahora que un sastre es *esprit-fort*,
No hay ya vision que nos inspire horror.

Mas me valiera el campo lisonjero
Correr de la política, y revista
Pasar con tanto sabio y financiero,

Bibliógrafo, letrado y alquimista,
Orador, diplomático, guerrero,
Filósofo, erudito y periodista
Como honra el siglo: espléndidos varones,
Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho mas sin duda me valiera
Que no andar por el mundo componiendo,
De niño haber seguido una carrera,
De mas provecho y de menor estruendo;
Que si no sabio, periodista fuera,
Que es punto menos; mas, dolor tremendo!
Mis estudios dejé á los quince años,
Y me entregué del mundo á los engaños!

¡Oh padres! Oh tutores! Oh maestros,
Los que educáis la juventud sencilla!
Sigán senda mejor los hijos vuestros
Donde la antorcha de las ciencias brilla!
Tenderos ricos, abogados diestros,
Del foro y de la bolsa maravilla
Pueden ser, y sí no, sean diputados
Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,
Llanto de gozo; oh padres! derramad,
Al contemplarle demandar triunfante
A las Cortes un bill de indemnidad.—
Perdon, lector, mi pensamiento errante
Flota en medio á la turbia tempestad
De locas reprensibles digresiones.—
Siempre juguete fui de mis pasiones!!!

Por la inerte materia vaga incierta
El alma en nuestra fábrica escondida;
A otra vida durmiendo nos despierta,
Vida inmortal, á un punto reducida.
De la esperanza la sabrosa puerta
El espíritu abre, y la perdida
Memoria renovando, allí en un punto
Cuanto fue, es y será, presenta junto.

¡Será que el alma su inmortal esencia
Entre ensueño revela, y desatada
Del tiempo y la medida su existencia,
La eternidad formula á la espantada
Mente oscura del hombre? Oh ciencia! Oh ciencia
Tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza tén y permanece muda:
¡Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entre tanto el venerable anciano,
Mientras que yo discurro sin provecho,
Figuras mil en su delirio insano
Fingiéndolo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invisible y grave mano
Posando silencioso sobre el pecho,
Formas de luz y de color sombrío
Arroja al huracan del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta
En remolinos rápidos el viento,
Formas sin forma, en confusion que espanta,
Alza el sueño en su vértigo violento:
Del vano reino el límite quebranta
Vago escuadron de límites sin cuento,
Y otros mundos al viejo aparecian,
Y esto los ojos de su mente vian.

En lóbrego abismo que sombras eternas
Envuelven en densa tiniebla y horror,
Do reina un silencio que nunca se altera,
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,

Con lástima y pena, mirando al anciano,

Vaporosa sombra de un lejano bien,
De vagos contornos confusa figura,
Cual bello cadáver, se alzó una mujer:
Y oyóse en seguida lánguida armonía,
Música suave, y luego una voz
Cantó, que el oído no la percibía,
Sino que tan solo la oyó el corazón.

Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugará el padecer,
Y aduerme al hombre, y sus sienas
Con fresco jugo rocía,
Mientras el ala sombría
Bate el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni color,
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría,
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y árida, clara, desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza
Entre mis manos reposa;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré:
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazón.

¿Visteis la luna reflejar serena
Entre las aguas de la mar sombría,
Cuando se calma nuestra amarga pena,
Y siente el corazón melancolía;

Y el mar que allá á lo lejos se dilata,
Imágen de la oscura eternidad,
Y el horizonte azul bañado en plata,
Rico dosel que desvanece el mar?

¿Y del aura sutil que se desliza
Por las aguas, oísteis el murmullo,
Cuando las olas argentadas riza
Con blanda queja y con doliente arrullo?

¿Y sentísteis tal vez un tierno encanto,
Una voz que regala el corazón,
Dulce, inefable y misterioso canto
De vago afán é incomprendible amor?

Blanda así la quimérica armonía
Sonó del melancólico cantar;
Vibraciones del alma y melodía
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura
Los amarillos brazos estendió,
Y sus lánguidos ojos de dulzura
Al triste vicio con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,
Íntima, intensa el corazón domina,
En densas sombras los sentidos vela,
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente
Poco á poco en sus venas con sabroso
Desmayo, y que se trueca su impaciente
Afan en un letargo vaporoso.

Entorpece sus miembros y embriaga
Su mente aquella mágica figura,
La breve luz de su existencia apaga
Con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo
Cariñosa la pálida visión,
Y á las entrañas se desprende el hielo
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos,
Desvanecidos de mirar sentía
Los rayos de su luz, yertos despojos
Que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,
Sus nervios suavemente entumeciendo,
Y el espíritu dentro resbalaba,
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano
Sobre su pecho á reposarla estienda,
Y exánime, mirándola el anciano,
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando
El sueño los sentidos entorpece,
Las fuerzas poco á poco van faltando
Y el cuerpo perezoso desfallece:

Y perdido en el áspera montaña,
Sobre la nieve desplomado cae,
Su juicio se devana y enmaraña,
Gratas visiones su desmayo trae;

Y lenta y muellemente adormecida
La máquina mortal, lánguidamente
Bostezar torpe la ondulante vida
Entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que consumida por los años
Sienta placer la vida fatigada,
En dejar de este mundo los engaños,
El término al tocar de su jornada?

La trabazon de la materia inerte
Desatada, ¿disuelto el cuerpo espira,
Y el espíritu, cerca ya la muerte,
Por la perdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,
Con deleite la eterna paz espera;
Su mano estrecha la aterida mano
Que marca el fin de su vital carrera,

Cuando á otra parte con estruendo el suelo
Crugir y el muro de su estancia siente,
Y ven sus ojos un inmenso cielo
Desarrollarse en luz de oro candente.

Rico manto de lumbre y pedrería,
Tachonado de soles á millares,
Olas de aljofarada argentería
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona
En torno á una deidad orlan su frente,
Y los rayos de luz de su corona
En un velo la envuelven trasparente.

Magestuosa, diáfana y radiante
Su hermosura en su lumbre se confunde,
Agitada columna coruscante,
Júbilo y vida por do quiera difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,
Armas, coronas de oro y de laurel,
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,
Ilusiones, riquezas y poder:

Eterna vida, eterno movimiento,
Los sueños de la dulce poesía,
El sonoro y quimérico concento
De la rica estasiada fantasía:

El eco blando del primer suspiro,
La dulce queja del primer amor,
La primera esperanza y el respiro
Que pura exhala la aromosa flor:

La faz hermosa de la noche en calma
Y el són del melancólico laud,
Los devaneos plácidos del alma,
El sosiego y la paz de la virtud:

La santa dicha del hogar paterno,
Del amigo la plática sabrosa,
El blando sueño en el regazo tierno
De la feliz, enamorada esposa:

El puro beso del alegre niño
Que en torno de sus padres juguetea,
Prenda de amor, emblema del cariño
En que el alma gozosa se recrea:

La fe, la religion, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo,
Y de las ciencias el estudio grave
Que alza la mente á la region del cielo:

La máquina del mundo y su hermosura
Que arrobado el espíritu contempla:
La augusta soledad que la amargura
Tal vez del alma combatida templa:

De la pasion el goce turbulento,
Siguiendo atropellado á la esperanza:
Ligero tamo que arrebatara el viento
Y despeñado á su ilusion se lanza:

El aplauso del mundo y la tormenta,
Y el afán y el horrisono vaiven,
El noble orgullo y la ambicion sangrienta,
De nombre avara y de esplendente prez:

Del tronante cañon el estampido,
El lujo y el furor de la batalla:
Dei corazón el bélico latido,
Que hace que hierva la abrasante malla:

El oro que famélico codicia
El hombre, y en montones lo atesora;
Alimento infernal de la avaricia,
Que hambre mas siente cuanto mas devora:

La crápula, el escándalo y mareo
De en vicios rica, estrepitosa orgía,
El pudor resistiéndose al deseo,
Y mezclándose el vino en la porfia:

La alegre danza en movimiento blando
Que orna voluptuosa liviandad,
Al goce, al apetito convidando
Con sus mórbidas formas la beldad:

Cuanto fingió é imaginó la mente,
Cuanto del hombre la ilusion alcanza,
Cuanto creara la ansiedad demente,
Cuanto acaricia en sueños la esperanza,

La radiante vision maravillosa
Brinda con mano pródiga en monoton,
Y en óptica ilusoria y prodigiosa
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,
Y de ella en pos la humanidad entera,
Y en torno de ella armónica volviendo
En giro eterno la argentada esfera,

Suenan voces y cánticos sonoros
Que el aire en ecos derramando hien den,
Y ángeles mil en matizados coros
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,
Palpitando de vida y de armonía
Sobre el vario magnífico concento,
Así cantando resonar se oía.

¡Saive, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber,

Puro gérmen, principio fecundo
Que encadenas la muerte á tus piés!

Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú su lodo modelas, y creas
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez;
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentadas,
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles das,
Melancólica música al río,
Ronco grito á las olas del mar:

Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,



Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviendo metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes estienes,
Negro manto que agita Aquilon;
Con tu aliento los aires enciendes,
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno del bien;
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu sér,

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artifices son,
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prision.

Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van;
Y adelante en tu rudo camino
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se anzan,
Desparecen y llegan sin fin,

Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Océano
Flota el hombre en perpétuo vaiven,
Y derrama abundante su mano
La creadora semilla en su sér.

Hombre débil, levanta la frente,
Pon tu labio en su eterno raudal;
Tú serás como el sol en Oriente,
Tú serás, como el mundo, inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro
Y el estruendo y la música siguió,
Y repitiendo el cántico sonoro
Turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela
Como la nave en la serena mar,
Y entre su viva luz la luz ríela
Mas pura de la imágen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tromba
Su cortejo magnífico en redor,
Y el viento rompe cual lanzada bomba,
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,
Como el que vuelve en sí en el ataud,
Con ánsia, angustia y con delirio insano
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no sér dormido,
El alto estruendo en su estupor sintió,
El intrépido canto hirió su oído,
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría
Que vierte al corazón hielo mortal,
Aparta con su afán en su agonía,
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,
Atento el canto animador escucha,
De la vision de muerte se desprende,
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,
La luz buscando que su luz escita,
Sienten grato calor sus miembros muertos,
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,
Siente volver los juveniles bríos,
Y ahuyentan de su frente albas serenas
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre
Su cuerpo bañan y su sien circundan;
Torrentes mil de la argentada cumbre
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,
Mecida en olas de encendido viento,
En torno de él la tropa voladora
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se pinta de hermosura,
Viste su corazón la fortaleza,
Brilla en su frente juvenil tersura,
Negros rizos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se trasparente,
Mirar sereno, vívido y ardiente,
Y su robusta máquina alimenta
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,
Y en su vuelo le envuelve y le ilumina,
Y á su ruina y su destino enlaza
El destino del mundo y su ruina.

Tú los siglos hollarás
(Sonó la voz de la altura),
Pasar los hombres verás,
Del mundo la edad futura
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente
Y que ilumina tu frente,
Pasarán edades cien,
Y cual hoy resplandeciente
La iluminará también.

El crudo invierno, sombrío,
Del pintado abril las flores,
Las galas del bosque umbrío,
Los rigurosos calores
De los meses del estío,

Pasarán, y contarás
Hora á hora y mes á mes,
Y un año y otro verás,
Y un siglo y otro despues,
Sin que se acabe jamás.

Y eternamente bogando
Y navegando contino,
Sin hallar descanso, andando
Irás siempre, caminando,
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán
En perpétuo movimiento;
Las naciones morirán,
Y se escuchará tu acento
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algun día
Lloras tal vez tu orfandad,
Y al cielo clamas piedad,
Y en lastimosa agonía
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste
El que fijó tu destino;
Que ser inmortal pediste,
Y arrojarte al torbellino
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene:
Que tuyo el mundo será,
Y ya para tí previene
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto, el luciente coro
Repitio luego el cantar,
Y remontándose al cielo
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nácar
Que esconden á la deidad;
Y las voces en los aires
Perdidas se escuchan ya

Allá en lejana armonía
Como un eco resonar:

«Y que el mundo te dará
Cuanto el mundo en sí contiene;
Que tuyo el mundo será,
Y ya para tí previene
Cuanto ha tenido y tendrá.»

Dicha es soñar cuando despierto sueña
El corazón del hombre su esperanza,
Su mente halaga la ilusión risueña,
Y el bien presente al venidero alcanza:
Y tras la aérea y luminosa enseña
Del entusiasmo, el ánimo se lanza
Bajo un cielo de luz y de colores,
Campos pintados de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,
Lo que fingió tal vez la fantasía,
Cuando embriagada en lánguido beleño
A las regiones del placer nos guía:
Dicha es soñar, y el riguroso ceño
No ver jamás de la verdad impía:
Dicha es soñar, y en el mundano ruido
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,
Sueño al principio de dorada lumbre,
Senda de flores mil, fácil subida,
Que á un monte lleva de lozana cumbre:
Después vereda áspera y torcida,
Monte de insuperable pesadumbre,
Donde cansada de una en otra breña,
Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,
La juventud, la gloria y la hermosura;
Sueños las dichas son, sueños las flores,
La esperanza, el dolor, la desventura:
Triunfos, caídas, bienes y rigores
El sueño son que hasta la muerte dura,
Y en incierto y continuo movimiento
Agita el ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,
Que el tema es viejo y la palabra rancia,
Y es trillado sendero el que ahora sigo,
Y caminar por él ya es arrogancia.
En la mente, lector, se abre un postigo,
Sale una idea y el licor escancia
Que brota el labio y que la pluma vierte,
Y en palabras y frases se convierte.

Nihil novum sub sole, dijo el sabio;
Nada hay nuevo en el mundo, harto lo siento
Que, como dicen vulgarmente, rabio
Yo por probar un nuevo sentimiento;
Palabras nuevas pronunciar mi labio,
Renovado sentir mi pensamiento
Ánsio, y girando en dulce desvarío,
Ver nuevo siempre el mundo en torno mio.

Uniforme, monótono y cansado
Es sin duda este mundo en que vivimos;
En Oriente, de rayos coronado,
El sol que vemos hoy ayer le vimos:
De flores vuelve á engalanarse el prado,
Vuelve el otoño pródigo en racimos,
Y tras los hielos del invierno frío,
Coronado de espigas el estío.

¿Y no habré yo de arrepentirme á veces
Decir también lo que otros ya dijeron,
A mí, á quien quedan ya sólo las heces
Del río manantial en que bebieron?
¿Qué habré yo de decir que ya con creces
No hayan dicho tal vez los que murieron,
Byron y Calderon, Shakespeare, Cervantes,
Y tantos otros que vivieron antes?

Y aun asimismo ¿acertaré á decirlo?
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?
Ya que en mi cuento entré ¿podré seguirlo
Y el término tocar que me he propuesto?
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,
¿A tí no te será nunca modesto,
Oh caro comprador, que con zozobra
Imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada menos te ofrezco que un Poema
Con lances raros y revuelto asunto,
De nuestro mundo y sociedad emblema,
Que hemos de recorrer punto por punto.
Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre y la quimera
Trás de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amorios,
Por mar y tierra, lances, descripciones
De campos y ciudades, desafíos,
Y el desastre y furor de las pasiones,
Goces, dichas, aciertos, desvarios,
Con algunas morales reflexiones
Acerca de la vida y de la muerte,
De mi propia cosecha, que es mi fuerte,

En varias formas, con diverso estilo,
En diferentes términos, calzando
Ora el coturno trágico de Esquilo,
Ora la trompa épica sonando:
Ora cantando plácido y tranquilo,
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,
Que inmortal de su lecho se levanta,
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,
Rico de la esperanza que le encanta:
Verás luego también... ¿pero á qué en vano
Me canso en ofrecerte empresa tanta,
Si hasta que el uno al otro nos cansemos,
Tú y yo en compañía caminando iremos?

Mas vale prometerte poco ahora,
Y algo después cumplirte, lector mio,
No empiece yo con voz atronadora,
Y luego acabe desmayado y frío.
No una altiva columna vencedora
Que jamás rinda con su planta impío
El tiempo destructor, alzar intento;
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria
De alzar un monumento suntuoso,
Que eternice á los siglos la memoria,

De algun hecho pasado grandioso;
 Quédele tanto al que escribió la historia
 De nuestro pueblo, al escritor lujoso,
 Al conde que, del público tesoro,
 Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento,
 (Que tal le llama en su modestia suma) (1)
 Premio dar á su gran merecimiento,
 Y en pluma de oro convertir su pluma;
 Al ilustre asturiano; al gran talento,
 Flor de la historia y de la hacienda espuma;
 Al necio audaz de corazon de cieno,
 A quien llaman el CONDE DE TORENO.

¡Oh gloria! oh gloria! lisonjero engaño,
 Que á tanta gente honrada precipitas!
 Tú al mercader pacífico en extraño
 Guerrero truecas, y á lidiar le escitas;
 Su rostro vuelves bigotudo, uraño,
 Con entusiasmo militar le agitas,
 Y haces que sea su mirada horrenda
 Susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otros tiempos acertaba apenas
 A escribir con fatigas una carta,
 Animas á dictar páginas llenas
 De verso y prosa en abundante sarta:
 Político profundo en sus faenas,
 Folletos traza, artículos ensarta,
 Suda y trabaja, y en manchar se emplea
 Resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡oh gloria! sin aliento vagan
 Solícitos huyendo acá y allá,
 Suponen club, y con recelo indagan
 Cuándo el gobierno á prisionarlos va:
 A estos, si los destierran, los halagan;
 Nadie en ellos pensó ni pensará,
 Y andan ocultos y mudando trajes,
 Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo cumun son buena gente,
 Son á los que llamamos *infelices*,
 Hombres todo entusiasmo y poca mente,
 Que no ven mas allá de sus narices:
 Raza que el pecho denodado siente
 Antes que ¡oh fiero mandarín! atices
 Uno de tus legales ramalazos,
 Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,
 Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,
 Que creyéndose dignos de la historia,
 Varones de gobierno y esperiència,
 Ansiosos de alcanzar alta memoria
 O abusos corregir con su elocuencia,

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que habia erigido á la gloria de su patria un monumento en su Historia de la Revolucion de 1808.

Diputados al fin se hacen nombrar
 Tontos de buena fe para callar.

Estos viven despues desesperados,
 Del ministro además desatendidos,
 En el mundo político ignorados
 Y del pueblo tambien desconocidos:
 Andan en la cuestion extraviados,
 Siempre sin tino, torpe en los sentidos;
 Dando á saber con pruebas tan acerbas,
 Que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tu penden nos guia,
 Y á todos nos escita tu deseo:
 ¡Apellidarse socio quién no ansia,
 Y en las listas estar del Ateneo?
 ¡Y quién, aficionado á la poesia,
 No asiste á las reuniones del Liceo,
 Do la luz brilla dividida en partes
 De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van tambien profanos
 En busca de las lindas profesoras,
 Hombres sin duda en su penar livianos,
 Que de todo hacen burla á todas horas,
 Sin gravedad, de entendimiento vanos,
 Gentes de natural murmuradoras,
 Que se mofáran de Villena mismo (1)
 Evocando los diablos del abismo.

Y yo ¡pobre de mí! sigo tu lumbre,
 Tambien ¡oh gloria! en busca de renombre,
 Trepas ansiando al templo de tu cumbre,
 Donde mi fama al universo asombre:
 Quiero que de tu rayo á la vislumbre
 Brille grabado en mármoles mi nombre,
 Y espero que mi busto adorne un día
 Algun salon, café ó peluquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa
 Coronaré en figura de botella,
 Lleno mi hueco vientre de olorosa
 Agua que pula el rostro á la doncella:
L'eau veritable de colonia y rosa
 El rótulo en francés dirá á mi huella;
 Que de su vida al fin tanto blason
 Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, ¡oh público severo!
 Y muéstrame la cara lisonjera;
 Esto le pido á Dios, y algun dinero,
 Mientras sigo en el mundo mi carrera;
 Y porque fatigarte mas no quiero,
 Caro lector, al otro canto espera,
 El cual sin falta seguirá, se entiende,
 Si este te gusta y la edicion se vende.

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal; tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzon al paladar el picadillo de sabio.

CANTO II. (1)

A TERESA.

DESCANSA EN PAZ.

Bueno es el mundo, ¡bueno! bueno! bueno!
 Como de Dios al fin obra maestra,
 Por todas partes de delicias lleno,
 De que Dios ama al hombre hermosa muestra.
 Saiga la voz alegre de mi seno
 A celebrar esta vivienda nuestra;
 ¡Paz a los hombres! gloria en las alturas!
 ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(*Maria*, POR DON MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.)

Por qué volveis á la memoria mia,
 Tristes recuerdos de placer perdido,

A aumentar la ansiedad y la agonía
 De este desierto corazón herido?
 Ay! que de aquellas horas de alegría
 Le quedó al corazón sólo un gemido,
 Y el llanto que al dolor los ojos niegan
 Lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¿Dónde volaron, ay! aquellas horas
 De juventud, de amor y de ventura,
 Regaladas de músicas sonoras,
 Adornadas de luz y de hermosura?
 Imágenes de oro bullidoras,
 Sus alas de carmin y nieve pura,
 Al sol de mi esperanza desplegando,
 Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.



Gorgeaban los dulces ruiséñores,
 El sol iluminaba mi alegría,

(1) Este canto es un desabogo de mi corazón: sáltele el que no quiera leerlo, sin escrúpulo, pues no está ligado de manera alguna al Poema. (N. del A.)

El aura susurraba entre las flores,
 El bosque mansamente respondía,
 Las fuentes murmuraban sus amores...
 ¡Ilusiones que llora el alma mía!
 ¡Oh! cuán suave resonó en mi oído
 El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que sus piés alabe
Su triunfo en roncós cantos va velera
Una ola tras otra bramadora
Hollandando y dividiendo vencedora;

Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba; el sol de la mañana
Elevaba yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entrefrescuras y arboledas mana,
Brotaba entonces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía
En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía:
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendía,
Contino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojó de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fe del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero,
Ay! arrancada de sus patrios lares,
Jóven cautiva, al rayo de la luna,
Contemplando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo;
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre el medroso velo;
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura:

A un tiempo mismo en rápida tormenta
Mi alma alborotaban de contino,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino:
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imágen peregrina
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estáticos seguía
La nave audaz que en argentada raya

Volaba al puerto de la patria mía:
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

Una mujer! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo,
Lejos entre la nube se evapora;
Sobre las cumbres que florece mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

Una mujer! Deslizase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella:
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y en su planta huella,
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del amor cumplidos,
Que engalana la rica fantasía,
Goces que avaro el corazón ansia:

Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusión de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza.
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo no mas de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sifides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas:
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! celestial anhelo!
Sentimiento purísimo! memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! que en imágen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusión primera!..

¡Oh Teresa! Oh dolor! Lágrimas mías,
Ah! ¿dónde estais que no correis á mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días,
No consolais vosotras mis pesares?
Oh! los que no sabeis las agonías
De un corazón que penas á millares
Ay! desgarraron y que ya no llora,
Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh dichosos mil veces! sí, dichosos
Los que podeis llorar; y ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura!
¡Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazón, gimiendo de amargura!

También tu corazón, hecho pavesa,
Ay! llegó á no llorar, pobre Teresa!

¿Quién pensará jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensará jamás llegase un día
En que perdido el celestial encanto
Y caida la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas
Tintas sobre la nieve, que evidiaron
Las de mayo serenas alboradas;
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ay! como despues lloradas,
Horas de confianza y de delicias,
De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:
Las horas, ay! huyendo nos miraban,
Llanto tal vez vertiendo de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin, oh! quién impío
Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en ondas fulguroso
Rayos al mundo tu esplendor vertía,
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas, ay! que es la mujer ángel caído,
O mujer nada mas y lodo inmundado,
Hermoso sér para llorar nacido,
O vivir como autómatas en el mundo!
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrásara con fuego del profundo
La primera mujer, y ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brotó en el cielo del amor la fuente,
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana:
Mas, ay! huid, el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día
En que enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfia
Lucheis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan soñada gloria
Sólo quedo una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! al recordarte siento
Un pesar tan intenso! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mio:
Para allí su carera el pensamiento,
Hiela mi corazón punzante frío
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á que descansar en tu camino
Cuando llegabas mísera á perderte,
Y era llorar tu único destino:
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino!
Feliz, la muerte te arancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
Arido el corazón, sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones:
Tus hijos, ¡ay! de tí se avergonzaran,
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido;
Único desahogo en tu quebranto,
El histérico, ay! de tu gemido:
¿Quién, quién, pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? Sólo la muerte!

¡Y tan jóven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta,
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta,
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero;
Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente día,
Ay! al amor abrí tu alma temprana,

Y exalté tu inocente fantasía,
Yo inocente también ¡oh! cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alas de mi amor, con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado;
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleite rodeado
Levantar para tí soñé yo un trono:
Y allí, tú venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo, sin horas ni medida,
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices se cambiaban;
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusión te abandonaban,
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento;
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento
Si arrojó é tu dolor tu fantasía.
Tus hijos, ¡ay! en tu postrer momento
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste

Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de tí gritándote severa;
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

Oh! cruel! muy cruel! martirio horrendo!
Espantosa expiación de tu pecado!
Sobre un lecho de espinas maldiciendo
Morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano, con los ojos fijos,
Y estendiéndote brazos á tus hijos.

Oh! cruel! muy cruel!... Ay! yo entre tanto
Dentro del pecho mi dolor oculto,
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto:
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz: bella es la vida!
¿Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida:
Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver mas ¿qué importa al mundo?

CANTO III.

«¡Cuán fugaces los años,
»Ay! se deslizan, Póstumo!» Gritaba
El lírico latino, que sentía
Cómo el tiempo cruel le envejecía,
Y el ánimo y las fuerzas le robaba.
Y es triste á la verdad ver cómo huyen
Para siempre las horas, y con ellas
Las dulces esperanzas que destruyen
Sin escuchar jamás nuestras querellas.
Fatalidad! fatalidad impía!
Pasa la juventud, la vejez viene,
Y nuestro pie, que nunca se detiene,
Recto camina hacia la tumba fría!
Así yo meditaba
En tanto me afeitaba
Esta mañana mismo, lamentando
Como mi negra cabellera riza,
Seca ya como cálida ceniza,
Iba por varias partes blanqueando;
Y un triste adiós mi corazón sentido
Daba á mi juventud, mientras la historia
Corría mi memoria

Del tiempo alegre por mi mal perdido,
Y un doliente gemido
Mi dolor tributaba á mis cabellos,
Que canos se teñían,
Pensando que ya nunca volverían
Hermosas manos á jugar con ellos.

¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!

Perdonad, hombres graves, mi locura;
Vosotros, los que veis sin amargura,
Como cosa corriente,
Que siga un año al año antecedente,
Y nunca os rebeláis contra el destino:
Oh! será un desatino,
Mas yo no me resigno á hallarme viejo
Al mirarme al espejo,
Y la razón averiguar quisiera
Que en este nuestro mundo misterioso,
Sin encontrar reposo,
Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres, todavía
 Son mi dulce manía:
 Ellas la senda de ásperos abrojos
 De la vida suavizan y coloran,
 Y á las mujeres los llorosos ojos
 Y los cabellos blancos no enamoran!
 ¡Griegos liceos! Célebres hospicios!
 (Esclamaba también Lope de Vega
 Llorando la vejez de su sotana)
 Que apenas de haber sido dais indicios,
 Si moristeis del tiempo en la refriega,
 Y ejemplo sois de la locura humana,
 Ah! no es extraño que el que á treinta llega
 Llegue á encontrarse la cabeza cana!

Adios, amores, juventud, placeres;
 Adios vosotras, las de hermosos ojos,
 Hechiceras mujeres,
 Que en vuestros labios rojos
 Brindais amor al alma enamorada:
 Dichoso el que suspira,
 Y oye de vuestra boca regalada
 Siquiera una dulcísima mentira
 En vuestro aliento mágico bañada:
 Ah! para siempre adios: mi pecho llora
 Al deciros adios: ilusión vana!
 Mi tierno corazón siempre os adora;
 Mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente
 El sol resplandeciente
 Los campos de záfir con rayos de oro,
 Y su rico tesoro
 Del faldellín de plata derramaba
 La aurora, y esmaltaba
 La esmeralda del prado con mil flores,
 Brotando aromas y vertiendo amores,
 Y llenaban el mundo de armonía
 La mar serena y la arboleda umbría,
 Rizando aquella sus lascivas olas,
 Y ésta las verdes copas ondeando,
 Coronadas de vagas aureolas
 A los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo
 De este siglo que llaman positivo,
 Cuando el que viejo fue, por la mañana
 En vez de hallarse la cabeza cana
 Y arrugada la frente,
 Se encontró de repente
 Joven al despertar, fuerte y brioso,
 Y el antes fatigoso
 Del triste corazón flaco latido
 En vigoroso golpe convertido,
 Y palpitantes conteniendo apenas
 La hirviente sangre las hinchadas venas.
 Y sintió nueva fuerza en los nervudos
 Músculos, antes de calor desnudos,
 Mientras en su agitada fantasía
 Volando con locura al pensamiento,
 En vaga tropa imágenes sin cuento
 De oró y azul el porvenir traía.

El corazón henchido de esperanza,
 Sin temor de mudanza
 Mecida el alma en el placer futuro,
 El ánimo seguro
 Tras su ilusión lanzándose á la gloria,
 Y libre de recuerdos la memoria,
 Y el alma y todo nuevo,
 Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube mas ligera
 No empañaba la atmósfera siquiera
 De su nuevo atrevido pensamiento;

Nuevo su sentimiento,
 Y pura y nueva su esperanza era,
 A su espalda las aguas del olvido
 Sus antiguos recuerdos se llevaron,
 Y de la vida con raudal crecido
 Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido
 Que daba el corazón, y era el primero
 Pensamiento ligero
 Que formaba la mente, y la primera
 Nacarada ilusión del alma era:
 Sus ojos á mirar no se volvían
 Los recuerdos que huían,
 Y el denso velo de la mente oculta,
 Porque muertos habían,
 Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre
 Que allá también la eternidad sepulta,
 Y al despertar amaneció otro hombre.

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?
 Todo el tiempo pasado
 Va para siempre atado
 Al nombre que conserva el pensamiento,
 Y trae á la memoria
 Un solo nombre, una doliente historia.
 Hilo tal vez de la madeja suelto,
 En el nombre va envuelto
 El despecho, el placer, las ilusiones
 De cien generaciones
 Que su historia acabaron,
 Y cuyos nombres sólo nos quedaron:
 Clavo de donde cuelgan nuestras vidas
 En mil girones pálidos rompidas,
 Que traen á la memoria
 Cual rota enseña la pasada gloria:
 Porque el nombre es el hombre,
 Y es su primer fatalidad su nombre.
 Y en él se encarna á su existencia unido,
 Y en su inmortal espíritu se infunde.
 Y en su sér se confunde,
 Y arranca su memoria del olvido.
 Y viviendo de ajena y propia vida,
 Alma de los que fueron, desprendida
 Júntase al alma del que vive, y lleva,
 Cual parte de su vida, en su memoria
 La ajena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura
 Metafísica pura,
 Puro dispartar, y ya no entiendo,
 Lector, te juro, lo que voy diciendo.
 Vuelvo á mi cuento, y digo
 Que el viejo nuestro amigo
 Amaneció tan otro y tan ufano,
 Tan orondo y lozano,
 Que envidia y gloria diera
 A un gerónimo antiguo si le viera.
 No hablo de los gerónimos de hoy día
 Que, flacos, macilentos,
 Tal vez recuerdan con la panza fría
 La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y luciente brilla
 La morena mejilla;
 Los afilados dientes
 Unidos, transparentes,
 Entre sus labios de carmin blanquean,
 Y en negros rizos por su espalda ondean
 Los cabellos de ébano bruñido,
 En tanto que encendido
 Fuego sus negros ojos centellean;
 Y su frente diáfana ilumina
 Su raudal pensamiento,
 Prestando á su semblante movimiento

Vívido rayo de la luz divina;
 Ancha la espalda; levantado el pecho;
 De férreos nervios hecho
 El vigoroso cuerpo, y la belleza
 Junta á la fortaleza:
 Marávillosa máquina formada
 Por ingenio divino,
 De siglos mil á resistir lanzada
 El choque y torbellino.

¿Y el alma? el corazón? la fantasía?
 ¡Oh! la aurora mas pura y mas serena
 De abril florido en la estacion amena
 Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ah! los que al nacer lloramos,
 Que paso á paso á la razon seguimos,
 Que una impresion tras otra recibimos,
 Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,
 Luego á la juventud; ah! no alcanzamos
 A imaginar la dicha y la limpieza
 Del alma en su pureza;
 ¿Quién no lleva escondido
 Un rayo de dolor dentro del pecho?
 ¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
 Lágrimas de amargura y de despecho?
 ¿Quién no lleva en su alma,
 ¡Ah! por muy jóven y feliz que sea,
 Un penoso recuerdo, alguna idea



Que nublando su luz turba su calma?

Tal nuestro padre Adam... Pero dejando
 Comparaciones frias,
 Que el alma atormentando
 Nos traen recuerdos de mejores dias,
 Y de aquella fatal, negra mañana
 De la flaqueza ó robustez de Eva,
 Cuando alargó la mano á la manzana,
 Y... Pero, pluma, queda;
 ¿A qué vuelvo otra vez al Paraiso,
 Cuando la suerte quiso
 Que no fuera yo Adán, sino Espronceda?
 Ni el primer hombre, ni el varon segundo,

Sino Dios sabe el cuantos, que no tengo
 Número conocido, y me entretengo
 En este mundo tan alegre y vario,
 Como en jaula de alambres el canario,
 Divertido en cantar mi *Diablo-Mundo*,
 Grandiloquo poema y elocuente,
 En vez de hablar allí con la serpiente...
 Reptil sin instruccion, poco profundo,
 Poco *espiritual*, y al cabo un ente
 De fe traidora y de melosa lengua,
 El cual tal vez me hubiera pervertido,
 Y como á Eva, para eterna mengua,
 Deshonrado además y seducido;
 Y al fin allí no habia

Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando también mis digresiones,
Mas largas cada vez, mas enojosas,
Que para mí son tachas y borrones
De las mejores obras, fastidiosas
Haciéndolas, llevando al pacienczudo
Lector confuso siempre, aunque es defecto
De escritor concienczudo
Que perdona el efecto,
Con la intencion de mejorar las ciencias
Con sus disertaciones y advertencias;

El hombre, en fin se levantó del lecho
Mancebo ardiente y vigoroso pecho,
Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,
Rebosándole el gozo
Al rostro, y en el alma el alborozo
Al impulso secreto que sentia.

Era en el mes de abril una mañana;
Con un rayo de sol dorado el viento
Alegraba el cristal de su ventana,
Y mecidas en blando movimiento
De varios tientos las pintadas flores,
Sus corolas erguan,
Y al trasparente céfiro esparcian
Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera
Entre las flores y el cristal sus alas,
Ninfa de la galana primavera,
De su color vestido y ricas galas,
En círculos volando bulliciosa
Alegre mariposa,
Sus alas dando al sol rico tesoro
De nieve y de zafir con polvos de oro;
Y la amorosa flor que se mecía,
Y el aliento del aura enamorada,
Y la brillante luz que se bullía,
Y el inquieto volar de la encantada
Mariposa feliz girando en torno,
Imágenes doradas de la vida
Eran, y rico adorno
Que á la ilusion del porvenir convida
Flores, luces, aromas y colores,
Que sueña el alma enamorada cuando
Guardan su sueño á su alrededor cantando
La virtud, la esperanza y los amores,

Y un alegre rumor que el vago viento
En confundido acento
De la calle elevaba,
Bullicio de la gente que pasaba,
Cada cual acudiendo á sus quehaceres,
Y acá y allá esparcidos,
Su afan mezclando y diferentes ruidos
Al confuso rumor de los talleres;
Escalando la estancia del mancebo
Con estrépito alegre y armonía,
A su encantado pensamiento nuevo
Regocijo añadia.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero!
¡Quién en la calle de Alcalá creyera
Tanta felicidad que se escondiera,
Y en un piso tercero?
Mas todo son jardines de hermosura,
Si con su varia tinta
El alma en su ventura
Y mágica ilusion el cuadro pinta,
Y el mas bello pensil trueca y convierte
Del almá la amargura
En páramo erial de luto y muerte!

¡ Bueno es el mundo! bueno! bueno! bueno!

Ha cantado un poeta amigo mio:
Mas es fuerza mirar así, de lleno,
El cielo, el campo, el mar, la gente, el rio,
Sin entrarse jamas en pormenores,
Ni detenerse á examinar despacio,
Que espinas llevan las lozanas flores,
Y el mas blanco, diáfano topacio
Y la perla mas fina
Manchas descubrirá si se examina.

¿Pero qué hemos de hacer? ¿No examinar,
Y el mundo que ande como quiera andar?
Pasar por todo y darlo de barato
Fuera vivir cual sandio mentecato;
Elegir la virtud en un buen medio
Es un continuo tedio;
Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo
Cuando apenas alcanza nuestro vuelo
A elevarnos un palmo de la tierra,
Miserables enanos,
Y con voces hacer mezcquina guerra,
Y levantar las impotentes manos,
Es ridiculo asaz y hartito indiscreto:
Vamos andando, pues, y haciendo ruido
Llevando por el mundo el esqueleto
De carne y nervios y de piel vestido.
Y el alma que no sé yo dónde se esconde,
Vamos andando sin saber á dónde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros,
Sin respeto al pudor, como un salvaje,
O como andaba allá por los oteros
Floridos del Eden, ó por los llanos,
Sin arcabuz ni paje,
El padre universal de los humanos,
Que sin duda andaria
Sólo y sin su mujer el primer dia;
O como van aun en las aldeas,
Sucias las caras feas
Y el cuerpo del color de la morcilla,
Los chicos de la Mancha y de Castilla,
Nuestro héroe gritando,
Gestos haciendo y cabriolas dando,
Hasta que al fin al ruido
Entró allí su patron medio dormido.
Frisaba ya el patron en sus cincuenta,
Hombre grave y sesudo,
Tenido entre sus gentes por agudo,
Con lonja de algodones por su cuenta:
Elector, del sensato movimiento
Partidario en política, y nombrado
Regidor del heroico ayuntamiento
Por fama de hombre honrado,
Y odiar en sus doctrinas reformistas
No menos al partido moderado
Que á los cuatro anarquistas,
Aunque estos le incomodan mucho mas;
Por no verlos se diera á Barrabás,
Y tiene persuadida á su mujer
Que es gente que no tiene que perder.

Leyendo está las ruinas de Palmira
Detrás del mostrador á aquellas horas
Que cuenta libres, y á educarse aspira
En la buena moral,
Y á la patria á ser útil en su oficio,
Habiendo ya elegido en su buen juicio
En cuanto á religion, la natural:
Y mirando con lástima á su abuelo,
Que fue al fin un esclavo,
Y el mezcquino desvelo
De los pasados hombres y porfias,
Rinde gracias á Dios, que el mundo al cab
Ila logrado alcanzar mejores dias,

Así filosofando y discuriendo,
 Sus cuentas componiendo,
 Cuidando de la villa y su limpieza,
 Sólo tal vez alguna ligereza
 Turba su paz doméstica, que ha dado
 En darle celos su mujer furiosa,
 Y aunque sobremanera
 Los celos sin razón ella exagera,
 Suena en el barrio como cierta cosa,
 Que aunque viejo, es de fuego,
 Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia, al estruendo y algazara,
 Entra el discreto concejal gruñendo,
 Y con muy mala cara
 De las bromas del huésped maldiciendo,
 Bromas de un hombre de su edad ajenas,
 Con un pie en el sepulcro dando voces,
 Haciendo el niño y disparando coces...
 Mas lo que puede el regidor apenas
 (Don Liborio) llegar á comprender,
 Es cómo á tanto escándalo se atreve
 Un hombre que le debe
 Cuatro meses lo menos de aquiler.

«¿Es posible, al entrar dijo, don Pablo,
 (Sin reparar siquiera
 Que su huésped el mismo ya no era)
 Que os tiente así tan de mañana el diablo?
 ¡Vive Dios, que os encuentro divertido!...
 ¡Parece bien que un viejo que ya tiene
 Mas años que un palmar, hecho un orate,
 Arme él solo mas ruido
 Que cien chiquillos juntos!... Botarate!
 Mas valiera que tantas alegrías
 Fueran pagar contado
 Mis cuatro meses y diez y ocho días!»

Tal con rostro indigesto
 Dijo: y en ademán de hombre enojado.
 Con desden la cabeza torció á un lado,
 Y empujó el labio con severo gesto.

Con una interjección y un fiero brinco
 Digno de Auriol el saltarín payaso,
 Al grave regidor le saltó al paso,
 Colgándose á su cuello con ahinco
 Y amorosa locura,
 Su improvisado huésped, que se afana
 (Tal simpatiza la familia humana)
 Por conocer aquel confuso ente
 De tan rara figura
 Que aparece á sus ojos de repente;
 Ambas manos le planta
 En los carrillos, y su faz levanta
 Por verle bien, y en la nariz le arroja
 Tan súbita y ruidosa carcajada,
 Fijando en él su vívida mirada,
 Que al pequeñuelo regidor enoja.

¡Cómo! á mí voto á tall! Gritó en su ira
 Furioso el pobre concejal, en tanto,
 Viendo aquel tagarote con espanto
 Que con salvaje júbilo le mira,
 Que le acaricia rudo,
 Hércules sin pudor, Sansón desnudo,
 Con atención tan rara y tan prolija,
 Que al contemplar sus gestos y oír su voz
 Cada vez mas se alegra y regocija
 Con delirio feroz,
 Crugiéndole de cólera los huesos
 En su impotencia don Liborio en vano
 A remediar se esfuerza los escesos
 De aquel bárbaro audaz y casquivano:
 Confuso y sin saber quién le ha traído,

Ni por dónde ha venido,
 Ni cómo por qué arte prodigioso
 Su pacífico viejo en tan furioso
 Huésped se ha convertido.

Su alegre huésped, que le palpa y ríe
 Como á juguete vil contempla el niño,
 Que en su brutal cariño
 Ni un punto le permite se desvía;
 Que imperturbable, en tanto que murmulla
 El patrón amenazas y razones,
 Súplicas, maldiciones,
 Gritos inortográficos le aulla.

¿Qué hombre formal se vio
 En situación jamás tan apurada?
 Su grave dignidad comprometida,
 Y aquí la autoridad desconocida
 Yace además y ajada
 Con que la sociedad le revistió!

Ya le levanta en alto y le examina,
 Y al verle mal formado y tan pequeño,
 Le contempla risueño
 Entre cariño y burla con ternura,
 Y que un poder providencial lo envía
 (¡Oh presunción del hombre!) se figura
 A servirle y hacerle compañía.

En fin, los gritos fueron
 Tales, y tantas del patrón las voces,
 Que todos los vecinos acudieron
 Al estruendo y estrépito feroces.
 Acudió, como era
 De su deber, al punto la primera
 Su mujer, con vestido de mañana,
 Y tres moños no mas en la marmota,
 Dos de color de rosa, otro de grana;
 Que aunque el afán de ver quién alborota
 La hizo subir con el vestido abierto,
 La negra espalda al aire, y sin concierto,
 La marmota y los lazos con descuido,
 Por el bien parecer se los ha puesto,
 Que un traje limpio y un semblante honesto
 Decoro en la mujer dan al marido.
 Acudió á la par de ella
 Un pintor joven, cuya mala estrella
 Trajo á Madrid con mas saber que Apeles,
 Mas no llegó á pintar, porque el dinero
 A su llegada le ganó un fullero,
 Y no compró ni lienzo ni pinceles:
 Y en la bohordilla vive
 Lejos del ruido y pompas de este mundo,
 Junto á Dios nada menos, que el profundo
 Genio de Dios la inspiración recibe:
 Mas tanto genio por causal tan fútil
 Estéril es, la inspiración inútil.
 Y, ¡oh prosa! oh mundo vil! no inspiraciones
 Pide el pintor á Dios, sino doblones.

Un cachazudo médico, vecino
 Del cuarto principal, materialista,
 Sin turbarse subió, y entre otros vino
 Un romántico joven periodista,
 Que en escribir se ocupa folletines,
 De alma gastada y botas de charol
 Que ora canta á los muertos paladines,
 Ora escribe noticias del Mogol,
 Cada línea á real, y anda buscando
 Mundo adelante nuevas sensaciones,
 Las ilusiones que perdió llorando,
 Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto, le ha quitado su gorreta
 Griega al patrón el héroe, y decidido,

Sobre su noble frente la encasqueta
Ancho de vanidad, de gozo henchido:
Y en cueros con su gorro se pasea
Por el cuarto, y gentil se pavonea,
Que es natural al ínas-crudo varon
Ser algo retrechero y coqueton;
Echándole al patron con desparpajo
Miradas que le miden de alto á bajo,
Sin hacer caso de sus voces fieras
Creyéndole en su estado natural,
Ni atender al estrépito infernal
De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entornada puerta,
Y de tropel entraron los vecinos,
Y hallaron al patron, que á hablar no acierta,
Y al Hércules haciendo desatinos:
Su esposa la primera, medio muerta
De espanto y de dolor, gritó *jasesinos!*
Porque tiene el amor ojos de aumento
Y quita la pasion conocimiento.

Fue del patron, cuando llegó socorro,
Echarla lo primero de valiente,
Y recobrar su dignidad y el gorro,
Tomando un ademan correspondiente:
Y así mirando indiferente al corro,
Que es máxima que tiene muy presente
La de *nihil admirari*, y la halló un día
En un tratado de filosofía,

Tendió la mano al loco señalando,
Y al mismo punto su inocente esposa,
La misma infausta direccion, temblando
Con los ojos siguió toda azarosa.
¡O terrible visu! cuadro infando!
Oh! la casta matrona ruborosa
Vió... ¿mas qué vió, que de matices rojos
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta
Que hizo á su imagen el Señor al hombre,
Y á Adam desnudo á su mujer presenta
Sin que ella se sonroje ni se asombre:
Después se le ha llamado, y á mi cuenta,
Mientras peritos prácticos no nombre
La familia animal, está dudoso,
Entre todos al hombre el mas hermoso.

Y muy cara se vende una pintura
De una mujer ó un hombre en siendo buena,
Y estimamos desnudo en la escultura
Un atleta en su rústica faena:
Mas eso no: la natural figura
Es menester cubrirla y darla ajena
Forma, bajo un sombrero de castor,
Con guantes, frac y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido,
Y ahora mucho me nos en invierno,
Y que el pudor se dé por ofendido
De ver desnudo un hombre lo discierno:
Y mucho mas si el hombre no es marido,
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,
Que entonces la mujer no tiene culpa,
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí, que aquella dama
Mujer del concejal.... Oh! sin lisonja,
¿Cómo diré la edad que le reclama
El tiempo que hace ya vive en la lonja,
Yo que me precio de galan? La fama,
Viéndola hacer escrúpulos de monja,
A los presentes reveló la cuenta,
Y hubo vecino que le echó cincuenta.

¿Tanto pudor á los cincuenta años!
¡Oh incansable virtud de la matrona!
Después de tanto ataque y desengaños,
En este mundo pícaro, que abona
El vicio con sus crímenes, y amaños,
El tiempo, que peñascos desmorona,
No pudo su virtud jamás vencer:
¡Oh feliz don Liborio! Oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera
A un monstruo, á un loco? ¿Y dejará en el riesgo
A su Liborio con aquella fiera
En trance que ha tomado tan mal sesgo?
No lo permita Dios; Liborio muera,
Y ella también con él.—Y aquí yo arriesgo
Por seguir en octavas este canto,
Débilmente contar *devouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada
A ver un hombre en cueros, que no es
Su esposo, con rubor una mirada
Le echó de la cabeza hasta los pies:
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,
Un pensamiento la ocurrió después,
Que la mujer al cabo menos lista
Tiene en su corazón algo de artista.

Y al contemplar las formas magestuosas,
La robustez del loco y carnes blancas,
Recordó suspirando las garrosas
Del pobre regidor groseras zancas:
Son las comparaciones siempre odiosas,
Siempre, y en el archivo de Simancas,
Si no me engaño, pienso haber leído
Que en el símil perdió siempre el marido.

¡Oh, cuán dañosas son las bellas artes!
¡Y aun mas dañosa la afición á ellas!
A sus maridos estudiar por partes
¡Cuántas estravió mujeres bellas!
No pensó mas moléculas Descartes,
Ni en mas rayos se parten las estrellas,
Que en partes, ¡ay! una mujer destriza
A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,
Al ajeno varon le echa el sintético,
Y al mas fuerte marido encuentra estético,
Y al mas débil galan encuentra atlético:
Juzga al primero un corazón raquíctico;
Halla en el otro un corazón poético;
La palabra de aquel ruda y narcótica,
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,
Y parézcale mal á los maridos,
Que ellos han hecho con el mundo un pacto,
Y sus derechos son reconocidos;
Y si tienen mujer, justo *ipso facto*
Es que su condicion lleven sufridos,
Que habla con su mujer el que se casa,
Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente
De la honrada mujer del concejal
Fue, sin pasion juzgado, estrictamente
Cuando mas un pecado venial:
La honrada dueña que no sea siente
(Y este es un sentimiento natural)
Tan membrudo, tan noble y vigoroso
Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa además siente también
Que no se ha de saber por mi tampoco,
Ya que ella la reserva, y hace bien,

Que al cabo el hombre aquel no es mas que un loco:
Y hay quien dice además que con desden
Vió desde entonces, y le tiene en poco,
(Tal impresion en ella el huésped hizo),
A un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
Mas la verdad (si la verdad se puede
En materia decir tan espinosa)
Es (y perdon le pido si se escede
Mi pluma en lo demás tan respetuosa)
(Y esto, ¡oh lector! entre nosotros quede)
Mas no lo he de decir, que es un secreto,
Y siempre me he preciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquel? ¿quién le ha traído?
¿A dónde el viejo está que allí vivía?
¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?
La noche antes don Liborio habia
Visto en su cuarto al viejo recogido,
Su cuenta preparada le tenia,
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra,
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos, entre tanto,
Que por tal al momento le tuvieron,
Y tal belleza y desenfado tanto
Confiesan entre sí que nunca vieron:
Viéranlo con deleite, si el espanto
Que al encontrarlo súbito sintieron
Les dejára admirarle; pero el susto
Hasta á la dueña le acibara el gusto.

El los mira tambien entre gustoso
Y estrañado, con plácido semblante,
Con benévola risa, cariñoso,
Señalando al patron que está delante,
Y festejar queriéndole amoroso
Fija la vista en él, y al mismo instante
La mano alarga, y el patron la evita,
Se echa hácia atrás amedrentado, y grita.

Y su desvió y desdenoso acento
Sin comprender tal vez, y ya impaciente
El nuevo mozo, entre jovial y atento,
De un salto avanza á la agolpada gente;
En pronta retirada un movimiento
Todos hicieron, y hasta el mas valiente,
El audaz regidor, lo menos cinco
Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura
Fuera trabar tan desigual combate
Con un loco de atlética figura
Capaz de cometer un disparate:
Gritando ¡atarlo! bajan con presura;
Gran medida, mas falta quien le ate;
Vélos el loco, y mas veloz que un gamo
Prepárase á saltar de un brinco un tramo.

¡Oh confusion! que al verle de repente
Rápido desprenderse de lo alto,
Cada cual baja atropelladamente,
Con gritos de terror, de aliento falto;
Rueda en monton la acobardada gente,
Y el regidor, queriendo dar un salto,
Entre los pies del médico se enreda,
Se ase á su esposa y con su esposa rueda.

Y el médico tambien rueda detrás,
A un tobillo cogido del patron;
Entrégase el pintor á Barrabás,
Que en un callo le han dado un pisoton;
Armase un estridor de Satañás,
El poeta ha perdido una ilusion,

Que ha visto de la dama no sé qué,
Y á mas acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,
Y llénase el portal, crece el tumulto,
Su juicio cada cual por cierto cuenta,
Y se pregunta y se responde á bulto:
Dicen que es un ladron: hay quien sustenta
Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,
Prendiendo á un regidor, y que él resiste
A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola
Al sitio en que se alzaba Mariblanca,
Y la nueva fatal de que tremola
Ya su pendon, y que asomó una zanca
El espantoso mónstruo que atortola
Al mas audaz ministro, y lo abarranca,
El *Bú* de los gobiernos, la anarquía,
Llegó aterrando á la Secretaría.

Ordenes dan que apresten los cañones,
Salgan patrullas, dóblense los puestos,
No se permitan públicas reuniones,
Pesquisas ejecútense y arrestos,
Queden prohibidas tales espresiones,
Obsérvense los trajes y los gestos
De los enmascarados anarquistas,
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á són de caja se publique
La ley marcial, y á todo ciudadano
Cuyo carácter no le justifique,
Luego por criminal que le echen mano:
Que á vigilar la autoridad se aplique
La mansion del Congreso soberano,
Y bajo pena y pérdida de empleos,
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásanse á las provincias circulares,
Y en la *Gaceta*, en lastimoso tono,
Imprímense discursos á millares
Contra los clubs y su rabioso concono;
Píntanse derribados los altares,
Rota la sociedad, minado el trono,
Y á los cuatro malévolos de horrendas
Miras, mandando y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! pavoroso cuadro!
Pintado tantas veces y á porfia
Al sonar el horrisono baladro
Del mónstruo que han llamado la anarquía.
Aquí tu elogio para siempre encuadro,
Que á ser llegaste el pan de cada dia,
Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh, cuánto susto y miedos diferentes,
Cuánto de afan durante algunos años
Con vuestras peroratas elocuentes
Habeis causado á propios y aun á estraños!
Mal anda el mundo; pero ya las gentes
Han llegado á palpar los desengaños,
Y aunque cien tronos caigan en ruina
No menos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, necia y arraigada en vicios
Turba de viejas que ha mandado y manda!
Ruinas soñar os hace y precipicios
Vuestra codicia vil que así os demanda.
¡Pensais tal vez que los robustos quicios
Del mundo saltarán si aprisa anda,
Porque son torpes vuestros pasos viles,
Tropel asustadizo de reptiles?

¿Qué vasto plan, qué noble pensamiento
 Vuestra mente raquítica ha engendrado?
 ¿Qué activo y generoso sentimiento
 En ese corazón respuesta ha hallado?
 ¿Cual de esperanza vigoroso acento
 Vuestra podrida boca ha pronunciado?
 ¿Qué noble porvenir promete al mundo
 Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad, como funesta plaga,
 Gusanos que roís nuestra semilla;
 Vuestra letal respiración apaga
 La luz del entusiasmo, apenas brilla:
 Pasad; huid; que vuestro tacto estraga
 Cuanto toca y corrompe, y lo amancilla:
 Sólo nos podeis dar, canalla odiosa,
 Miseria, y hambre, y mezquindad, y prosa.

Basta; silencio, hipócritas parleros,
 Turba de charlatanes eruditos,
 Tan cortos en hazañas y rastros
 Como en palabras vanas infinitos:
 Ministros de escribientes y porteros,
 De la nación eternos parásitos:
 Basta; que el corazón airado salta,
 La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca,
 Y se junta la tropa en los cuarteles,
 Y ve la gente con abierta boca
 Edecanes á escape en sus corceles
 Cruzar las calles, y al motín provoca
 El gobierno con bandos y carteles,
 Y andan por la ciudad gefes diversos
 Cuyos nombres no caben en mis versos.

Como el gefe político y sus rondas,
 Capitan general, gobernador,
 Los que por mucho, ¡oh monstruo! que te escondas
 Darán contigo en tu mansión de horror.
 Como del mar las agolpadas ondas
 Al ímpetu del viento bramador,
 La calle entera de Alcalá ocupando,
 Se va la gente en multitud juntando.

Y ya el disorde estrépito aumentaba
 Y la mentira y el afán crecía,
 Y la gente á la gente se empujaba,
 Codeaba, pisaba y resistía:
 El semblante y los ojos empinaba
 Cada cual para ver si algo veía,
 Y en larga hilera están ya detenidos
 Gentes, carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento
 Ímpetu dobla la gallarda copa,
 Cuando apiñado lo recoge el viento
 Y con su manto anchísimo lo arropa,
 Así ondulaba en sordo movimiento
 En la ancha calle la agolpada tropa;
 Y la apiñada muchedumbre ruje
 Al vaiven rudo de su propio empuje.

Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,
 La agitación del popular tumulto,
 Y un pánico terror entre el gentío
 Con asombro común resbala oculto;
 Y en tan revuelto y congojoso lío,
 Con ronca voz y con violento insulto,
 Contrarios intereses y pasiones
 Se abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano
 Desátase en violento torbellino,
 Y piedras llueve, y el dorado grano

Arroja al viento en raudos remolino,
 Súbito rompe el populacho insano,
 Se esparce y atropéllase sin tino,
 Y huyen acá y allá, y allá y acá
 Corre la gente sin saber dó va.

Ya habrá el lector, si como yo, del ruido
 Y bulla popular y movimiento
 Alguna vez aficionado ha sido,
 Y con juicio observó y detenimiento,
 Visto alguno tal vez tan aturrido
 De la fuga en el crítico momento,
 Que dos horas despues, si lo ha encontrado,
 Del ímpetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se estiende
 La antes amontonada muchedumbre;
 Como gorriones que el gañan sorprende
 Vuelan del llano á la lejana cumbre,
 Nadie á la voz del compañero atiende,
 Nadie acude á la lejana pesadumbre,
 Nadie presta favor, y todos gritan,
 Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,
 Grita asustada la afligida dama,
 Ladran los perros, y las calles llenas
 La gente que en tumulto se derrama:
 Suspende el artesano su faena,
 Cuidoso el mercader sus gentes llama,
 Puertas y tiendas ciérranse, añadiendo
 Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura
 Cada cual su comercio y mercancía,
 Y cómo alguno entre el tropel procura
 Mostrar serenidad y valentía,
 Y en torno de él la multitud conjura
 A reunirse con calma y sangre fría
 Aconseja, mirando al rededor
 Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces, de intención dañina,
 Gózanse en el tumulto, y de repente
 Donde la gente mas se arremolina
 Prontos acuden á aturdir la gente:
 Y huyen por aumentar la tremolina
 Y confusion, y contra el mas paciente
 Espectador pacífico se estrellan,
 Y con fingido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan
 Perora aquel y el otro hazañas cuenta;
 Páranse en corro y furibundos votan,
 Y un solo grito acaso el corro ahuyenta;
 Y aquellos de placer las palmas frotan;
 Y éste el sombrero estropeado tienta,
 Párase, y el aliento ahogado exhala,
 Y el tambor va tocando generala.

Y algunos nacionales van saliendo
 El ánimo á la muerte apercebido,
 El motín y su suerte maldiciendo
 Con torbo ceño y gesto desabrido;
 Y con voz militar, *Adios*, diciendo
 A su aterrada cónyuge el marido,
 Al són del parche y á la voz de alarma
 Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones,
 Y órdenes mil el ministerio espide,
 Y envuelta en mil diversas confusiones
 La autoridad en fin nada decide,
 Y hay quien demanda á gritos los cañones,
 Y quien las cargas de lanceros pide,

Y tal vez otro cavilando calla
Si escogerá la lanza ó la metralla:

Y en tanto que en Madrid, cual se derraman
Por las faldas del rojo Mongibelo
De lava mil torrentes, que recaman
Con igneas cintas el tremante suelo,
Turbas de gente alborotadas braman,
Y se derraman con insano anhelo,
En turbiones las calles inundando,
Los unos á los otros espantando:

Súbito con asombro ve la gente
Que aun al portal del regidor espera,
Salir desnudo á un hombre de repente
Con veloz violentísima carrera;
Y otro tras él con cólera impotente,
Chico y gordo y vestido á la ligera,
Alligado, empolvado y sin aliento,
Todos los pelos de la calva al viento.

Y á una mujer tambien desaliñada,
Y seis ó siete mas llenos de espanto,
Todos tras él gritando con turbada
Voz, que tengan al loco; y entre tanto
Por la calle, la faz alborozada,
El loco va con regocijo tanto,
Que causa gusto al verle tan esbelto
Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura
Desnuda de aquel hombre que corría
Rápido como el viento, y la premura
De la turba que ansiosa le seguía,
Y las voces oyendo, y la locura
Temiendo del que loco parecía,
Sin otra reflexion viento tomaron,
Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino,
Y los mas animosos acudieron,
Y que era huir un necio desatino,
Los menos advertidos conocieron,
Y á todos de saber el caso vino
Curiosidad, hácia el patron corrieron,
Que eran el nuevo jóven y el patron
De tanto laberinto la ocasion.

Y en coro el caso del patron indagan,
Y discuten tal vez puntos sutiles,
Y los mages desvariando vagan
Perdidos de la historia en los perfiles;
Y oyen discursos sin que satisfagan
Los discursos las mentes varoniles
Que ánsian profundizar, y nadie entiende
El caso que el patron contar pretende.

—Es, pues, el caso, el regidor decia,
Que este viejo es un loco huésped mio,
Trocado en jóven de la noche al dia.
—Mirad que estais diciendo un desvarío.
—Yo cuento la verdad!—Necia perfía!
Está loco.—Señores, no me rio,
Yo no discurro nunca á troche y moche;
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.
—Si eso no puede ser.—No hay quien me asista!
(Gritaba la mujer) es un perdido,
Un servil, un ladron, un anarquista:
Ha querido matar á mi marido.
—Y á vos os viola si no andais tan lista;
La repuso un chuzon, cara de pillo,
Que alegraba con chistes el corrillo,

—Yo dije que era viejo; ahora no digo
Que no sea jóven.—Id, y el diablo os lleve.
—Y ahora se me va...—Sois un bodigo.
—Con mas de cuatro meses que me debe.
—Vos os contradecís.—Me contradigo,
Y no me contradigo.—Que lo pruebe,
(Gritaba el chusco de la faz burlona);
Idos buen hombre á reposar la mona.

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,
Párase, corre, alborozado grita,
Mira alegre en redor, nada recela,
Cuanto le cerca su entusiasmo escita:
Palpar, gritar, examinar anhela
Cuanto mira en torno de él, se agita,
Como el amor de maternal cariño
Mira la luz embelesado el niño.

¡Pobre inocente, alma que entretiene
El mundo, y le divierte cual gracioso
Juguete, y á mirarlo se detiene
Con pueril regocijo candoroso!
La luz, las gentes en conjunto viene
Todo á herirla, cual juego luminoso
De prodigioso mágico que alzara
Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,
La gente, y el tumulto, y los sonidos
En grata confusion de resplandores
Y de armonías llega á sus sentidos,
Cual las que esmaltan diferentes flores,
Los verdes prados por abril floridos
Confunden con sonoro movimiento
Ruido y colores si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,
Y el corazon su amor y lozanía;
Su mente les regala su frescura,
Y su rico color su fantasia;
Les da su novedad luz y tersura,
Regocijo les presta su alegría,
Que el alma gozó al contemplarse sienta
Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,
Y algazara, y bullicio alegre y vario,
Movido por recóndito portento
Ve el mundo cual magnífico escenario,
Lámpara el sol meciéndose en el viento,
Y obras de artificioso estatuario
Las figuras que en rápido tumulto
Cruzan y anima algun resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,
Que en si propia su alma se alimenta,
Latir sintiendo alborozado el pecho,
Nada se esplica ni explicarse intenta;
Corre al placer de su ilusion derecho,
De su mismo placer sin darse cuenta,
Que del placer que se gozó sin tasa
Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe
Que sólo al niño su inocencia abona,
Y que en el mundo compasion no cabe
Que en la inocencia mofador se encona;
Alma llena de fe, cándida ave
Que dulces trinos en el bosque entona,
Que sencilla de rama en rama vuela,
Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la afliccion y la agonía
Del alboroto popular y estruendo
Grata danza de amor y de alegría

Con indecible júbilo está viendo;
Cánticos la espantosa gritería
Piensa tal vez, en su ilusión creyendo,
Animadas escenas placenteras
El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el comun contento
Lánzase y rompe, y en mitad se arroja
Del bullicio, mas rápido que el viento,
Y en torno de él la gente se amanoja,
Ni cura del ajeno sentimiento,
Ni de versé desnudo se sonroja,
Y ora forman en torno de él corrillos,
Ora le sigue multitud de pillos.

Fue aquel día el asombro de la villa
Y escándalo de todo hombre sesudo,
Yendo tras él de gente una trabilla
Que aterra á veces su ademan forzado:

Allí corren los chicos, aquí chilla
Una mujer al verle andar desnudo,
Y algunas que los ojos se taparon,
Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa;
Y alguno allí de condición liviana
Quiere que pruebe la intención graciosa
Y el trato afable de la especie humana;
Y arrojándole piedras, con donosa
Burla por gusto é intención villana,
Le hizo el dolor sentir, para que sepa
Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entó en el mundo nuestro mozo apenas
Y su dicha y el mundo bendecía,
É inocentes miradas y serenas
Vertiendo en torno afable sonreía
Cuando la bruta gente á manos llenas



Lanzaba en él cuanto dolor podía,
Que en traspasar disfrutaban los humanos
Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor, y el rostro placentero
Súbito coloró de azul la ira,
Y ya el semblante demudado y fiero
Con ojos torvos á la gente mira:
Huye el cobarde vulgo á lo primero,
Piedras despues sin compasión le tira,
Gritan, *al loco*, y con temor villano,
Huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusión primera
Recuerda acaso en su niñez perdida?
¿Cuál fue el primer dolor, la mano fiera
Que abrió en el alma la primer herida?
Ay! desde entonces, sin dejar siquiera
Un solo día, siempre combatida
El alma de encontrados sentimientos,
Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fue tan agudo
Que el alma atravesó sin duda alguna;

Fue de todos los golpes el mas rudo
Que injusta nos descarga la fortuna,
Cuando inocente el corazón desnudo,
En el primer columpio de la cuna
Se abre al amor en su ilusión divina,
Y en él se clava inesperada espina.

Y despues! y despues!... Así el mancebo,
Hombre en el cuerpo y en el alma niño,
Todo á sus ojos reluciente y nuevo,
Todo adornado con gentil aliño,
Del falso mundo al engañoso cebo
Corre y brinda bondad, brinda cariño.
Y el mundo, que al placer falaz provoca,
Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje: el mundo por su amor se encarga
Como un chorizo de curarla al humo,
Y de hiel rica quinta esencia amarga
Sacar para bañarla con su zumo:
Luego la ensancha mas, luego la alarga,
La esquina, en fin, con artificio sumo,
Hasta que endurecida y hecha callo,
Suave al tacto le parece un rayo.

Grave dolor el del mancebo ha sido,
 Grave dolor, porque de aquella gente
 La injusticia y crueldad ha comprendido
 Con que paga su amor tan inocente;
 No en el cuerpo, en el alma le han herido,
 Que es niña el alma y varonil la mente,
 Y de juicio y razon Dios la ha dotado,
 Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero cólera, y pasando
 El físico doloral pensamiento,
 Volvió los ojos tristes implorando
 Piedad con amoroso sentimiento,
 Madre tal vez en su dolor buscando
 Que temple con caricias su tormento;
Mas los hombres no sirven para madres
Y aun apenas, si valen para padres.

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,
 Que la gente ahuyentó con su llegada,
 Y el mozo, agradecido á su destino,
 Miraba con placer la gente armada:

Pregúntanle despues de dónde vino,
 Cómo vá en cueros, dónde es su morada,
 Y él, que no sabe hablar, nada responde,
 Los mira, y sigue, sin saber á donde.

¿Y á dónde vá? A la cárcel prisionero,
 Que anda desnudo y es ya delincuente;
 El, entre tanto, observa placentero
 Los colores que viste aquella gente;
 Y de una bayoneta lo primero,
 Al mirarla tan tersa y reluciente,
 Tocó la punta en su delirio insano,
 Y en su inocente afan se hirió la mano.

Y este fue entonces el dolor segundo;
 Y dejaremos ya de llevar cuenta,
 Que para algo Dios nos echa al mundo,
 Y la letra con sangre entra y se asienta:
 Y así la razon gana, así el profundo
 Juicio con la esperiencia se alimenta;
 Y porque aprenda, el mundo así recibe
 Al que no sabe cómo en él se vive.



CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma
 Forma el arroyo que jugando salta,
 Ricos paisés de vistosa pluma
 En campos de aire el pajarillo esmalta;

Alzase lejos nebulosa bruma,
 De sombra rica, si de luces falta;
 Y el verde prado y el lejano monte
 Muro y término son del horizonte.

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre
Su manto en el Oriente el alba tiende,
Y blanca, y pura y regalada lumbre
De su frente de nácares desprende:
Cándida Silfa á su fugaz vislumbre
El aire en torno sonrosado enciende,
Y en su frente la ondina voluptuosa
Se mece al són del agua armoniosa.

Y trás la densa y fúnebre cortina
Del hondo mar sobre la rubia espalda,
Ráfagas dando de su luz divina,
Mécese el sol en lechos de esmeralda:
La niebla á trozos quiebra, y la ilumina
Del terso azul por la tendida falda,
Y de naranja, y oro, y fuego pinta
Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,
Y en la de flores mil fértil llanura,
Y en el seno del agua que serena
Se desliza entre franjas de verdura,
El ruido alegre y bullicioso suena
De séres mil que cantan su ventura,
Prestando su algazara y movimiento
Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan
Coronadas de gotas de rocío,
Las avecillas revolando cantan
Al blando són del murmurar-del río;
Chispas de luz los aires abrillantan
Salpicando de oro el bosque umbrío,
Y si el áura á la flor murmura amores,
La flor le brinda aromas y colores.

Y resonando... etcétera: que creo
Basta para contar que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo
A mi corto entender, no es mas que ruido:
Pero también á mí me entra deseo
De echarla de poeta, y el oído,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.

Quiero decir, lector, que amanecía;
Y ni el prado, ni el bosque vienen bien,
Que este segundo Adán no verá el día
Nacer en los pensiles del Eden,
Sino en la cárcel lóbrega y sombría,
Que su pecado cometió también
Viniendo al mundo por extraño hechizo,
Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió, entre tanto, por Madrid la fama
De aquella aparición del hombre nuevo,
De cómo viejo se acostó en su cama,
Y al despertar se levantó mancebo.
Nueva de que era causa se derrama
Del gran tumulto que contado llevo,
Cuando atento el patron, subiendo al ruido,
Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo;
Muchos, que ni aun se ocupan de sí mismos;
Otros, que las desgracias de un rey godo
Leen en la historia, y sufren parasismos:
Quién, por saber la cosa y de qué modo
Pasó, y contarla luego, á los abismos
Es capaz de bajar; quién, nunca sabe
Sino es de aquello en que interés le cabe.

Quién, por saber lo que á ninguno importa,
Anda desempolvando manuscritos,
Para luego dejar la gente absorta

Con citas y con testos eruditos:
Otro, almacena provision no corta
De hechos recientes, cuentos infinitos,
Y mentiras apaña, y cuanto pasa
Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento
Aquí en la capital ha sucedido;
Y es tanta la jarana y movimiento
En que su vecindario anda metido,
Que muchos no tendrán conocimiento
De un caso no hace mucho acontecido;
Y á otros tal vez tan verdadera historia
Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo
Incapaz de forjar una mentira,
Confesaré al lector que mucho dudo
De la verdad del caso que le admira:
Contaré el cuento con mi estilo rudo
Al bronco són de mi cansada lira,
Y el hecho á otros afirmar les dejo
De haberse el mozo convertido en viejo.

Como me lo contaron tē lo cuento;
Y yo de la verdad sólo respondo,
De que el mozo salvaje del portento
Anda alegre por ahí mondo y lirondo;
Raro misterio que en conciencia siento
No poder descifrar por mas que abondo
Mas ¿qué mucho, si necio me confundo
Sin saber para qué yo vine al mundo?

Que no es menor misterio este incesante
Flujo y reflujo de hombres, que aparecen
Con su cuerpo y su espíritu flotante,
Que se animan y nacen, hablan, crecen,
Se agitan con anhelo delirante,
Para siempre despues desaparecen,
Ignorando de dónde procedieron,
Y á dónde luego para siempre fueron.

Baste saber que nuestro héroe existe,
Sin entrarse á indagar arcano tanto,
Que tiene para estar alegre ó triste
Risa en los labios y en sus ojos llanto:
Que come, bebe, duerme, calza y viste,
Ya mas civil en este cuarto canto,
Y que Adam en la cárcel le pusieron,
Cuando desnudo como Adam le vieron.

Baste saber que el *Diario*, en su importante
Sección que casos de la corte cuenta,
En estilo variado y elegante
Que el interés del sucedido aumenta,
Refiere este suceso interesante
Al número dos mil seiscientos treinta,
Y como sigue causa, el parte dado,
No me acuerdo qué juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores
Periódicos, amable cofradía,
Que se apellidan, ya conservadores,
Ya progresistas, y que en lucha impía,
Cebo de los políticos rencores,
Mondan y pulen la cuestion del día,
De ilustracion vertiendo ricas fuentes
En caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,
Buscando el móvil de motin tan fiero,
Hallaron unos y otros con espanto
Que era un pagado y vil aventurero,
No disfrazado bajo el noble manto
De la santa virtud, sino altanero:

Agente digno de la trama impia,
Saliedo en carnes á la luz del dia.

Y acusó cada cual á su contrario
De haber pagado y encerrado al loco,
Y del absurdo cuento estrañalario
Que honra por cierto su invencion muy poco:
Cuál, al Gobierno acusa atrabiliario,
Cuál, supone en los clubs que se halla el foco,
Sin que ninguno ser quiera en su ira
Autor de tan *ridicula mentira*.

Y con lógica sana y juicio recto
Probaron, como cuatro y tres son siete,
Que no cabe en el mas rudo intelecto
Que se convierta un viejo en mozalvete:
Y alguno, á los milagros poco afecto,
Con ódio á todo clerical bonete,
Probó que nada, en un sabio discurso,
Basta del mundo á trastornar el curso.

Y yo quedé de entonces convencido
Casi de que era mentiroso el cuento,
Aunque siempre mis dudas he tenido,
Que es muy dado á dudar mi entendimiento:
Y cuanto llevo hasta ahora referido
Ni lo afirmo, ¡oh lector! ni lo desmiento,
Que por mi honor te juro no quisiera
Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi, casi arrepentido estoy
De haber tomado tan dudoso asunto,
Y de á pública luz sacarlo hoy,
Que la incredulidad llega á tal punto:
Mas ya adelante con mi cuento voy
Al són de mi enredado contrapunto,
Que es mi historia tan cierta y verdadera
Como lo fue jamás otra cualquiera.

Es el caso, que Adam, preso y desnudo,
Hace ya un año que en la córte vive,
Dó con áspero trato y ceño rudo
Áspera y ruda educacion recibe:
Es cada cual allí doctor sesudo
Que practicando de su ciencia vive,
Tomos que enseñan mas filosoffa
Que cien años de estudio en solo un dia.

Sociedad de filósofos aquella,
Andar allí desnudo á nadie espanta,
Antes pondrán mas bien pleito y querella
Al que lleve chaqueta, capa ó manta;
Y así á nadie estrañó cuando su estrella
Trajo allí al jóven que mi lira canta;
Y un año desde entonces ha corrido,
Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada mas, se entiende
Que la sana razon su juicio aploma,
Sus sentidos aviva y los enciende,
Y su rústico ardor desbroma y doma.
La gracia y ademan del jaque aprende,
Las mas punzantes voces del idioma,
Y á sufrir, y á callar, y á caso hecho,
Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,
Comprende de derechos y deberes
El intrincado código que fija
Los goces de aquel mundo y padecerés:
Y el noble ardor que el corazon le aguija
En ansia de dominio y de placeres,
Y su hercúlea simpática figura
Del ageno respeto le asegura.

N ich iste ni pillada se le escapa,
Ni gracia alguna sin respuesta queda,
Ni las cartas mejor ninguna tapa
Cuando entre amigos el cané se enreda:
Revuelta al brazo con desden la capa,
Con él, navaja en mano, no hay quien pueda,
Que en la cárcel ahora ya no hay pillo
Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni lo hay mas suelto y ágil, ni quien sea
Mas diestro á la pelota y á la barra,
Ni mas vivo y sereno en la pelea,
Ni de apostura tal y tan bizarra;
Y á tanto va su gracia, que puntea
De modo que hace hablar una guitarra,
Y para acompañar se pinta solo
Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento,
Sin que de su derecho un punto ceda,
Hombre de pelo en pecho y mucho aliento,
Con los *ternes* y *jaques* entra en rueda;
Y creciendo en arrojo y valimiento,
En juez se erige y los insultos veda
Del fuerte al débil, y animoso arguye,
Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso
Que es poco tiempo para tanto un año,
Y poco fuera, cierto, si dichoso
Vivido hubiera en lisonjero engaño;
Mas allí, donde el látigo furioso
La suerte vibra con semblante uraño,
Donde ninguno de ninguno cuida,
Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí, dó hierva en ciego remolino
Lo sociedad, ni títulos ni honores
Son del respeto formulado sino,
Ni sirven al que entra sus mayores;
Tienen todos que abrirse su camino,
Breve mundo de mas grandes dolores,
Dó lucha el triste en su afligido centro
Contra la sociedad de fuera y dentro.

Siempre en eterna tempestad, impura
Mar donde el mundo su sobrante arroja,
Lucha náufrago el hombre á la ventura
Sin puerto amigo que en su mal le acoja,
Pechos que endureció la desventura,
Y que el castigo de piedad despoja,
Cada cual de su propio pesar lleno,
Nadie se duele del dolor ajeno.

¿Y en qué parte del mundo, entre qué gento
No alcanza estimacion, manda y domina
Un jóven de alma energética y valiente,
Clara razon y fuerza diamantina?
Apura el jarro del licor hirviente
Cuando el mas esforzado desatina,
Y trastornado y balbuciente bebe,
Y aun él cien jarros á apurar se atreve.

Y si es su malicia la malicia aquella
Viva y gentil del despejado niño;
Luz y candor su corazon destella
En medio de su alegre desaliño;
Su noble frente y su figura bella,
Su audacia inspira al corazon cariño,
Que aquella fiera gente, en su rudeza,
Admiran el valor y la grandeza.

Y aunque es su lengua rústica y profana,
Y su ademan de jaque y pendenciero,
Pura se guarda aun su alma temprana,

Como la luz del matinal lucero;
Bate gentil, cual mariposa ufana,
El corazon sus alas placentero,
Que abrillantan aun los polvos de oro,
De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,
Sólo á su instinto generoso atiende,
Y un abismo de crímenes inmundo
Cruza, y el crimen por virtud aprende:
Y aquel pecho, que es noble sin segundo,
Y que el valor y el entusiasmo enciende,
Aplica al crimen la virtud que alienta;
Y puro es, si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza
Y hacerse el hombre en su candor presumo,
Y la hecha de ánimo y de fuerza,
Miente blasfemias, fuma aunque no fume,
No hay nadie sobre él que imperio ejerza;
Y habla de mozas; tal, grato perfume
Vertiendo en torno de inocencia pura,
Al mas bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana,
Y aventaja en nobleza y bizarría,
Tanto les vence cuanto mas se afana
En mostrarles mayor su gallardía;
Y aquellas almas viejas su alma ufana
Con noble anhelo superar ansía,
Sin cuidarse en los lances que le empeñan
De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor á adornos y colores,
Y entender que lo exige su decoro,
Bordado un marsellés con mil primoros
Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:
Charro un pañuelo de estampadas flores
Ciñe á su cuello una sortija de oro;
Calzon corto, la faja á la cintura,
Botin abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó el dinero,
Y allí á la reja la Salada viene,
Moza que vive de su propio fuero
Y en cuidar á los presos se entretiene:
El parecer, tal vez, la hizo salero;
Y ella, que es libre y que á ninguno tiene
Cuenta que dar, dineros y comida
Le trae de amores por su Adam perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho
La pobre moza de su amor prendada;
Que aunque de rumbo, y garbo, y franco pecho,
Y en su modo y palabras desgarrada,
Y aunque le mira en cueros que es bien hecho,
Con dulce encanto y alma enamorada
Le aconsejó vestirse por decencia,
Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando va confuso el pensamiento
En torno á la mujer del mozo ardiente,
Sin poderse explicar el sentimiento
Que por sus nervios esparcido siente;
Mas su vista le da dulce contento,
Respira en ella un delicioso ambiente,
Que mágico embelesa sus sentidos
Tras la ilusion de su placer perdidos.

Y su voz, aunque áspera, que suena
Grata á su oído, el corazon le adula;
Y de ansiedad confusa su alma llena,
Ni su ilusion ni su placer formula:
Lejano són de amante cantinela
Que entre la brisa perfumada ondula,

Al aire de su dulce devaneo
Perdido vaga su genial deseo:

Y cuando ella con amor le mira,
En la ansiedad vehemente que le aqueja,
Y en el ardor violento que le inspira,
Quiere romper la maldiceda reja:
Y la sacude con violenta ira,
Porque acercarse á ella no le deja;
Trémulo de furor sus miembros laten,
Y sus arterias dolorosas batén.

Látigo, y grillos, y penoso encierro,
Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,
Tratado allí como indomable perro,
Le impusieron forzada mansedumbre:
Cual vigoroso potro tasca el hierro,
Bota y arranca de las piedras lumbre,
El mozo así, sujeto á su despecho,
Siente un dolor que le desgarrá el pecho;

Fiero leon que á la leona siente
En la cercana jaula de amor llena,
Que con lascivo amor ruje demente,
De cólera erizando la melena,
Y la garra clavando en la inclemente
Reja, en torno los ámbitos atruena,
Y el duro hierro sacudido cruje
De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer la convida su hermosura,
Mas á sus ojos mágica, que el cielo
Con su sereno azul bañado en pura
Luz que coloca el trasparente velo:
Placer que inspira al corazon bravura,
Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,
Su máquina impulsada y sacudida
Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,
Y el que mayo pintó de rosa y nieve
Semblante alegre que salud destella,
Redondas formas y cintura leve,
Y gallardo ademan, ligera huella,
Pie recogido en el zapato breve,
Y blanca media que al tobillo pinta
De negro á trechos la revuelta cinta;

Y el hueco traje que flotante vaga
En rica de lujuria y vaporosa
Atmósfera de amor, que el alma halaga,
Y escita los sentidos codiciosa,
Y que enseñar al movimiento amaga
Cuanto finje tal vez la mente ansiosa,
Que allá penetra en la belleza interna
Tras la pulida descubierta pierna:

Sácanle al rostro en torbellinos rojos
El fuego del volcan que el pecho asila,
Lanzando llamas sus avaros ojos,
Encendida la lúbrica pupila.
¡Miser del que entonces sus enojos
¡Ay, provocara! la ira que destila
Su impotencia en su alma, rebosando,
Sobre él cayera su dolor vengando!

¿Visteis al toro que celoso brama,
La cola ondeando sacudida al viento,
Que el polvo en torno levantando inflama,
Envuelto en nube de vahoso aliento,
Y ora á su amada palpitante llama,
Ora busca en su cólera violento,
Con erizado cerro y frente torva,
Quién el deseo de su amor estorba?

Así el mancebo en derredor revuelve
La vista en ansia de feroz pelea;
De nuevo á sacudir la reja vuelve,
Que trémula á su empuje titubea;
Calmarse, en fin, á su pesar resuelve,
Siente que en vano lucha y forcejea,
Y ella le habla, y él triste la mira,
Y sin saber qué responder, suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,
Sino sentir en su locura ciego;
Suspiros son la voz de sus dolores,
Y son sus ansias en sus ojos fuego:
Ella entre tanto calma sus furoros,
Que él siempre cede á su amoroso ruego,
Y en sus salvajes ojos se desliza
Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,
Gachona y blanda como altiva y fiera,
Y sabe con su Adam ser amorosa
Y esquiva con los otros y altanera:
Paloma fiel, cordera cariñosa,
Aunque de rompe y rasga, y de quimera,
Y mal hablada y de apostura maja,
Y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,
Tan ancha está de su gallardo amante,
Que hasta la tierra le parece estrecha,
Y no hay dicha á su dicha semejante.
Cuando á la espalda la mantilla echa
Y las calles se lleva por delante,
Pensando en el gachón que su alma adora,
En su propia hermosura se enamora.

Corazon toda ella, y alma, y vida,
Y gracia, y juventud, desprecio siente
Hacia la sociedad, libre y erguida
Hollándola con planta independiente.
Dejando á su pasión franca salida,
Un *pues mejor* rasgado é insolente,
Con cara osada por respuesta arroja,
Si alguno, reprendiéndola, la enoja.

¡Pobre mujer, para sufrir criada,
Vil la marcó la sociedad impía,
Viviendo en medio de ella condenada
A perpetua batalla y rebeldía;
Hija del crimen, sola, abandonada
A su propia esperiencia y su energía,
Sin mas lazo en el mundo ni consejo
Que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tío Lucas, padre de la bella,
Hombre de áspero trato y de torcida
Condición dura y de perversa estrella,
Sin cesar por su boca maldecida;
Pocas palabras de indolente huella,
Mal encarado y de intención dormida,
Chico, y ancho de espaldas, y cargado,
Largo de brazos y patí-estevado.

De chata y abultada catadura,
De entrecana y revuelta espesa ceja,
Ojos saltones y mirada dura,
Blanca patilla á trechos y bermeja,
La frente estrecha y de color oscura,
Rojo el pelo como áspera guedeja,
Inaccesible al peine, aborascado,
En vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas
Que no conserve de él alta memoria;
Ciudad que no atestigüe de sus mañas,

Ni camino sin muestras de su gloria:
Y consignada está de sus hazañas,
En procesos sin fin su inclita historia,
Aunque oscura y truncada, que á la pluma
Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los pies andando, y mueve
Pesada y vacilante la cabeza,
Sin pensamiento é intención alevé
Mostrando en su abandono y su pereza:
Mosquito insigne, por azumbres bebe
Sin vacilar un punto su firmeza;
Siempre fumando, el labio ya tostado
Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años, y cincuenta
Hace ya que empezó sus correrías;
Quiénes fueron sus padres no se cuenta,
Ni dónde ha visto sus primeros días:
Siempre sagaz, diversa historia inventa
De sus viajes, familia y fechorías,
Cambia su nombre y patria, dando largas
Así á las horas de su vida amargas.

Este honrado varón, cuando desnudo
Adam entró en la cárcel, y la gente
Le examinaba con anhelo rudo,
Esplicó el caso con sesuda mente:
—¡No habeis, les dijo, visto nunca un mudo?
¿Qué diablos os *chungais* de un inocente?—
Y apartó á todos, con afecto raro
Dando á su mudo protección y amparo.

Y como luego el inocente diera
Pruebas de su vigor y valentía,
Y abriera á uno en desigual quimera
Contra las piedras la cabeza un día,
Tanto amor le cogió que la severa
Faz desplegando que jamás reía,
Hablabá siempre de él guiñando el ojo
Con cierta sonrisita de reojo.

«¡El chavall!—¡el chavall!» decía entre sí,
«Meterle mano, que mejor gazapo
»No ha regalado el Lívano al Buchí (1);
»Vamos con él á quién es el mas guapo:»
Y cuando vió que el mozo hecho un zahorí
Camina viento en popa á todo trapo,
Y aprende á hablar, y en ardimiento crece,
Y hacerse un hombre de provecho ofrece,

Fundó esperanzas el astuto viejo,
Y comenzó á formarle á su manera,
Y le oye el jóven con sagaz despejo
Y con mas atención que conviniera.
A él y á nadie mas pide consejo,
Sometida al talento su alma fiera,
Que en las cosas del mundo el viejo es ducho,
Y el candoroso Adam le tiene en mucho.

Su observancia profunda y su esperiencia
Ha reducido á máximas la vida;
Es cada frase suya una sentencia,
Cada palabra una ilusión perdida.
Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia
En truncados periodos sin medida,
Mas en su gesto su intención marcada
Que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta garra alza la mano
Siempre le quite al frente el movimiento,
Y habla gruñendo como perro alano
Con o's ae través y sordo acento:

(1) El escribano al verdugo en la ierğa de la cárcel

Sobre la frente el pelo roji-cano,
La barba sobre el pecho, al mozo atento,
Que su doctrina codicioso espera,
Una noche le habló de esta manera.

Hijo mio, pocos años
Me quedan ya que matar,
Porque á mi me han de acabar
La *viuda* (1) ó mis desengaños.

A tí mañana, á mi hoy;
Yo soy punta y tú eres mango;
Este mundo es un fandango;
Tú vienes y yo me voy.

Mira; de nadie te fies;
Hijo Adam, vive en acecho;
Lo que guardes en tu pecho
Ni aun á tí mismo confies

La gente... no hay un amigo:
Al que cae, la caridad...
De una mala voluntad
Tienes un falso testigo.

Si mojas (2) á alguno, cuida
De endiñarle al corazón...
No se olvida una intención
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo; al mundo sales;
De los montes se hacen llanos:
Buena suerte y muchas manos,
Y callar y vengañar males.

A malos trances, mas bríos:
Como la mar es en suma
El mundo; pero en su espuma
Se sustentan los navios.

Las mujeres... la mejor
Es una *lumia* (3); en el suelo,
El diablo no tiene anzuelo
Mas seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo
Y te espantan los parnés (4),
Cuando carne comer crees,
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar,
Sin que le enrede el enredo;
Tú no te chupes el dedo,
Que no hay que pestañar.

Mala siembra, mala siega:
Nada me va, nada sé;
Quien mas mira, menos ve,
Y dí la verdad Juan Niega.

Esto es negro para tí;
Pero ya lo entenderás,
Y acaso te acordarás,
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo
De tan profundas máximas comprende,
Con tal misterio y maleante embozo
Hablándole de un modo que no entiende.
Y al través de su rústico rebozo

Si el sentido tal vez sagaz trasciende
De alguna frase, en su confuso empeño
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,
¿Mansion habrá de ser donde camina
El hombre siempre con mortal recelo?
¿Y será la mujer, creación divina,
Vida del alma y generoso anhelo,
Brillante de placer y de hermosura,
Enemiga también, también impura?...

¿Será del hombre el hombre el enemigo,
Y en medio de los hombres solitario,
El, su sola esperanza y solo amigo,
Verá en su hermano su mayor contrario?
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo
Siempre serán el lúgubre sudario
Que vista, al entregarle á su abandono,
El hombre al hombre en su implacable encono?

¿Será tal vez que en bandos dividida,
Luche furiosa en obstinada guerra
La raza de los hombres fraticida
Alterando el reposo de la tierra?
¿Qué brazo audaz que justo se apellida
Contra su voluntad allí le encierra?
¿Quién llama criminal á aquella gente
A quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como un sueño apenas
De su vida el primer dulce momento,
¿Por qué á vivir en ásperas cadenas
Vino, y cruel con bárbaro tormento
El hombre de dolor las manos llenas
En su inocencia lo arrojó violento,
Castigando con grillos y prisiones
El natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas
Hierven en su ofuscada fantasía,
Como aparece entre las sombras mudas
Incierto rayo de la luz del día.
Turbio su juicio, amontonando dudas,
Sin fórmula vagando en la sombría
Nube que de su mente está cubierta,
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su mentor, que arranca
Del pulmón á pedazos su catarro,
Y remoja la voz, que se le atranca,
Sorbíendose de vino medio jarro:
De un negro torcidón como una tranca
Pica, lia y enciende su cigarro,
Chupa y empuja con la uña el fuego,
Y en su discurso así prosiguió luego:

¿Tú qué has hecho? nos has salido,
Chibato (5), del cascarrón:
Sin razón ó con razón
A la sombra te han traído.

Es sino de criaturas:
No te gruñirá el bari (6):
A mí me tienen aquí
Un chota (7) y mis desventuras.

Se berreó (8) el maldecido,
Y dos señores muy llanos

(1) Viuda. la horea.

(2) Mojar, dar de puñaladas.

(3) Lumia. Mujer de mala vida, ramera.

(4) El dinero.

(5) Joven, nuevo.

(6) Juez. No te gruñirá el bari; el juez poco te ha de hacer.

(7) Delator.

(8) Hablar mas de lo que conviene.

Vinieron con cuatro alanos
A sorprenderme en mi nido.

Yo como soy muy cortés,
Escusé su compañía,
Hasta que ví no podía
Ni por manos ni por pies.

No se llevaron mal chasco
Seis pobretes... la del humo...
Que por ahí andan presumo;
Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido;
Dando largas ello irá;
Que no los traigan acá,
Y nada se habrá perdido.

Tu, pobrecillo, reserva
Lo que ahora vas á saber;
Que en el mundo hay que aprender
A sentir crecer la yerba.

El que lo gana, lo jama (1);
A buscársela, hijo mio;
A hacer tú mismo tu avío,
Que el que no llora no mama.

Y tú, para tí has de hacer:
Yo te pondré en buen camino;
Hijo, si tienes buen sino,
Pan te queda que roer.

Los seis pobretes... mas plata
Valen que ha dado el Perú:



Son muy gentes: verás tú
Seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,
No porque yo los alabe;
Pero es cosa que se sabe,
Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá
Lo que has de hacer: ¡malos mengues (2)!

(1) Comer.
(2) Diablos.

Te lleven á tí y sus dengues,
Que tan derretida está!

Los seis pobretes reciben
Tambien de este pobre viejo
De cuando en cuando un consejo,
Y, Adam, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar
Rentas y capellanía;
Pero el que no tiene usía
Se lo tiene que ganar

El refran dice, hijo Adam,
Que Dios es omnipotente
Y el dinero es su teniente,
Y que sin el din no hay dam.

Con que salud, y andar vivo,
Que por tu bien tengo empeño,
Y adios, que ya viene el sueño;
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adam, mientras espera el dia,
Rumiando las palabras del bandido;
Pasar el mundo en confusion veía
Con loca fiebre y delirante ruido:
Luego, en grata embriaguez su fantasía,
Embargándole el sueño su sentido,
La imágen en vision encantadora
Le trajó amor de la mujer que adora.

Grata vision, que venturosa calma
Su loco enagenado pensamiento,
Que trae regalo y esperanza al alma,
Ignorado deleite y sentimiento;
En mitad del desierto umbrosa palma
Que templá su calor calenturiento,
Y á cuyo pie el viajero se reposa
En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando,
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,
En jardines de rosas respirando
El encantado aroma de la vida:
El alma allí con movimiento blando
En el columpio mágico mecida
De su propia ilusion, cuenta un tesoro
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura, que suspende
En la region del aire un devaneo
Y que en su propia luz la luz enciende,
Y da forma y vision á su deseo,
La atmósfera tal vez ruda le ofende
Del ignorado mundo y su mareo;
Mas si siente sus puntas dolorida
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita
Sus áureas alas, una fuente pura,
Que alegre riega la ilusion marchita
Y renueva su fuerza y su hermosura;
Bebiendo de ella el corazon palpita,
Hasta que al fin secándose la apura,
Y en vez de la ilusion se alza la pena
Que el manantial purísimo envenena.

Asi en su propia alma su consuelo
Halla el mancebo, y de la pura fuente
Con las aguas de vida su desvelo
Templa, y el sueño perezoso siente:
Y luego, en alas de su propio anhelo,
De la amada mujer cruza en su mente
La blanca imágen que, por mas delicia,
Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede
Que brilla en una cárcel nunca el dia,
Donde á su luz la sombra nunca cede,
Ni un rayo el sol al corazon envía:
Donde la tregua que al dolor concede
Un breve sueño con crueldad impía
Rompe la aurora, y vuelve á su faena
El cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido
Sin enredar tal vez una esperanza,

Y el tiempo al parecer pasa dormido
Sin señales de alivio ni mudanza:
Donde tal vez el término cumplido
Que la ilusion del desdichado alcanza,
Es en su ruda, inexorable suerte,
En un suplicio una penosa muerte.

Donde... pero tambien el hombre olvida
Allí su pena en su locura insana;
Rie y canta, y devánase su vida
Que entre el ayer se enreda y el mañana.
La llaga del dolor adormecida
Templa un olvido, una esperanza vana,
Que es el presente lago alborotado,
Dó el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincon dormia,
Sin cuidarse de Adam el escribano,
Y un año largo de prision corria,
Y nadie de él se acuerda: y un verano
Y otro pasára, y ciento, y pasaria
Un siglo entero, y mil, y todo en vano;
Situacion en las cárceles no estraña,
Gracias al modo de enjuiciar de España.

Quando la hermosa que al mancebo adora
Quién sabe cómo, acaso malamente,
Logró de la pereza vencedora
Del juez que diese á Adam por inocente.
Vista la causa, en fin, llegó la hora
De darle libertad, y delincuente
No pudiéndole hallar, le sentenciaron
Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas
Pagó de sus ahorros la Salada;
Cálzase el escribano las espuelas,
La causa aviva, y la dejó *zanjada*.
¡Oh! ¡cuánto amor, el corazon desvelas
De una hermosa mujer enamorada!
¡Cómo voló á la cárcel aquel dia
Rebosando la nueva en su alegría!

Párase ante la cárcel; precipita
Acá y allá agitada sus paseos;
Frenético su espíritu se agita;
Sueña su alma amantes devaneos;
Un siglo en su ansiedad loca, infinita,
Cuenta cada minuto sus deseos,
Allí esperando á que el escriba venga
Y oír gritar «Adam con lo que tenga» (1).

Llegó por fin el anhelado instante;
Corrió á la reja la feliz manola;
Toda turbada látele el semblante,
Que amor con mil colores arrebola;
Y trémula la mano, y anhelante
Con un ansia no mas y una idea sola,
Entre la verja entrándola la agita,
Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriendo
Tal vez descubre presa en la llanura;
Y en arco el cuerpo arrójase violento,
Salta, y entre sus garras la asegura:
No con ansia menor, al dulce acento
Que entrando hasta en sus tuétanos murmura
El mozo corre á donde ve su bella
Que al través de la reja se atropella.

¡Oh del primer amor dulces escenas
Que presencia risueño un escribano!

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que ponen en libertad; el mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Palomas inocentes de amor llenas
Que se huelgan delante del milano!
Romped, en fin, romped esas cadenas
Con que el destino os separó tirano,
Y otras os teja de amorosas flores
El buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adam al redomado viejo,
Honrado padre de su amada prenda,
El cual, frunciendo el rígido entrecejo,
Le apartó donde nadie los entienda;
Y á solas repitiéndole el consejo
De la noche anterior, le recomienda
Prudencia y tino y ánimo en la vida,
Y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,
Cuánto loco placer, cuánta alegría,
Sintió alterado el indomable mozo
Libre al mirarse y á la luz del dial
Las arterias palpitanle de gozo,
Baña la luz su audaz fisonomía,
Y de contento el corazon deshecho
Suená á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademan de maja,
Su planta firme y su gentil soltura,
La calle al lado de su amante baja
Llamando la atención su donosura;
Y ambos en medio á la comun baraja
De gentes que atraviesan con presura,
Y que á su garbo y gentileza atienden,
Ojos á un tiempo y corazon suspenden.

Y él al mirarse al lado de su bella,
Y al tocarla tal vez, su tacto es fuego,
Fuego que lanza vivida centella
Que el alma y corazon penetra luego;
Páranle á un tiempo su ignorancia, y ella
Que contiene su ardor con blando ruego,
Y acaso su ardimiento también doma
Cuando recuerda la pasada broma.

Que ha comprendido Adam que aquella gente
Que él con recelo y cuidadoso mira,
Es acaso la misma que inclemente
Piedras y lodo al inocente tira:
Y cual furioso loco va impaciente
Junto al loquero que temor le inspira,
Así la rienda puesta á sus arrojios,
Gira enredor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa
Pobre, la moza en Avapiés habita,
De baja planta y de fachada escasa,
Limpia por dentro y de esmerada cuita:
La llave con incierta mano pasa,
Y el mancebo feliz se precipita
Tras ella en la mansión, que amor ahora
Con tintas mil de su ilusión colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura
La pobre estancia con celeste encanto,
Vertiendo en torno aromas de dulzura
Que amor derrama de su aéreo manto:
Morada acaso triste, acaso impura,
Mas de la dicha ahora templo santo,
Convertido en Eden de ricas flores
Al soplo germinal de los amores.

Que sólo allí con la mujer que adora,
Cuya hermosura la mansión encanta,
Bastan apenas al mancebo ahora
Los ojos á admirar belleza tanta:
Y el fuego que frenético atesora

El corazon y su vigor levanta,
Y su inquietud redobla, fulminante
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémulas su mano,
Sus labios devorándose encendidos,
Al rudo impulso y al furor tirano,
De sus tirantes nervios sacudidos,
El, ignorante en su delirio insano,
Respondiendo latidos á latidos,
Al corazon la aprieta, el juicio pierde,
La besa hambriento y con placer la muerde,

Y una nube quimérica ya vela
Sus sentidos, y vaga vaporosa,
Placer, deleites y delirios zela,
Y confunde su dicha vagarosa,
Y la hermosura dispada vuela
De la mujer que espárcese amorosa;
Y donde quiera él gusta, toca y mira,
Dicha, hermosura é ilusión respira.

Aire que con riquísimos olores
Baña su negra cabellera riza;
Luz vagarosa y blanda que de amores
En los húmedos ojos se desliza;
Voluptuosa niebla de colores
Que un deliquio dulcísimo matiza;
Los cerca en derredor, embebecidos
En su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,
Y en sus ojos de amor, amor respira;
Afan de amores en su frente loca
Latir contempla si á su hermosa mira;
Furor ardiente que al amor provoca
El en su aliento abrasador aspira,
Y ella á su furia y su pasión demente
Doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluntad se desvanece,
Y va á perderse en el remoto cielo,
Que hasta allí disipándose parece
Que elevan sus espíritus su vuelo;
Y el aura del deleite que las mece
Y confunde sus almas en un velo,
Cubriéndolas de gloria y de ventura,
Allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas
Vagos acá y allá revolotean,
Y en las venas latiendo arrebatadas
Entre la sangre trémulos serpean;
En los rígidos nervios desplegadas
Sus alas placidísimas ondean,
Sobre la frente bulle su armonía
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Genios de amor, deidades de hermosura,
Donde la juventud, nuevas creaciones,
Que en el primer placer el alma pura
Llueve desde su cielo de ilusiones;
Inmenso amor, riquísima ventura
Que ignoran los mortales corazones
Que el varonil vigor aun no han sentido
Y está el candor de su niñez perdido.

Oh! á su inocencia, á su infantil pureza
La fuerza juvenil junta el mancebo,
Nueva á sus ojos es tanta belleza,
Nueva sus ansias y su goce nuevo;
Antes que la ilusión en su cabeza
Seque el deseo con picante cebo,
Dicha, ilusión, amores y delicias
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío
En las mañanas del abril la aurora
Sobre las verdes ramas del sombrío.
Y en las pintadas flores que enamora,
Al alma y cuerpo con amante brío
La turba de placeres voladora,
Que en torno, en algazara se levantan,
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente
Son sus alborotados pensamientos,
Confusos todos en tumulto ardiente
Brotando el corazón sus sentimientos;
Y al armonioso estrépito latente
Absortos los sentidos, los violentos
Impulsos del amor muestran pasmados
En éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh, cómo vibra y en acorde canto
El alma de ella al alma de su amante!
¡Oh, cómo tanto amor, delirio tanto
Se retrata en su célico semblante!
¡Oh, cuál le presta su ignorado encanto
Su espíritu á su espíritu flotante,
Como el arco del músico se agita
Cuando, violenta inspiración le excita!

Que, como cuando arrebatado azota
Al muelle mar el huracán violento,
Las apiñadas olas que alborota
A merced van del combatido viento,
Así en la llama eléctrica que brota
El alma en cada nuevo sentimiento,
Envuelta el alma ajena y sacudida
Vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero
Prestándose placer, gloria y ternura,
Pararme un punto y lastimarme quiero
De mi propio disgusto y desventura;
Que ya gastado de mi ardor primero
El tesoro riquísimo se apura,
Y en mi amargo dolor continuo lloro
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela
No tener ya que ir como iba un día
A escape con el alma y dando espuela
Al alma que en mi curso antecorria:

Ni soñada esperanza me desvela,
Ni doy crédito ya á mi fantasía,
Y si de amor no late el pecho mío
También en cambio á mi placer me bastío.

¡Oh, bendita mil veces la experiencia,
Y benditos también los desengaños!
Piérdese en ilusión, gánase en ciencia;
Gastas la juventud, maduras años.
Tanta profundidad, tanta sentencia,
Tantos remedios contra tantos daños,
¿A qué los debes, mundo, en tanta copia,
Sino á la edad y á la experiencia propia?

¿Y habrá tal vez alguno que sostenga
Que no vale la ciencia para nada?
¿Y habrá menguado que á probar nos venga
Que está la vida en ilusión cifrada?
¿Pues hay cosa que mas nos entretenga
Que medir de los astros la jornada,
Y saber que la luna es cuerpo oscuro,
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

¡Viva la ciencia! viva, y si en el mundo
Perdiste ya del alma la energía,
Y en ella guardas con dolor profundo
Algun recuerdo de un dichoso día,
Con viva aplicación, meditando
Engólfate en los libros á porfía,
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena
Al menos te dirán que es luna llena.

Y entre tanto vosotros, los que ahora
Pinté embriagados de placer y amores,
Gozad en tanto vuestras almas dora
La primera ilusión con sus colores:
Gozad, que os brinda la primera aurora
Con el jardín de sus primeras flores;
Coged de amor las rosas y azucenas
De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura
Donde repose yo cansado y yerto,
Del sol que ennegreció mi frente pura,
Y del árido viento del desierto:
Idea de suavísima dulzura
Vosotros sed dó el pensamiento incierto
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando
Venga á mi corazón su afán templando.

CANTO V.

INTERIOR DE UNA TABERNA EN EL AVAPIES.

En un rincón junto á una mesa, Adam con la Salada, ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído; grupo de majos á un lado, grupos de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño, pellejo arrugado, pelo pobre, rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,
Vamos, otra seguidilla.

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El

PRIMERA MANOLA.

¡Qué sería está Saladilla!

SEGUNDA MANOLA.

Chica, por poco se apura

PRIMERA MANOLA. (Al Cura).

Diga usted, cara de fuelle,
¿No canta usted?

EL CURA.

(Con ademán salado, que le sienta muy mal).

¡Salerosa!

lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.

PRIMERA MANOLA.

¡Viva la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

Mohosa :

Mala mano te desuelle.

EL CURA. (*Apurando el vaso*).

¡Sangre de Cristo! al avío!

SEGUNDA MANOLA.

Vamos, pues, toque usted aprisa.

EL CURA.

Consumé: siga la misa,
Y ayúdame, hijo mío.

(*A un mozalvete que alternará con él cantando*).
(*Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura escuerzo entre millares de innobles gestos*).

(*Canta*). No hay religion mas santa
Que la de Cristo,
Que señala á los moros
Como enemigos.
Guerra á los cueros
Porque matando moros
Se gana el cielo. (*Danzan*).

SALADA.

¿Estás triste, dueño mío?
¿No respondes?ADAM. (*Distraído*).No sé; siento
Una ansiedad, un tormento...

SALADA.

Me matas con tu desvío.
Mira, Adam, me miro en tí
Como en Dios: qué mal te oprime?
Por Dios, Adam, por Dios dime
Que también me amas, así.

ADAM. (*Con frialdad*).

Sí, te amo.

SALADA. (*Con ternura*).

No es verdad?
Yo con locura: ¿suspiras?
¿No respondes? no me miras?

(*Adam recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza*).

PRIMERA MANOLA. (*Con desgarro*).

¡Jalea de Navidad!
¿Quién me la compra?

SEGUNDA MANOLA.

(Señalando á Adam y á la Sala).

Qué par!

La romántica! ya llora;
Traigan agua á la señora
Porque se va á desmayar.

EL CURA. (*Canta*).

La mujer y las flores
Son parecidas;
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espigas:
Y yo, que tengo
El corazón herido,
Nunca escarmiento.

• (*Corro de guapos*). PRIMER GUAPO.

¿Conque es aquel?

(Señalando á Adam con el gesto).

SEGUNDO GUAPO.

Aquel es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Señor Matorrales, quedo,
Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

Por los piés?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos.

PRIMER GUAPO.

Amigo,

Dice el refran que su silla
Pierde el que se va á Seyilla

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo

Que la cortaré la cara. (*Manolos bailando*).

PRIMER MANOLO.

Coja usted tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.

EL CURA. (*Mirando de reojo á los majos*).

Buena danza se prepara.

(*Canta*). Tienes una boquirris
Tan chiquitirris,
Yo me la comeriba
Con tomatirris.

EL CHICO. (*Canta*).

Y en tus ojillos,
Ay! se me baila el alma
Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

¿No te ha conocido?

TERCER GUAPO.

No: .

Está ella muy distraida.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso, tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNERO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche usted otra, que quiero
Que el mozo aquel tan salero
Y aquella niña lo pruebe.

ADAM. (*A la Salada*).

Me ahogo! siento un deseo
Salada, no sé de qué...
Un afán...

SALADA.

Yo sí lo sé;

No me quieres: bien lo veo.

ADAM.

¿Vistes aquel pez dorado
Que en tu casa, en un fanal,
Breve lago de cristal,
Da vueltas aprisionado,
Y en la ventana al sol mira
Tejiendo en torno colores,
Y en las macetas las flores
Donde la brisa suspira;
Y ya escucha su rumor
Que le encanta y le suspende

Ya la llama que se enciende,
Ya la beldad de la flor;
Y en su cárcel cristalina
Nada con mas ligereza
Por gozar de la belleza
Que los ojos le fascina?
Pues así yo, dueño mio,
La tierra, la luz, el cielo,
Disfrutar con loco anhelo
Y sin saber cómo ansio.

SALADA.

Mira, si tú, vida mia,
Me amaras como yo á tí,
Todo eso hallaras en mí
Y tu ansiedad calmara.
Yo, que tu amor solo anhelo,
Para templar mis enojos,
Busco mi luz en tus ojos,
Hallo en tu frente mi cielo:
Y estando á tu lado, Adam,
Ni ese sol, ni el cielo veo,
Que eres todo mi deseo
Y eres tú todo mi afán.
Decir ternuras ignoro,
Ruda y salvaje nací,
No sé qué pasa por mí,
Ni tampoco por qué lloro.
¿Fuego en mi amargo dolor,
Fuego de Dios en mi estrella,
Que no me formó mas bella
Para aumentarte tu amor!
¡Mal haya, mal haya, amen,
Cuando te ví! ¡y quién te viera
Que al mirarte no aprendiera
Al momento á querer bien?

ADAM.

¿Ves tú cuando tornasola
Los cielos la luz del día,
Y huye la noche sombría,
Y en tintas mil arrebola
La aurora el blanco celaje;
Y cantan á la alborada
Las aves en la enramada
Luciendo el vario plumaje?
Mas placer, mas luz, mas vida,
Mas amor vierte á torrentes
Ese estrépito de gentes
Que en multitud confundida
Ayer ví cuando á tu lado,
Con tanto afán, tanto gozo,
Tanta gala y alborozo,
Bajaban tantos al Prado.
Adornos tan relucientes,
Ricos trajes y colores,
Coches, caballos, primores,
Y gustos tan diferentes;
Y el lujo y la gentileza
De aquellos tan altaneros
Que llamas tú caballeros
Y damas de la nobleza;
¿Cómo pueden no admirar
Al que siquiera los mira?
¿Quién habrá que no suspire
Por su grandeza igualar?

SALADA.

¿Quién mejor que tú entre ellos?
Por el mejor de mas brío,
No trocara yo, Adam mio,
Un rizo de tus cabellos.

ADAM.

O estoy loco, vive Dios,
O no me entiendes. Salada,

TERCER GUAPO.

(Se acerca al primero con el jarro de vino).

Vé y dales la cambiada,
Y brinda tú por los dos.

(Quedan en observacion en el rincon opuesto los dos guapos).

PRIMER GUAPO. (A Adam y á Salada).

Dios bendiga lo que cria
Bueno, y lo estoy mirando.

LA SALADA. (Con desgarró).

¡Vaya un don necio!

PRIMER GUAPO.

Estimando.

Mi alma, mas cortesia,
Mocito, un sorbo siquiera. (A Adam).

(Adam, sin mirarle, continúa distraido).

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

¿Y usted, niña?

SALADA.

Me hace mal

La espuma.

PRIMER GUAPO. (Acercándose al oido de ella).

¡Viva la sal!

¿Está el gaché de quimera?

SALADA.

¿Sabe usted los mandamientos?

Pues el quinto no moler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer
A veces.

TERCER GUAPO.

(Al segundo en acecho desde el rincon opuesto).

Bebo los vientos

De pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El majo

De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. (Corro de baile).

Un soponcio que me dá!

PRIMER MANOLO.

¡Viva ese desparpajo!

EL CURA. (Canta).

Nunca mató á los hombres

La pena negra.

Desventuras y males

Y penas vengan:

Ay! las mujeres

A los hombres mejores

Les dan la muerte!

PRIMER GUAPO.

¿Mocito, usted ha perdido (A Adam).
El habla?

SALADA.

¡Vaya un moscón!

ADAM.

No gasto conversacion.

PRIMER GUAPO.

¿Se dá usted por ofendido?
Pues lo siento.

ADAM. (Con calma).

Se acabó.

SALADA.

¿Lo quiere usted claro?

PRIMER GUAPO.

Sí.

SALADA.

Que está usted demás aquí.

PRIMER GUAPO.

(Se rasca con sorna y meneos truhanescos).

No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO. (al segundo).

El demonio me retienta,

Compañero. (Continúan en acecho).

SEGUNDO GUAPO.

Crie usted pecho.

PRIMER GUAPO.

Tengo una sangrel

SEGUNDO GUAPO.

El despecho,

PRIMER GUAPO.

Y la indina que lo aumenta.

(Corro de baile.)

PRIMERA MANOLA.

Pae cura, usted se enronquece.

SEGUNDA MANOLA.

Hija, dale un caramelo.

EL CURA.

De verte á tí me amartelo,

Pichona.



SEGUNDA MANOLA.

Me lo parece.

EL CURA. (Canta).

Arrecógete y brinca,
Menéate y salta,
Porque tanto meneo
Me lleva el alma.

EL CHICO. (Canta).

Jesus qué liga!
Y es lo bueno que nunca
Miente la pinta.

SALADA.

Con que no?

PRIMER GUAPO:

Pues por supuesto.

(Adam se levanta y lo coge con fuerza del brazo).

ADAM.

Buen amigo, basta ya.

(Le separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse).

PRIMER GUAPO. (Echa mano á la navaja).

Un demonio bastará,
Que el brazo me ha descompuesto.

TERCER GUAPO.

(Al segundo, echándose ya en medio).

Compañero, me perdí.

SEGUNDO GUAPO. (*Siguiéndole*).

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

(*Desembozándose y presentándose a la Salada*).

Mala carcoma,

Dí, ¿me conoces? pues toma.

(*Le tira una navajada á la cara, que no le dá*).

SALADA.

Esas se dan siempre así.

(*Le entra el cuchillo junto al corazón*).

TERCER GUAPO.

¡La unción! favor! Me han herido!

TABERNERO.

En mi casa!

EL CURA.

Las lió.

(*Tira la guitarra y sale á escape*).

(*Huyen todos precipitadamente; coge á Adam la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda*).

ADAM.

¿Qué has hecho tú?

SALADA.

¿Qué se yo?

Corre pronto.

TABERNERO.

Me han perdido.

Gente, justicia que acude, etc.

FIN DEL CUADRO.

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida
De la mujer que en tu ilusión se ceba,
Y halla en tí sólo su ansiedad cumplida
La que tu dardo penetrante prueba.
El viento en remolinos sacudida
Acá y allá inconstante el alma lleva
Del hombre, y pasajero devaneo
Eres no mas de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante
Con mansas olas y sereno viento,
Y una playa riquísima y distante
Que ilumina á su gusto el pensamiento.
Y una luz que se pierde rutilante,
Y brilla con su inquieto movimiento,
Glorias, tesoros, la esperanza ofrece
A su ambición que su delirio acrece.

¡Cuánto en la juventud la vida es bella!
Con músicas regala nuestro oído,
Los ojos guía reluciente estrella,
Brinda la flor aromas al sentido:
Lánzase el hombre con ardor tras ella,
Como al dejar el águila su nido
Buscando al sol, y con seguro vuelo
Volando á hallarle en el remoto cielo.

¿Quién parará su rápida carrera?
¿Quién pondrá coto á su afanar ardiente
Corre campo á buscar, como la fiera
Que se lanza en el circo de repente.
Arrebata tal vez en su primera
Locura al que se opuso indiferente;
Lo abandona despues: ¡Ay! desdichada
La mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebatada de su tallo el viento,
La roba enamorado y se la lleva,
Bésala y acaríciala violento
Con nuevo ardor y con locura nueva
Bebe su aroma de su olor sediento,
Y las hojas la arranca: en ella ceba
Su amoroso furor y al fin la arroja
Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá va y allá se lanza,
Y allá acomete, la region buscando
Que la imaginación apenas alcanza
A pintarse, su vuelo remontando:
Y él allá va, y ardiente se abalanza,
Cayendo, y despeñado, y tropezando,
A merced de su propia fantasía,
Tras la engañosa estrella que le guía.

CUADRO II.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE LA SALADA.

ADAM Y LA SALADA.

SALADA (*Acariciándole*).

Gachon mio, dí, ¿no das
Un beso á tu pobre amante?

ADAM.

¿Por qué has herido á aquel hombre?

SALADA.

¿Por qué? porque yo á mi padre
Le he oído decir, que aquel gana
El pleito que pega antes.

ADAM.

No sé por qué no me gusta
Ver esas manos con sangre:
¡Son tan lindas! llevar flores
Mejor que un puñal les cae.

SALADA.

Bien puede ser, y si quieres,
Tan sólo por agradarte,
Nunca cogeré un cuchillo;
Y aun dejaré que me maten.

(*Con gachonería*).

ADAM.

¡Qué hermosa es! (*La da un beso*).

(*La Salada juega con sus rizos*).

SALADA.

¿Cómo en ondas
Los negros rizos le caen!
Quisiera tener millones
De almas para adorarte,
Y en cada cabello tuyo
Enredar una. No sabes
Cómo te amo, Adam mio,
Y en esos ojos que arden,
Quisiera ser mariposa
Para en su luz abrasarme.
Echate, Adam, en mi falda:
Así, ¿estás bien? ¿cuál te late
El corazón! ¿no es verdad
Que es sólo mio? Ah! dame
Ótro beso; mas ¿qué tienes?
¿No me escuchas?

ADAM. (*Entre sí.*)

¿Por qué nacen
Pobres como yo los unos,
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

¿Qué murmuras?

ADAM.

Tú que has visto
Esos ricos tan galanes,
Que en poderosos caballos
Con jaeces tan brillantes
Galopan, ó reclinados
En magníficos carruajes
Parece que se desdennan
En su soberbia insultante
De mirar á los que cruzan
A pié, como yo, las calles;
Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano,
Quisiste ayer explicarme,
Mundo que en mil confusiones
Mas me enreda á cada instante,
Dime, ¿esas damas tan bellas,
Con esos garbos y trajes,
Viven así? dime, ¿hablan
Como nosotros? qué hacen?

SALADA. (*Con gesto desabrido.*)

Dueño mio, somos hijas
Toditas de un mismo padre,
Y la mejor es tan buena
Como yo, y gracias!

ADAM.

Me hablaste
De eso de un padre comun
Tambien ayer.

SALADA.

Son de carne
Y hueso cómo tú y yo.

ADAM.

Es inútil que me canse:
Ni yo te acierto á entender,
Ni tú aciertas á explicarte.
Pero dime, ¿cuáles son
Sus diversiones, sus bailes,
Su vida, sus alegrías,
Sus casas? ¿Cómo se hace
Para juntarse con ellos,
Con ellos vivir, hablarles,
Y en lujo, poder y galas,
A su grandeza igualarse?

SALADA.

¿Te acuerdas, Adam, del pez
Dorado, que entre cristales
Gira admirando del sol
Los rayos en que se parte,
Y oyendo el rumor del aura
Entre las flores suave,
Embebecido en su música
Ansia quebrantar su cárcel,
Por gozar de la armonía
De luces, flores y aire?
Pues ¡pobre pez, si cumpliera
Su voluntad! que al hallarse
En otro ageno elemento
Del elemento en que nace,
Céfiros, luces y flores
Le dieran muerte al instante.
Sueños son esos, Adam,
Los que tu mente distraen,
Aire que anhelas coger,
Porque los sueños son aire,
Entre esas gentes altivas,

Quien mas de nosotros vale
No alcanza sino desprecios
En premio de su donaire.
Nuestros enemigos son,
Y el modo de ser iguales,
Es en la misma moneda
En que nos pagan pagarles.
Y piensa... pero no quiero
Pensar en ello, ni caben
Pensamientos de otro amor
En tu corazon de ángel;
Pero... Si acaso esas damas...

(*Con ira recelosa.*)

Las de las blondas y encajes...
Tal vez... Si tú en tu delirio
De mí olvidado... ¡No sabes,
Adam, de lo que es capaz
Una mujer por vengarse!
Pero no, no: no es verdad:
Tu amor es mio: Adam, dame
Mil besos, uno tan sólo
Que mis inquietudes calme.

ADAM.

Puede ser: pero ¿por qué
Riquezas que son palpables,
Galas que miran mis ojos,
No han de estar nunca á mi alcance?
Tanta ansiedad me fatiga,
Mil pensamientos combaten
Dentro de mí, pasan, huyen...
Un beso, mi bien.

(*Le besa la Salada con amor.*)

Regale

Tu boca mi corazon,
Y entre tus brazos descanse
De tanto afan. (*Se duerme.*)

(*La Salada le contempla dormido con ternura íntima, y le hace aire con un abanico, mientras la guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adam, y le separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella.*)

SALADA.

Se ha dormido.
¿Qué hermoso es! ¡Qué suaves!
Sobre sus cerrados ojos
Las negras pestañas caen!
¿Cómo respira! No hay flores
Que tan rico olor exhale
Como para mí su boca:
¿Cómo en su frente se esparce
Tanta belleza reunida
Y tan varonil y grave
Magestad! ¡Qué diferente
¡De los otros hombres! Nadie
Mas feliz que yo, amor mio!
Ah! Déjame que te ame
Toda mi vida, y me muera,
Mi bien, así contemplándote!
¿Pero por qué esta zozobra
Con que el corazon me late?
¿Por qué de súbito siento
Íra y locura, y matarle
A veces cuando le miro,
Quisiera, y luego matarme
A mí tambien! Porque sea
Mio solo, quién robarme
Mi dicha y su amor intenta?
El es mio, no ama á nadie,
Ni puede amar sino á mí:
A mí sola; á mí; y ¿quién sabe
Si siempre así me amará?
Oh! el corazon se me parte
De sólo dudar! Entonces...

¡Triste la que me arrebate
Su corazón! Oh! morir
Sólo me queda en tal trance!
Matarle y morir, y luego
Idolstrar su cadáver!
¡Y qué mujer de mis brazos
Será capaz de robarte,
Adam mio? (Con ternura).
¡Cómo sudal!

(Le enjuga la frente con un pañuelo blanco)

Oh! sean mis manos cárcel
De ese corazón que es mio;
Que no me lo robe nadie.

(Le pone ambas manos sobre el pecho, como para
aprisionarle el corazón.

Oh! deshojad sobre su frente flores
Del noble mozo en su primer mañana;
Guardad su sueño, amores;
Mimid conmigo su beldad temprana!
Dejadme en mi alegría
Cuidar yo sola de la flor que es mia.

ADAM (despierta).

¡Qué calor! ¿Dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mio.

¿No me ves? á mi lado.



ADAM.

Oh! sí, soñaba;
Pero un sueño tan dulce, un desvarío
Tan alegre, que el alma me robaba.

SALADA.

No hay sueño alguno por feliz que sea
Que yo no cambie por mirar tus ojos,
Y tú el sueño al dejar que te recrea,
Viéndome al despertar sientes enojos.

Reconviniéndole dulcemente).

ADAM.

Era un sueño... Sabrás, hermosa mia,

Que era una tarde en el florido abril,
Cuando viste del campo la alegría
Hojas al bosque, flores al jardín:

Vagaba solo yo por la ribera
Del Manzanares: lo que fue de tí
No sé, Salada mia, ni siquiera
Cómo yo solo me encontraba allí.

Cuando de pronto á la azulada cumbre
De un monte lejos me sentí volar,
Y un hilo suelto al aire en viva lumbre
Vi ante mis ojos fúlgido ondear:

Yo, asido al hilo, trepo á la montaña:
¡Oh, cuánto entonces á mis plantas ví!
¡Cuántos acentos y algazara estraña,
Alzarse alegre de repente oí!

Luciendo generosa gentileza
Cien caballeros rápidos pasar
Agiles ví, domando la fiera
De sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro
Que deslumbra los ojos como el sol,
Mujeres, de beldad rico tesoro,
Brindando glorias y vertiendo amor:

Y danzas, juegos y algazara y vida,
Magnífico tropel y movimiento,
Riqueza abandonada y esparcida
Cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo tambien con ellos me juntaba,
Y con oro y con trajes de colores
Yo cual aquella gente me adornaba,
Y era tambien señor entre señores.

Y tambien mis caballos á mi brío...

SALADA.

¡Y ni un recuerdo para mí entre tanto!
¡Ni un recuerdo guardabas, Adam mio,
A esta pobre mujer que te ama tanto!

ADAM.

Y en un caballo con la crin tendida,
La cola suelta vagorosa al viento,
Y la abierta nariz de fuego henchida,
En alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras,
Y ramblas, y torrentes traspasaba,
Y otros montes despues, y otras llanuras,
Y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo mi loca fantasía,
Ginete alborozado en mi bridon,
Latiendo de entusiasmo y de alegría
Mi anhelo redoblaba su furor.

Mi frente sudorosa palpitando,
Azotaba mi rostro el huracan;
Mis ojos fuego en su inquietud lanzando,
Campo adelante devorando van.

¡Oh, qué placer! en medio al torbellino,
Oír el trueno rebramar y el viento,
Siguiendo en polvoroso remolino
El impetu veloz del pensamiento:

Y en incesante vértigo y locura,
Desvanecida en confusion la mente,
Cuanto el deseo y la ilusion figura
Arrojarse á alcanzarlo de repente!

¡Oh! yo entendia voces y cantares,
Y ví mujeres ante mí volar,
Y atrás quedaban gentes á millares,
Y encontraba otras gentes mas allá.

Oh! si me amas, si tu amor es cierto,
Llévame al punto donde yo soñé:
Un caballo! un caballo! campo abierto!
Y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,
Rayos que sienta sobre mí tronar,

Triunfos y glorias y riquezas dame
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

Oh! Adam! Adam! Tu corazon no es mio!
Oh! tu ambicioso corazon delira!
Ay! que me lo robó tu desvario,
Y por solo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,
Ni qué te puedo en mi desdicha dar!
Ten compasion de mí; dame la muerte:
Oh! no me dejes sin tu amor llorar.

Ah! dime, ¿dónde, dónde yo podria
Hallar esas venturas para tí?
¿Dónde? mas, ah! que la dicha mia
En mi impotencia me arrojé á morir!

Jamás, jamás, Adam, nunca hasta ahora
Mi bajeza en el mundo he conocido;
Mi corazon, que desgarrado llora,
Tan amargo dolor nunca ha sentido!

Oh! ¿qué me da mi condicion villana,
Despreciable mujer, juguete vil,
Arrojada en el mundo una mañana
Cuando la luz entre miserias ví;

Quando entre bosques que el viajante ignora
Mi madre moribunda me parió:
Nacida al mundo en maldecida hora,
Fruto podrido, hija de un ladron?

¿Sabes, Adam, lo que le guarda el mundo
A la que nace como yo nací?
En una cárcel un rincon inmundo,
Y un hospital quizá donde morir:

Una belleza, infame mercancia,
Que una pobre mujer por oro trueca,
Y gozando en su propia villanía
Un corazon que el infortunio seca.

Y en pecado y vergüenza concebida,
Y en la frente el escándalo, marchar
A abrirse campo en su azarosa vida,
Con lucha eterna é incesante afan.

¡Miserable de mí! yo habia vivido
Contenta con mi orgullo en mi bajeza.
Tú no lo sabes; pero tú has herido
Un alma, en fin, que á comprenderse empieza:

Tú, Adam mio, sin querer has hecho
Pedazos mi amargado corazon,
Perdida ya la que guardó mi pecho
Ilusion dulce de un dichoso amor.

Oh! ¡ven acá te estreche entre mis brazos;
Déjame en mi dolor llorar asi;
Fueran, Adam, eternos estos lazos,
Y yo llorara en mi afliccion feliz!

¡Déjame que te bese con locura,
Déjame que te apriete el corazon!
No sé qué voz secreta en mi amargura,
Adam, me dice, que á perderte voy.

Perderte! y para siempre! y yo, que nada
Quiero ya sino á tí, voy á perderte!
¡Déjame asi morir, asi abrazada,
Muriendo yo bendeciré mi muerte!

Mira, Adam mio, alma de mi vida,

Yo no soy mas que una infeliz mujer,
Pobre en el mundo, una mujer perdida,
Con sólo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; ¡pero te amo tanto!
¡Tengo un tesoro para tí de amor!
Oh! no me dejes, muévate mi llanto,
Muévate mi afligido corazón.

Oh! no me dejes! y pues ánsias oro
Y dichas que no alcanzo á darte yo,
El mundo te prodigue su tesoro,
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.

Yo sufriré en silencio tus desvíos,
Yo, tu criada, partiré tu pan,
Y una mirada de esos ojos míos
Hará mi dicha, premiará mi afán.

Ah! no me dejes nunca!

ADAM.

¿Yo dejarte?
¿Y para qué, y por qué? ¡Tú, mi querida!
¿Ni como, aunque quisiera abandonarte,
Juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino:
¿Y habrá de ser eterno tu dolor?
¿Qué poderosa mano á ese destino
Para siempre, Salada, te amarró!

Oh! en esas tierras donde yo soñaba,
Allí, dó todo es glorias y placer,
Allí, dó nunca de gozar se acaba,
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino, y ese cielo
Yo escalaré; yo siento dentro en mí
Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo
Para cambiar, ¡quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(Dejándose arrebatarse del entusiasmo de Adam.)

¡Juntós! juntos los dos! Oh! sí, marchemos,
Rompmos del destino las cadenas;
El mundo no es Madrid; juntos volemos
A otras gentes hallar y otras escenas.

¡Qué, ¿á donde quiera llevaré en mi frente
Grabado el sello de vergüenza? No:
Que en otras tierras y entre nueva gente
Ennoblecida brillaré en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura
Donde entre cieno sin tu amor viví;
Huyamos á esas tierras de ventura
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

¡Gracias! gracias! amor, bendito seas,
Que mi bajeza me revelas tú;
Huyamos luego, Adam, donde deseas,
A otro país, que alumbrará otra luz!

ESCENA SEGUNDA.

Dichos y el CURA.

(Poco despues hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos.)

EL CURA. (Frotándose las manos.)

¡Albricias! No hemos salido
De mala! Por la tetilla

Derecha le entró y si acierta
A entrarle mas una línea,
Pax Cristi.

ADAM. (Aparte á la Salada.)

No sé por qué
Me irrita sólo la vista
De ese sapo.

SALADA.

Adam, huyamos:
Y yo contenta vivia! (Aparte.)

EL CURA. (Con tono truhanesco.)

Vive Dios, señor Adam,
Que tiene usted una niña
Que da la vida á un cristiano,
Lo mismo que se la quita:
Tan buena para un barrido
Como un fregado: ¡que vivan
Esos ojuelos que matan,
Princesa, y esas manitas!

ADAM. (Con impaciencia.)

Ea! basta! ¿qué quereis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita,
Me iré: mas ya me hago cargo,
La gente se divertia
Como Dios manda: solitos.
El demonio me maldiga!
Mas siento yo interrumpir...
Pero... vamos... yo creia...
Que para todo habia tiempo...
Luego, como corre prisa
Nuestro negocio, y los otros
Van á acudir á la cita...
Y segun me han dicho, usted
Es tambien de la partida...
Yo, por eso... La señora,
Que me conoce hace dias,
Sabe muy bien que no soy
Yo mosca nunca; en mi vida
Le he estorbado para nada...
Cada cual allá se avia,
Y á vivir. Qué, ¿no es verdad,
Señora Salada?

SALADA. (Aparte.)

Grima

Me da de oírle.

EL CURA.

Lo otro
No es cosa que á Vd. le aflija:
El ya habrá muerto á estas horas,
Y la señora justicia
Como no sabe quién fue
Quién le apagó, ni en su vida
Sabrá tampoco á quién tiene
Que acudir, queda *per istam*.
Aquí no hay nada que hacer
Sino apandarse unos dias,
Y aguardar que Dios mejore
Sus horas. ¡Tiberio viva,
Y el pan á dos cuartos, prenda!

(Acercándose al oído con instancia y picardiguela.)

Vamos, una preguntilla:
¿Qué le ha dado usted al mocito
Que está que parece quina?

SALADA. (Con desabrimiento.)

Oiga usted, madre criada,

A un ladito, que me tizna.
(*Entran los seis.*)

PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.

(*Van entrando: unos se sientan, otros se quedan de pie, algunos sacan tabaco.*)

EL CURA.

Ya está la gente reunida.

(*Da un silbido, y se asoma á una reja, adonde acude un chico con quien habla.*)

Pupas, ya sabes la seña,
Corre á tu puesto y avisa.

SEGUNDO.

¿Con que es la cosa esta noche?

TERCERO.

(*Al primero, señalando á Adam*)

¿Es este el mocito, Chispas,
Que recomendó su padre?

PRIMERO.

Pues; el mesmo.

CUARTO.

A Saladilla

El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, ¿qué noticias
Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO. (*Señalando á Adam.*)

La pinta

Es de un elefante en leche.
Mocito, ¿hay ánimo?

ADAM.

Y diga,



Paré me ha de faa quitar?

SESTO.

¿Como es la primer cabrita
Que desuella!...

ADAM.

La primera

Vez que he pensado en mi vida,
Pensé alcanzar con la mano
Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.

(*El padre Cura, entre tanto, ha estado hablando á los otros.*)

CUARTO.

¿Y en eso está?

EL CURA.

Luego que quedó Chiripas
En abrir por la cochera
Y darnos entrada arriba,
Dije para mi capote:
«Recemos la letanía,

Y entonemos un *Te-Deum*,
Porque la ocasión la pintan
Calva;» y para sosegar
Mi conciencia, dije á un quidam
Que en la taberna de en frente
Estaba, que hiciese esquina
Sin quitar ojo á la casa,
Y pagará por Chiripas
Cuanto bebiese, que yo
Esta noche volvería
Con mi guitarra y mi acólito
A echar cuatro seguidillas
Y alegrar el barrio.

TERCERO.

Y oiga;

¿Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

El, como es natural,
No quiere que nunca digan
Que fue capaz de vender
Ni hacer una alevosía
A la que le da su pan;

¡Eso no, bueno es Chiripas!...
No digo yo á su ama, á nadie
Hará una mala partida.

PRIMERO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto
Que en estando ya dormida
La gente, que entreis vosotros
Y le ateis, y luego os sirva,
Llevándoos, sin hacer ruido
Ni ver á nadie, á la misma
Alcoba, donde su ama,
Que no espera la visita,
Dormirá, y así ha quedado
En que la cosa se haría,
Para no tener que ver
Despues él con la justicia,
Cumplir como buen criado
Y hombre de bien. Yo en la esquina,
Mientras, haré la deshecha,
Y allí con mi guitarrilla,

(Hace jestos de jaleador).

Y cuatro coplas, y alza
Que te se ve hasta la liga,
Y toma y vuelve por otra,
Tendré la gente reunida
De la calle, por si acaso
Cacarea la gallina
Que no se oiga, y que en paz
Vosotros hagais la limpia.

TERCERO.

¿Y habrá fango?

EL CURA.

Hasta los codos:
Es la condesa de Alcira
Viuda con muchos millones,
Y alhajas y piedras finas,
Y mas condados y rentas
Y tierras que el mapa pinta.

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre,
Y deje de baratijas.

SEGUNDO. (Refregándose las manos).

¿Y es buena moza?

TERCERO.

¡Me gusta
La pregunta! Que sea rica
Y haya donde entrar la mano,
Y mas que tenga comida
La cara de lamparones.

ADAM. (Con interés).

¿Y es de esas damas que habitan
Palacios?

EL CURA.

Uno tan grande,
Que en entrando no se atina
A salir; pero no hay miedo,
Que para eso está Chiripas,
El lacayo incorruptible
Y fiel, que hallará salida
Al laberinto de Creta.

Se va haciendo de noche. La Salada entra con un
velon encendido).

ADAM.

Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,
Y cabriolés, y oro y plata

Mas que producen las Indias.

PRIMERO.

¡El chibato! de oirlo sólo
Los ojos se le encandilan.

LA SALADA. (Aparte).

(Con los ojos llenos de lágrimas),
¡Pobre de mí!

PRIMERO.

Chica, lloras!

SEGUNDO.

¿Por qué llora usted, mi vida?

ADAM. (Sin reparar en ella).

Vamos pronto, vean mis ojos
Cuanto vió la fantasía;
Toquen mis manos, en fin,
Los sueños de mi codicia.

TERCERO.

Buen pollo; que á este le pongan
Donde haya.

PRIMERO.

Bien se esplica.

SEGUNDO. (A la Salada).

Pero ¿por qué llora usted?

PRIMERO.

Cosa de mujeres.

QUINTO.

Niña,
¿Le duele á usted algo?

LA SALADA.

El alma

Y el corazon. Adam, mira,
(Se adelanta con energia á Adam).
¿Ves estas lágrimas? Son
Las primeras que en mi vida
Me ha hecho derramar un hombre;
No hagas tú que mi desdicha
Se trueque en rabia, y se cambie,
Adam, mi ternura en ira:
No quiero, no, tú no irás,
Porque yo no quiero.

EL CURA.

¿Chispas
¡Que mala yerba ha pisado
La mocita!

SALADA.

Tú imaginas
Que esa mujer es hermosa:
¿Pensabas que yo querria,
Que lo imagino tambien,
Dejarte ir? Ah! ¿tú olvidas
Que yo te amo, y te finjes
Ilusiones y alegrías
En otra parte, sin mí,
Con otra mujer? ¿La hija
Del ladron cambiar presumes
Con desprecio por la altiva
Condesa; por la señora
Que arrastra coche? Deliras.
Sí, tú te has dicho á tí mismo;
Es una mujer perdida;
La que ha nacido en el fango,
Que llora en el fango y viva:
Tú has olvidado mi amor,
Mi delirio, mis caricias...
Ingrato, que sin tu amor,
(Con ternura y saltándose las lágrimas)
Sin tí detesto la vida:
Que no tengo mas que á tí,

Que te amo: Oh! de rodillas
Yo te lo ruego, Adam mio;
No vayas; te lo suplica
Tu pobre Salada, no...
Perdona, Adam, alma mia,
No vayas, no, el corazon
Me da que alguna desdicha
Nos va á suceder... No vayas,
¿No harás lo que yo te pida?

ADAM.

¿No ir? Salada, ¿no ir yo
Cuando fortuna me brinda,
Y en realidades mis sueños,
En verdad mi fantasía
Trueca? Quién? Yo, yo no ir?
¿Yo no ir?... Tú desvarías.

PRIMERO.

Pero ven acá; ¿tú quieres
Que tu galan sea un gallina?

SALADA.

¿Tú á qué has de ir? ¡Si supieras,
Adam mio, cuán indigna
Hazaña van á emprender
Estos hombres! Ah! tú huirías
De ellos. Tu corazon
Noble, dí, ¿no te avisa
De la bajeza del hecho?

EL CURA.

¡Vaya una rara salida!
El demonio predicándonos
Un sermon de moralista.

ADAM.

Mira, Salada, no sé
Si la accion que se medita
Es buena ó mala, ni entiendo
Qué es mal ni bien todavía,
Y allá voy: cualquiera sea
El hecho, dicha ó desdicha
Nos traiga, yo he de seguir
La inspiracion que me anima:
¿Acaso he nacido yo
Para vivir en continua
Agitacion? ¿No podré
Seguir á mi fantasía
Jamás? No, Salada, no:
Glorias y triunfos me pinta
Mi deseo: la fortuna
A mi anhelo campo brinda
Donde cumplirlo; yo quiero
Ver, palpar cuanto imagina
Mi mente; de una ojeada
Ver todo el mundo que gira
A mi alrededor: allí luego
Tú vendrás, donde yo elija
Un sitio para los dos.
Oh! si me amaras, tú misma
Me llevarias.—¿Y quién
Habrá jamás que me impida
Volar donde yo desee?
Fuera injusto! y romperian
Mis manos, sí, las cadenas
Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho

LA SALADA. (Con mimo).

Dime, Adam mio,
¿Me amas? ¿Por qué te irritas?
Oh! no te enojas conmigo:
Dame un beso, una caricia;
Ya que te empeñas en ir...
Otro beso: ¿no podrias
Ir otra vez, dueño mio?
¿Dejarlo para otro dia?
Las horas se me hacen siglos
Sin tí, todo me fastidia:
Yo, que pensaba esta noche
Pasarla en tu compañía
Tan feliz, y acariciarte
Tanto! no hay mayor desdicha,
Tú ya lo sabes, Adam,
Que una esperanza fallida.
Si te vas, ¿qué haré? Llorar.
Otro beso: no hay delicia
Igual: los dos aquí solos,
Entre amores y caricias
Corriendo las horas: yo,
Te contaré mis fatigas,
Mi amor cuando estabas preso.
A tí no te cansa oirlas!
¿No es verdad, mi bien? Ah! dame
Otro beso...

ADAM. (Conmovido).

¡Vida mia,
No llores, no, yo te amo!...
Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

¡Y lo que sabe la indina!...

EL CURA.

Señores, aquí se quede
El que quiera, que maldita
La falta que nadie hace.
Nuestra condesa de Alcira

(Con intencion á Adam.)

Nos aguarda con sus coches,
Su palacio y joyerías:
Nosotros vamos allá,
Con que amigo, hasta la vista.

(Dándole á Adam en el hombro).

SALADA.

Maldita sea tu lengua
Que me arrebató mi dicha.

ADAM.

Oh! es verdad! y yo olvidaba...

SALADA. (Arrojándose en sus brazos)

Adam mio!

ADAM. (Con aspereza).

Mujer; quita.

(Se arranca de ella: la Salada cae desplomada de
dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adam el
primero)

FIN DEL CUADRO.

CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,
 Cuando alegra las calles el gentío
 Y en grupos mil estrepitosos suena
 Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una;
 La paz reinaba en el sereno azul;
 Bañaba en tanto la dormida luna
 Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento
 De soberbia fachada, en un balcon
 Penetraba su rayo micilento
 Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,
 Aureos sofás de blanco terciopelo,
 Sillas de nácar y marfil indianos,
 Los pabellones del color del cielo;

Caprichos raros de la industria humana,
 Relieves y elegantes colgaduras,
 Jarrones de alabastro y porcelana,
 Magníficas estatuas y pinturas,

Ornan confusos la soberbia estancia
 Y se pierden en mágica crujía,
 Salones tras salones, y á distancia
 Se abre de mármol ancha gradería.

Y allá á un jardín, mansion encantadora
 De las hadas conduce, y mil olores
 Esparce en los salones voladora
 La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso
 De aquel templo magnífico será?
 ¿Templo soberbio, alcázar grandioso
 Que con oro amasó la vanidad?

Bella como la luz de la serena
 Tarde que á la ilusion de amor convida,
 El alma acaso de amarguras llena,
 Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho
 Riquísimo allí está, los brazos fuera,
 Palpítale desnudo el blanco pecho,
 Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa
 En un escorzo lánguido caida;
 Turbios ensueños á su frente ansiosa
 Vuelan tal vez desde su alma herida,

Una velada lámpara destelia
 Su tibia luz en rayos adormidos,
 En desórden brillando en torno de ella
 Mil lujosos adornos esparcidos.

Allí un vestido de francesa blonda,
 La piocha allí de espléndidos brillantes,
 La diadema de piedras de Golconda,
 Sobre el sofá los aromados guantes:

De flores ya marchita la guirnalda,
 Allí sortijas de oro y pedrería,

Arrojada en la alfombra rica banda
 Bordada de vistosa argentería...

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,
 No os queis si os arroja con desden:
 ¡El placer, la esperanza y los amores
 Ella arrojó del corazon tambien!

Ay! que los años de la edad primera
 Pasaron luego y la ilusion voló,
 Y al partirse dejó la primavera
 Al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma solo le quedó un deseo,
 Y un sueño le quedó á su fantasía,
 Loco afan y engañoso devaneo
 Que en vano en este mundo hallar porfia.

Y el corazon que palpitaba ufano
 Hinchido de esperanza y de ventura;
 Donde placer halló, lo busca en vano,
 Perdida para siempre su frescura:

Y en vano en lechos de plumon mullido
 En rica estancia de dorado techo
 Se reclinan sus miembros adormidos,
 Mientras despierto le palpita el pecho:

Y en él inquieto el corazon se agita,
 Y un tropel de deseos y memorias
 Su mente á trastornar se precipita
 Volando ansioso tras mentidas glorias

Y en vano busca con avaro empeño
 Paz para el corazon en sus rigores;
 Sus ojos cerrará piadoso el sueño;
 Pero no el corazon á sus dolores.

Despierta, cuenta con mortal hastío
 Las horas en su espléndida mansion,
 Lánzase al mundo y con afan sombrío
 Huye otra vez de su enojoso ardor.

Todo le cansa, en su delirio inventa
 Cuanto el capricho forja á su placer;
 Y ya cumplido, su fastidio aumenta,
 Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

Oh! que no hay artífice en el mundo
 Que sepa fabricar un corazon,
 Ni sabio hay, ni químico profundo
 Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores;
 Aquellos oros por allí esparcidos,
 Extranjeros riquísimos primores
 A que eligiese á su placer traídos,

Viólos apenas y arrojólos luego
 Acá y allá lanzados con desden;
 Que hasta su alma y el sentido ciego
 Todo le cansa cuanto en torno vé.

Y duerme ahora, y su entreabierta boca
 Donde entre rogas se entrevé el marfil,
 Respira del afan que la sofoca
 Fuego que el corazon lanza al latir

Sus labios mueve, y en su hermosa frente
Rasgos inquietos crúzanse en monton;
Cual detrás de la nube trasparente
Sus rayos lanza moribundo el sol.

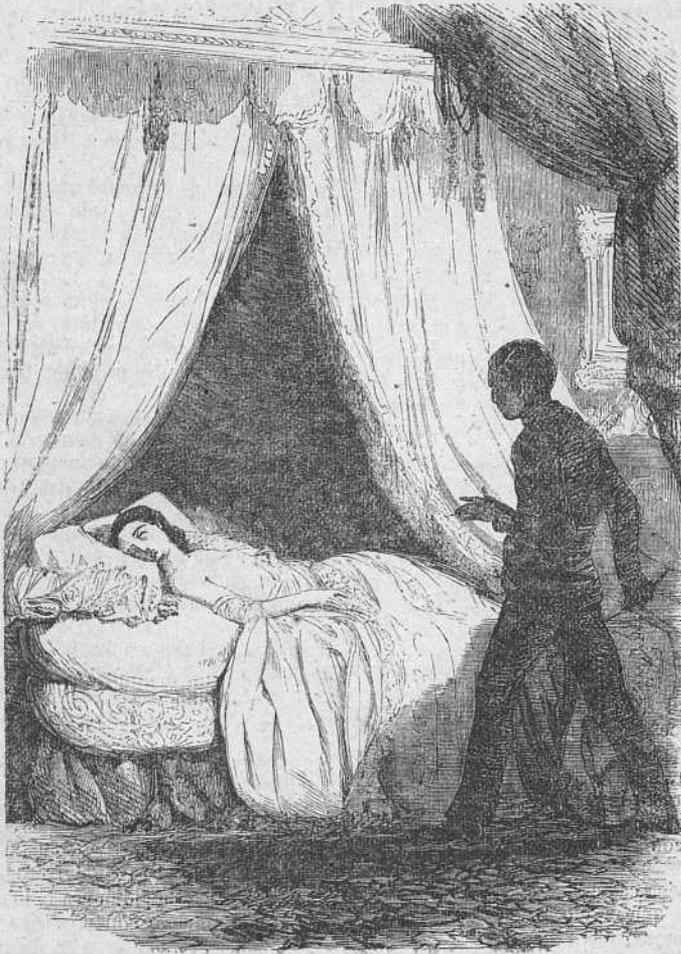
Y acaso entre una lánguida sonrisa
Resbalar una lágrima se vé,
Cual suele al movimiento de la brisa
Diáfana gota por la flor correr.

¡Por qué esa angustia y respirar violento?
¡Por qué soñando con dolor suspira?
¡Tan hermosa y con tanto sentimiento!
Ay! ¿por qué al corazón lástima inspira?

Un hombre, en tanto, de feroz semblante,
De repugnante y rústico ademán,
Y en la diestra un puñal, con vigilante
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia, y silencioso
A la dormida dama se acercó,
Contemplóla un momento silencioso,
Y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un lirón,»—dijo en voz baja
A otros que afuera y en aguardo están,
Y añadió, mientras cierra su navaja:—
«Manos, pues, á la obra y despachar.»



Y con destreza y silencioso tino
Abren y descerrajan á porfía,
Alegre el corazón del buen destino
Que sus intentos favorece y guía.

Y aquí amontonan, y acullá recogen
Rompen allí y arrojan con desden,
Y aquí los unos con cuidado escogen,
Despedazan los otros cuanto ven;

Y con ansia brutal oro buscando
Con insaciables ojos la codicia,
Riquezas y tesoros anhelando,
Riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido
De temeroso sobresalto llena;
Páranse un punto, aplican el oído,
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño
Rompe el silencio súbito rumor,
Y vuelven todos con airado ceño
Los ojos con afán donde soñó.

Y lleno de infantil sándia alegría
Miran á Adam que escucha embelesado
La estrepitosa súbita armonía
Que oculta en un reló de pronto hallado

De gozo el alma y de esperanzas llena
Y ávido de sorpresa el corazón,
Indiferente actor de aquella escena,
Registra todo con pueril candor.

Y aquí, contempla y palpa los colores
De rico pabellón de oro bordado;
Allí, admira los nitidos primores
Del limpio nácar y el marfil labrado:

Mas allá, en la pared, le maravilla
Aparecida mágica figura,
En cuyos ojos animados brilla
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo
La mente de Murillo y Rafael,
Virgen divina, celestial consuelo
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,
Que vivo allí lo trasladó Vandik,
Que altivo y con desden le contemplaba,
De noble aspecto y ademan gentil;

Y el tierno amor que el rostro de hermosura
De la Virgen purísima le inspira,
Trocó luego en orgullo la bravura
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos
Brillantes de belleza y juventud,
Y provocar queriendo sus enojos
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin, é imaginóse luego
Que sombra nada mas la imagen era;
Y al irse despechado y con despego
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda, vió arrogante
Un mancebo galán que hacía él venia,
De negros ojos y gentil semblante
Que al suyo reparó se parecía;

Y sonrióse y vió con gusto extraño
Su figura airosísima allí dentro,
Que tan terso cristal de aquel tamaño
Nunca hasta entonces la copió en su centro.

Y alegre el corazón, miróse al punto
De sí agradao, y reparó en su traje,
Y volviendo al retrato cejijunto
Luego lo comparó con su ropaje;

Y parecióle que mejor cayera
Aquel vestido en él que él que tenia,
Y mejor que su daga considera
Aquella larga espada que ceñia.

Y una ninfa despues, blanca y desnuda,
Al aire vé que suelta se desprende,
Gentil guirnalda que su salto ayuda
En sus manos purísimas suspende:

Suavísima figura y hechicera
En escogido mármol de Carrara,
Que al aire desprendida va ligera,
El juicio pasma y los sentidos para.

Todo lo mira Adam, todo lo toca,
Todo lo corre con prolijo afán,
Y allá en los sueños de su mente loca
Ser gran señor imaginando está:

Y carrozas, y triunfos, y contentos,
Raudos caballos de indomables bríos,
Y raros y magníficos portentos
Brindan á su ansiedad sus desvaríos.

Y esto deja entre tanto, aquello toma
Destapa un pomo de dorada china,
Viértese encima su fragante aroma,
Allá, á otro objeto su atención inclina;

Toca y enciende un rico pebetero,
Báñase en ámbar súbito la estancia;
Y en un sillón sentándose frontero
Gózase en su dulcísima fragancia

Mas allá, relumbrante joyería
Sobre una mesa derramada está,
Y se prende una flor de pedrería;
Luego al espejo á contemplarse va:

Niño inocente que encantado vaga
En medio al crimen que acompaña ciego,
Que cuanto en torno vé todo le halaga
Y á todo codicioso acude luego:

Que de la cárcel á los dulces lazos
Pasó encantado en su primer amor,
Y la bella Salada entre sus brazos
Enamorada de él le aprisionó:

Que luego el mundo apareció á sus ojos
Adornado de gala y alegría,
Y su vista creó nuevos antojos,
Nuevos ensueños que gozar ansía:

Y libre allí, cual caprichoso niño,
Que alegre corre y libre se figura,
Si burló acaso el maternal cariño
Y por campo y ciudad vá á la ventura;

Así la dulce libertad sentida,
Adam huyó de su infeliz manola;
A allí en su gozo embebecido olvida
La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo,
Párase ante un magnífico reloj,
Y de gozarlo imaginando modo
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos
Volvieron todos, y mirando á Adam
Saltaron á sus rostros los enojos,
Y aun alguno echó mano á su puñal:

—«Clávale ahí; ¡maldita sea la hora
Que ese menguado con nosotros vino!»—
—«Por poco, señor Curro, se acalora»—
Repuso Adam mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdeño
Señalando al puñal se sonrió;
Dobló el bandido á su sonrisa el ceño
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid, si un alarido,
Un agudo chillido penetrante,
Parando el movimiento al forajido.

—«Alto, dijo, volviéndose; hablar, quedo,
Voy á tapar la boca á esa mujer:
Nadie se mueva, no hay que tener miedo,
Hacer el hato vivo y recoger.»

¡Favor, favor! con afanoso acento
Una mujer en su desórden bella,
Súbita en el salon falta de aliento
Y que en sus propios pasos se atropella,

Preséntase, y mirando á los bandidos,
Siente la voz helársele, y suspira,
Y piedad implorando entre gemidos
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas y velan
Su clara luz realzando su ternura,
Mientras suspiros en sus labios vuelan
Con fatiga que aumenta su hermosura.

Y mientras caen los agitados rizos
Que la sofocan á su ansiosa faz,
Aumenta en su congoja sus hechizos
La blanca mano que á apartarlos va.

Y su voz, que se ahoga entre suspiros
Simpática enternece el corazon,
Ecos suaves, regalados tiros
Que al corazon de Adam lanza el amor.

Sintió piedad mirándola afligida,
Que era su hermoso rostro como el cielo,
Cuando si llueve en la estacion florida
Colora el sol el trasparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta?
¿Qué duro corazon no vuelven blando
Los ojos lastimeros que levanta
Al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,
Los estúpidos rostros agitados,
Y ella postrada y en extremo bella
Los ojos y los brazos levantados,

—«Silencio, juro á Dios!—Con mano ruda
Dijo asiéndola un brazo el capataz
Atale ese pañuelo, atrás lo anuda,
Y que hable para sí si quiere hablar.»

Díjole á otro, que á la dama hermosa.
Un pañuelo doblando se acercó,
Mientras el capataz con su callosa
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adam, miraba á la hermosura
De la gentil y dolorida dama:
Miraba luego á la cuadrilla impura
Que su belleza con su aliento infama.

Y cuando al bruto bandolero mira
Poner su mano rústica en su boca,
Arrebatado en generosa ira
Que á fiera lid su corazon provoca,

Tira de su cuchillo y se adelanta
Saltando en medio al círculo, y cogió
Del cuello al capataz con fuerza tanta
Que en el suelo de espaldas le arrojó:

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende
Describiendo una línea circular,
Y la turba, que al verle se sorprende,
Dos ó tres pasos échase hácia atrás.

¡Oh! ¡cuán hermoso en su gallardo empeño
Palpitante la faz, vivos los ojos,
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño
Añade gentileza á sus enojos!

Aquellos rizos que en su hombros flotan
Tirada atrás la juvenil cabeza,
Las venas que en su frente se alborotan,
Su ademán de bravura y ligereza,

Y aquella dama que postrada llora,
Yerta á sus pies y la razon perdida,
Y que azorada y temerosa ahora

Yace temblando á su rodilla ásida;

Y en torno de él las levantadas diestras
De sus contrarios del cuchillo armadas,
Con ademanes y ferozes muestras
Su muerte á un tiempo amenazando airadas:

En medio aquel desórden y el despojo,
¡Cuán grande en ardimiento y gallardía
Muestran al mozo que en su noble arrojo
Un genio fabuloso parecia!

Alzase en tanto la navaja en mano,
Los labios comprimidos de la ira,
Como pisada víbora el villano
Que cayó al suelo y que rencor respira;

Y él y los otros al mancebo saltan,
Salta el mancebo que los ve llegar,
Y antes que á él lleguen los que así le asaltar
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste
Ojo avizor el impetu primero,
Y á veces salta y en la turba embiste
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que sólo algun rugido
Sordo rompe ó mascada maldicion,
Sigue la lucha, y al mancebo ardid
La vil canalla acusa en derredor.

Como trahilla de feroces perros
Sobre el cerdoso jabalí, que espera
Con diente avaro y encrespados cerros
Se arrojan á cebar su saña fiera;

Y aquí y allá con ávida porfía
Le acosan, y el colérico animal
En cada horrible dentellada envía
La muerte al enemigo mas audaz,

Así, pero no así, sino mas fieros,
Con mayor furia y sin igual rencor,
Acometen á Adam los bandoleros;
Crece la lucha y crece su furor.

Y cual ligero corzo que parece,
Saltando zanjas, que en el aire va,
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,
Y vuelve á la pared cuando lo da:

Y entre ellos luchando, en medio de ellos
Revuélvese y barájase y desliza
Su cuerpo, y fatigados los resuellos,
Pueden apenas sostener la liza,

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,
Y como *terne* diestro se repara,
Y á todos á uso de la cárcel quiere
Marcarlos las heridas en la cara;

Y unos, turbados de manejo tanto,
Y otros caidos, de vencida van,
Cuando los gritos á aumentar su espanto,
Llegan de gentes que se acercan ya;

La justicia; dijeron: y el violento
Choque suspenden, corren al balcon,
Y Adam corre tambien, y huye al momento
Que la palabra de *justicia* oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido
Que oyó en su vida pronunciar tal vez;
Hospedado en la cárcel la ha aprendido,
Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa,
Dama que generoso defendió;
Riquezas, lujo, estancia suntuosa,
Y allí á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar: sin calcular la altura

Unos tras otros á la calle van:
Ninguno allí del compañero cura,
Sálvase como puede cada cual;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto,
Mas práctico y sereno, haciendo un lio
De cuanto recoger pudo en secreto,
Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire
Apretada su prenda al corazón:
Y desprendido se soltaba al aire
Cuando la gente en el salon entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,
Como en Madrid tan nuevo,
Corrió dos ó tres calles sin destino,
Y huyendo acá y allá y á la ventura,
Solo se halló, y en una calle oscura
Al saltar del balcon perdido el tino.
Y luego se asegura,
Y mira alrededor si alguien le sigue,
Y tranquilo prosigue,
Mas sin saber á dónde, su camino
Iba despacio andando.

Súbito hirió su oído
La bulla y bailoteo
De una cercana casa, y al ruido
Dirigió nuestro héroe su paseo.
Rumor de gente y música se oía
Y voces en confusa algaravía,
Y al estrépito alegre se juntaba
Choque gentil de vasos y botellas,
Y al són de la guitarra acompañaba
Alguno que cantaba,
Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina,
Y en la casa del baile y la jarana
Vió con sorpresa que á calmar no atina
De par en par abierta una ventana;
Y en una estancia solitaria y triste,
Entre dos achas de amarilla cera,
Un fúnebre ataud, y en él tendida
Una jóven sin vida,
Que aun en la muerte interesante era;
Sobre su rostro del dolor la huella
Honda grabado habia
Doliente el alma al arrancarse de ella
En su congoja y última agonía.
Y allí, cual rosa que pisó el villano,
Y de barro manchó su planta impura,
Marcada está la mano
Que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,
Vieja la pobre, y llora dolorida
Junto al cadáver, y volverle anhela
Con besos á la vida:
Y ora llorando olvida
Hasta el estruendo y fiesta bullciosa,
La lúgubre paz viene,
Y en darla dulces nombre cariñosa,
Y en besar á la muerte se entretiene.
Y á veces abren súbito la puerta
Que adentro lleva á donde suena danza,
Y sin respecto y de tropel se lanza
Un escuadron de mozos, que á la muerta
Con impureza loca contemplando
Búrñanse de la vieja, profanando,
Con torpes agudezas la sombría
Miserá imágen de la muerte fría.

Y allí es de ver, la vieja codiciosa

En medio de su amarga
Y sincera afliccion, cual la rugosa
Mano al dinero alarga,
Y á los mozos impíos
Les llama entre sollozos *hijos mios*,
Y de llorar ya rojos
Enjuga en tanto sus hinchados ojos.
Y entre suspiros mil echa su cuenta,
Y luego se lamenta
De nuevo, y á su mísero quebranto
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto, alegre suena
En la cercana sala el vocerío,
La danza, el canto y bacanal faena,
Regocijo, guitarra y desvario,
Miraba Adam escena tan estraña
Con piadoso interés desde la reja,
Y á la cuitada vieja,
Que en agradar sus huéspedes se amaña,
A par que en llanto de amargura baña
El cadáver aquel, que parecia
Que con toda su alma lo queria.
Y el baile y la alegría
De la cercana estancia le admiraba,
Y el bullicioso y placentero ruido
Que confuso llegaba
A mezclarse á deshora á su gemido,

Y de saber y averiguar curioso
El caso doloroso
Que unos celebran tanto,
Y aquella mujer llora
Con tan amargo llanto,
Llamó luego á la puerta, y desfadada
Una moza le abrió toda escotada,
El traje descompuesto,
Con desgarrado modo y deshonesto.

Y entró en un cuarto donde vió á una mesa
Entre la niebla espesa
Del humo de cigarros medio envueltos,
Seis hombres asentados
Con otras tantas mozas acoplados
En liviana postura,
Que beben y alborotan á porfia;
Y aquel el vaso apura,
Y el otro canta, y en inmunda orgía,
Con loco desatino
Al aire arrojan vasos y botellas,
Ellos gritando y en desórden ellas,
Y con semblantes que acalora el vino,
Y aquel perdido el tino
Tiéndese allí en el suelo;
Y éste, bailando con la moza á vuelo,
A las vueltas que traen
Tropezando en su cuerpo de repente,
Ella y él juntamente
Sobre él riendo á carcajadas caen.
Bebe tranquilo aquel; disputan otros,
Brincan aquellos como ardientes potros
Que roto el freno por los campos botan
Y mientras todos juntos alborotan,
Alguno con el juicio ya perdido
Murmura en un rincon medio dormido.

Solicita una moza al forastero
Llegóse, y preguntóle qué queria,
Llamándole buen mozo lo primero.
—«Quisiera yo, alma mia,
Adam le respondió, si se me deja,
Ver á esa pobre vieja
Que está en ese aposento
Velando á la difunta.»—Ay, es su hija!
A las seis se murió; buen sentimiento
Nos ha dado la pobre, era una rosa:
Todas nosotras la queríamos tanto!

Dios la tenga consigo: ¡tan hermosa,
Y ahora muerta! Vea Vd., ¡pobre Lucía!
Razon tiene en llorar doña María:
Entre usted por aquí. Y abrió una puerta,
Y hallóse Adam con la afligida madre,
Y el cadáver miró, y á hablar no acierta.

Reina siempre enredor del cuerpo muerto
Una tan honda soledad y olvido,
Tan inmensa orfandad, allí tendido
Desamparado ya del trato humano,
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,
Que en vano el pensamiento
Presume ahondar tan misterioso arcano,
Y recogido su ambicioso giro
Pliégame al corazón que ahoga un suspiro,

Miraba Adam; miraba los despojos
De aquella un tiempo que animó la vida,
Sobre el cadáver los inmóviles ojos,
Y el alma con angustia y dolorida:
Y turbia y embebida
La mente, contemplándola allí atento,
Embargó sus sentidos
Un mudo inexplicable sentimiento
En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó donde estaba,
Parado y aturdido el pensamiento,
Y miraba y callaba
Sin hacer ademán ni movimiento,
Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja
Con lastimada voz, y entre quebrantos
Que encuentra eco á su doliente queja
Y halla un consuelo entre pesares tantos,
Viendo al mancebo aquel desconocido
Lloroso como ella y dolorido.

—«Véala usted, señor, cuando cumplía
Apenas quince años!... Hija mía!»
—«Buena mujer, repuso con ternura
Volviendo Adam en sí de su letargo;
¿Cómo en tanta tristura,
En tanto duelo y sentimiento amargo,
Permitís ese estrépito á deshora,
Y danza y bulla tanta,
Mientras dolor tan íntimo quebranta
Vuestro llagado corazón que llora?
—¡Ay, respondió la vieja desolada,
Vivo de eso, señor; no tienen nada
Que hacer esos señores
Conmigo y mis dolores!
Vivan ellos allá con sus placeres,
Y mientras besan el ardiente seno
De esas locas mujeres,
Yo, con el corazón de angustias lleno,
Beso aquí solitaria en mi agonía
La boca de mi hija muda y fría.
¡Hija mía, hija mía!
Ah! para el mundo demasiado buena!
Dios te llevó consigo!
Mas es dura mi pena,
Y cruel, aunque justo, mi castigo.»

Dijo: y rompió con tan amargo llanto,
Que la voz le robó su sentimiento,
Y en su mortal quebranto,
Convertido en sollozo su lamento,
El llanto que hilo á hilo le caía
Por sus mejillas pálidas corria.
—«Yo, buena madre, ignoro,
Nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,
Adam le respondió; pero ¿quién pudo
Arrebatár sanudo
La que fue vuestro encanto, de esa suerte?

¿Será imposible ya darla la vida!
La antorcha ahora encendida,
Si la apaga mi soplo de repente,
Juntando la otra luz resplandeciente
Torna al punto á alumbrar: y aquella llama,
Que en la existencia de esa niña ardía
¿No hay otra luz que renovarla pueda?
¿Acaso inmóvil para siempre y fría
Con el aliento de la muerte queda?
Vos sois pobre tal vez... Ah! Con dinero
Quizá se compre; débil y afligida,
Los muchos años vuestro ardor primero
Gastaron, y el elixir de la vida
Se halla lejos de aquí... Decidme dónde;
Decidme dó se esconde,
Y yo allá volaré; sí, yo un tesoro
Robaré al mundo y compraré la vida,
Y la apagada luz, luego encendida
Vereis brillar, y enjugaré ese lloro,
Volviendo al mundo la que os fue querida.
¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego
Que haga á esos ojos recobrar su ardor?
¿Dónde las aguas cuyo fértil riego
Levante fresca la marchita flor?

Dijo así Adam con entusiasmo tanto,
Con tan profunda fe, con tanto celo,
Que la vieja, á pesar de su quebranto,
Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

—«Pobre mozo! delira!
Si comprar esa vida se pudiera,
Esta vieja infeliz, que yerta miras,
Por una hora siquiera,
Por un solo momento
De ver abrir los ojos celestiales,
Y otra vez escuchar el dulce acento
De la hija querida de su alma,
Qué puedes figurarte que no haría?
¿Qué crimen, qué castigo
Por recobrarla yo no arrostraría,
Y otra vez verla palpitár conmigo?
¿Sabes tú que una hija es un pedazo
De las entrañas mismas de su madre?
Por un beso no mas, por un abrazo,
Y morirme despues, el mundo entero
Pidiendo una limosna correría,
Y con los pies desnudos y mi llanto
Piedras enterneciera en mi quebranto,
Y al mundo mi dolor lastimaría.
Oh! que del alma mía,
Pobre Lucía, te arrancó la muerte,
Y el corazón contigo de mi pecho
Arrancó de esa suerte,
A tantos males y aficciones hecho!
¡Hora fatal, maldita
Por siempre la hora aquella
Que el hombre aquel te contempló tan bella!!
El señor me la dió y él me la quita!
Cómo ha de ser!!!»—Y el corazón partido,
Secos los ojos exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento
Vagando Adam por su cabeza siente,
Que no acierta á explicarse el sentimiento
Que á par que el corazón turba su mente.
—«El Señor me la dió y él me la quita!»
Repite luego en su delirio insano,
Y penetrar tan insondable arcano
Su mente embarga y su ansiedad irrita.

El Dios, ese que habita
Omnipotente en la región del cielo,
¿Quién es, que inunda á veces de alegría,
Y otras veces cruel con mano impía
Llena de angustia y de dolor el suelo?
Nombrar le oye do quiera,

Y á todas horas el mortal le invoca,
Ora con ruego ó queja lastimera,
Ora tambien con maldiciente boca.

Tal devanaba Adam su pensamiento
Que en vano ansioso comprender desea,
Y en medio al rudo afán que le marea,
Los hombros encogió: dudas sin cuento
De su ignorancia y su candor nacidas,
No del alma lloradas y sentidas,
Sueños de su confuso entendimiento
Su mente asaltan, y por vez primer
Adam súbito siente,
Volar queriendo, sin saber adonde,
Del corazon ardiente
La perpétua ansiedad que en él se esconde.

—¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,
Madre infeliz, la cana cabellera
Tendida al aire, y los quemados ojos
Con muestra lastimera
Y bañados de lágrimas, de hinojos
No os postrais ante Dios? Ah! si él os viera,
Desdichada, á sus piés, cual yo á los míos,
Y los ojos de lágrimas dos rios,
Y ese del corazon hondo lamento
De amarga y melancólica querella
Oyera, y el profundo sentimiento
Que en esa seca faz marcó su huella
Y en vuestro corazon fijó su asiento,
Contemplara cual yo: por qué á la rosa
Que súbito secó ráfaga impura
No renovara su color hermosa,
Y volviera su aroma y su frescura?
Desdichada mujer, oh! ven conmigo,
Juntos lloremos á sus piés tus penas,
El nos dará su bondadoso abrigo;
A la fuente volemos
Eterno manantial de eterna vida,
Y la rica simiente allí escondida
Juntos recogeremos.
Seca, buena mujer, tu inutil llanto,
Vuélvate la esperanza tu energía,
Y el cuadro de tu misero quebranto,
Soledad y agonía
Muestra á ese Dios, y con humilde ruego
Que no será, confía,
Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.

La vieja en tanto levantó los ojos
Al techo, y murmuró luego entre dientes
Quizá sordas palabras maldicientes,
O quizá una oracion; que el mas sufrido
Suele echar en olvido
A veces la paciencia, y darse al diablo,
Y usar por desahogo
Refunfuñando como perro dogo
De algun blasfemador rudo vocablo;
Mas todo se compone
Con un «Dios me perdone.»
Que asi mil veces yo salí del paso,
Si falto de paciencia juré acaso:
Y cierto, vive Dios, si no jurara
Que el diablo me llevara,
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento
Y el ánimo se achica, porque crezca,
Y el corazon se ensanche y se engrandezca

No hay suspiro mejor que un juramento,
Y aun es mejor remedio
Para librar el tedio,
Mezclarlo con humildes oraciones,
Como al són blando de acordada lira
La voz de melancólicas canciones,
Confundida suspira;
Y asi tambien se dobla la esperanza,
Que á donde falta Dios el diablo alcanza;
Yo á cada cual en su costumbre de
Que á nadie doy consejo;
Y asi como el placer y la tristeza
Mezclados vagan por el ancho mundo,
Y en su cauce profundo
A un tiempo arrastran flores y maleza,
Asi suelen tambien mezclarse á veces
Maldiciones y preces,
Y yo tan sólo lo que observo cuento,
Y á fe no es culpa mia
Que la gente sea impía
Y mezcle á una oracion un juramento;
Testigo aquella vieja
De la antigua conseja
Que á san Miguel dos velas le ponía,
Y dos al diablo que á sus piés estaba,
Por si el uno fallaba,
Que remediase el otro su agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado
Ya de seguir á un pensamiento atado,
Y referir mi historia de seguida,
Sin darme á mis queridas digresiones,
Y sabias reflexiones
Verter de cuando en cuando; y estoy harto
De tanta gravedad, lisura y tino
Con que mi historia ensarto.
Oh, cómo cansa el órden! No hay locura
Igual á la del lógico severo:
Y aquí renegar quiero
De la literatura,
Y de aquellos que buscan proporciones
En la humana figura,
Y miden á compás sus perfecciones.

¿La música no ois y la armonía
Del mundo, donde el apacible ruido
Del viento entre los árboles y flores
Se oye y la voz del agua y melodía,
Y del grillo y las ranas el chirrido
Y al dulce ruiseñor cantando amores
Y las de mil colores
Nubes blancas y azules y de oro,
Que el cielo á trechos pintan:
La blanca luna, el estrellado coro
No veis, y negras sombras á lo lejos
Y entre luz y tinieblas confundidos
El horizonte terminar perdidos
Negros velos y espléndidos reflejos?
Y la noche y la aurora...
Pues entonces... Mas basta, que yo ahora
Del rezo ó juramento
Que allá entre dientes pronunció la vieja,
Asi como el que deja
Senda escabrosa que acabó su aliento,
Al llegar á este punto me prevalgo
Y de este canto y de su historia salgo.

HISTORIA DE LAS HORMIGAS

sus caracteres genéricos, metamorfosis, instintos,
costumbres, leyes que las rigen, su lenguaje, arquitectura, relaciones amorosas, industria, policía,
educación, guerras, etc., etc.

Un tomo en 8.º de 273 páginas con grabados., 2 pesetas.

HISTORIA DE LOS REYES CATOLICOS POR PRESCOTT.

Un tomo en 4.º mayor, de 436 páginas, edición ilustrada, 4 pesetas 50 céntos.

ORLANDO FURIOSO

POR ARIOSTO.

Un tomo en 4.º mayor, de 208 páginas, edición ilustrada, 2 pesetas 25 céntos.

EL DRAMA DE 1793

POR A. DUMAS.

Un tomo en 4.º de 300 páginas. edición ilustrada, 9 pesetas 50 céntos.

SOLIMAN Y ZAIDA Ó EL PREMIO DE UNA VENGANZA.

LEYENDA ÁRABE EN VERSO

POR D. A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Un tomo en 4.º, de 390 páginas, edición ilustrada, 5 pesetas.

QUENTIN DURWARD.

POR WALTER SCOTT.

Un tomo en 4.º mayor, de 160 páginas, edición ilustrada, 1 peseta 50 céntimos.

LA VERDAD SOBRE EL QUIJOTE

POR DON NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA

Ilustre comentador á quien llamaba el malogrado y eminente autor dramático don Luis Eguilaz:
«Confidente de Cervantes y amigo particular de D. Quijote.»

Un tomo en 8.º de 344 páginas, con el retrato de Cervantes, 2 pesetas.

LA CASA BLANCA

NOVELA POR PAUL DE KOCK.

Un tomo en 4.º mayor, de 108 páginas, edición ilustrada, 1 peseta.

OBRAS
DE
ESPRONCEDA
ILUSTRADAS CON GRABADOS.

EL DIABLO MUNDO,
EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

POESÍAS VARIAS.

50 céntimos de peseta cada cuaderno.

OBRAS DE FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL CONDESTABLE D. ALVARO DE LUNA,

Un tomo en 4.º mayor de 194 páginas, 2 pesetas.

MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA,

Un tomo en 4.º mayor de 356 páginas, 3 pesetas 50 cént.

LUZ Y SOMBRA,

(HISTORIA DE UN HIJO NATURAL)

NOVELA ORIGINAL

Un tomo en 4.º mayor de 832 páginas, 10 pesetas.

OBISPO, CASADO Y REY,

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS,

ALLAHKBAR, (¡Dios es grande!)

Estas tres novelitas forman un tomo en 4.º de 520 páginas, 7 pesetas 50 cént.

Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, provincias, Ultramar y extranjero, se remiten franco de porte á toda España al que mande su importe en libranzas ó sellos de correo.

56
23
—
79